

CÓMO HAS CAMBIADO MI

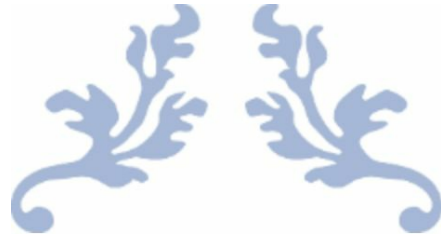
MUNDO

VOLUMEN 1



-NUT-

-LAURA BARCALI-



Cómo has cambiado mi mundo 1

Nut & Laura Barcali



ADVERTENCIA

Este libro contiene algunas escenas sexualmente explícitas y lenguaje adulto que podría ser considerado ofensivo para algunos lectores y no es recomendable para menores de edad.

©Cómo has cambiado mi mundo 2016

©Laura Barcali y Nut 2016

doriannelor@gmail.com

Autoedición de Laura Bartolomé Carpena. No existen derechos cedidos a terceros.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización escrita de los titulares del ©, bajo las sanciones que establece la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

El contenido de este relato es ficción, basado en la historia Labyrinth, de Jim Henson.

Me mira altiva, con sus ojos crueles y a la vez hermosos. Ya no sé si solo me odia o si sus sentimientos por mí son los de antaño.

He alterado el tiempo de este mundo por su amor, lo he vuelto del revés con las consecuencias que ello conlleva.

Quiere al niño, lo sé muy bien. No parará hasta tenerlo de nuevo entre sus brazos, a salvo de mí, lejos de este mundo, del laberinto que nos rodea.

—Lo hice todo por ti, Sarah. No puedo vivir sin tu luz, te necesito conmigo.

He intentado actuar como el rey que soy; soberbio, déspota, pero ante ella no valgo nada. Sin ella no valgo nada.

—Devuélveme al niño que me has robado.

Es tajante con sus deseos.

—Eres cruel, Sarah. Pero yo también puedo serlo, y lo sabes.

—Devuélvemelo.

Insiste cerrando los puños.

—Casi me matas de hambre, lo hice todo por ti, he alterado el tiempo por ti...

—¡Devuélvemelo!

Me grita mientras sus pasos la acercan a mí. No debe notar lo asustado que estoy de perderla. Retrocedo, ella está decidida.

—Sarah, podemos ser felices los tres.

—No tienes...

—No lo digas...

Estoy perdido.

—... poder...

¡No!

—¡... sobre mí!

Es el fin.

Los dejo marchar.

Pero yo también puedo ser cruel.

Una parte de ambos se quedará conmigo.

Recuérdalo siempre, preciosa mía.

CAPÍTULO I

*How you turned my world,
you precious thing
David Bowie WITHIN YOU (Labyrinth)*

Al percatarse de la presencia de una reluciente bola de cristal en el escaparate de la tienda de la esquina, le vino a la mente cómo comenzaba aquella mítica canción de Bowie en la película Dentro del laberinto.

“How you turned my world, you precious thing...”

—Cómo has cambiado mi mundo, preciosa mía... —tradujo a su manera, ensimismada en la profundidad del pulido cristal, en aquella esfera que emanaba una extraña luz.

Movió un poco la cabeza, como para expulsar pensamientos absurdos. Se cambió de mano la bolsa de la compra y caminó unos metros dejando atrás el escaparate de la tienda. Sin embargo, sus pasos se fueron haciendo menos firmes, dubitativos, hasta que finalmente acabó por darse la vuelta y entrar.

Al empujar la puerta un sonido de campanillas le hizo sentirse a gusto y el aroma a incienso que la envolvió relajó sus sentidos. El sol se colaba por los dos pequeños escaparates, y la luz, incidiendo en los cristales de cuarzo de los carillones de viento que pendían del techo, dotaba al lugar de una sutil calma. Era la primera vez que entraba en aquel establecimiento, llevaba tan solo unas semanas abierto. Donde antes hubo una zapatería anodina, como tantas otras, ahora había una de esas tiendecitas llenas de velas aromáticas, cristales curativos, talismanes y supuestas hierbas medicinales. La dependienta no estaba a la vista —tampoco pensaba comprar nada, solo le movía la curiosidad—, así que se dedicó a mirar los artículos repartidos por estanterías, mesas y expositores. Sí, era una tienda muy agradable

—Hola, bonita.

La dulce voz que sonó a su espalda le hizo dar un respingo.

—Hola. —Sonrió mientras se daba la vuelta y contestaba—. Solo estaba mirando...

—Mirar es gratis, no te preocupes.

La mujer que tenía ante sí le guiñó un ojo mientras caminaba hacia el escaparate. No tendría más de cincuenta años y llevaba los rizados y abundantes cabellos recogidos con una felpa. Su estilo era un tanto “bohemio”, por llamarlo de algún modo, acorde tal vez con la tienda, de la que muy posiblemente era la dueña y única dependienta.

Se dio la vuelta y siguió deambulando entre los expositores, contemplando los variopintos artículos.

—Toma —La dependienta se le aproximó sosteniendo en las manos una caja de madera labrada—, lo que estabas buscando.

La observó con extrañeza, pues no estaba buscando nada.

—N-No, solo miro, gracias...

La mujer no hizo caso, entregándole la caja que era cuadrada y alta, y estaba cerrada con un pequeño cierre de bronce.

—El destino llama a nuestro corazón en el momento que menos esperamos, cuando ni siquiera

pensamos en ello —dijo y depositó la caja en su mano libre.

—Es que no llevo dinero, de verdad —mintió.

Claro que llevaba, aunque no para comprar cosas en una tienda de ese tipo; no estaba la economía como para eso teniendo un trabajo con salario precario.

—Hay objetos especiales que se enredan en los hilos que tejen nuestro destino. No soy quién para negarte, por no llevar dinero, —sonrió cómplice— que ese destino se cumpla.

Le gustaron sus palabras y no pudo evitar sonreír.

—Pues muchísimas gracias... Se lo pagaré lo antes posible.

—Sí, sí, no te preocupes. Ven cuando quieras. Las hadas son siempre bienvenidas.

Se ruborizó como una cría, algo que ya no era precisamente, y salió sin fijarse apenas en la caja, la cual metió con los tomates que había adquirido en el ultramarino del barrio, y casi a la carrera llegó hasta el edificio en el que compartía un piso de alquiler con su madre.

Las cosas no iban del todo bien desde que su padre le pidiera el divorcio un año antes a su madre, un ama de casa que dejó su trabajo como oficinista para casarse y tener hijos y que, al cabo de los años, y un matrimonio fallido, no tenía medios ni forma de lograr otro empleo que no fuera el de fregar suelos, algo muy digno, por otra parte. Así que hacía lo que podía. Y ella, con ya casi 30 años y sin un trabajo fijo, le ayudaba a pagar los gastos de la casa. Antes del divorcio estaba a punto de mudarse con su exnovio, pero no podía dejar a su madre tirada sin más; no, eso nunca. Su ex no fue capaz de entenderlo y ello los llevó a una crisis de pareja imposible de superar, entre otras cosas. En cuanto a su padre, que se pudriera allá donde estuviese, con la aprovechada con la que compartía cama.

Todo muy típico, pero no por ello menos doloroso al pensarlo.

Subió las escaleras hasta el primer piso y entró en su casa.

—¿Noelia? —inquirió su madre desde la cocina al escuchar la puerta.

—Hola, mamá —saludó.

—¿Dónde te has metido? —Amalia estaba atareada preparando la comida.

—Me he pasado por esa tienda nueva, donde estaba la zapatería aquella que cerró.

—Ah, la que tiene esas figuras raras y libros esotéricos —apuntó, mientras extraía la lasaña del horno.

—Sí, esa.

—No habrás comprado algo.

—Nooo.

Recordó entonces la caja y, disimuladamente, la sacó de la bolsa.

—Hoy tienes eso, ¿no? —cambió de tema.

—Sí, a las cuatro. Voy a cambiarme y comemos.

—De acuerdo, hija.

Fue hasta su cuarto y dejó la caja encima de la mesilla de noche. Se vistió más adecuadamente, con una blusa blanca sencilla, una falda azul marino, y unos zapatos de tacón. Esa tarde tocaba entrevista de trabajo; no era momento de fantasías, sino de realidades, tendría que dejar la caja misteriosa para otro momento, aunque le echó una última mirada antes de irse y tarareó:

—*How you turned my world, you precious thing...*

CAPÍTULO II

Toc, toc.

Podía oírlo. No. Podía sentirlo.

Toc, toc.

En el pecho, justo donde estaba su corazón.

Toc, toc.

Latidos, cortos y rítmicos, pero no eran los suyos.

Toc, toc.

Abrió los ojos de golpe y miró nervioso a su alrededor. Había unas pocas personas en el andén esperando la llegada del metro, ajenas a él. Se apartó de la pared sobre la que había estado recostado, cerrándose el deslucido abrigo negro que vestía, y se apresuró a entrar en el túnel de su derecha.

Toc, toc.

«¡Ya voy!», gritó en su cabeza, acelerando el paso.

Hacía días que había perdido su rastro, días de frustración y desaliento, días deambulando por aquel infernal mundo, sintiéndose cada vez más desamparado. Pero volvía a sentirlo; su llamada, su inquietante eco.

«¡Espérame!»

Llegó hasta un vestíbulo en el que desembocaban otros tres túneles y una escalera mecánica ascendía atestada de gente. No le gustaba usar aquellas escaleras deslizantes, prefería unos peldaños firmes bien anclados al suelo. Pero no podía perder ni un segundo, por lo que echó a correr dando saltos de escalón en escalón y esquivando a otros que no tenían tanta prisa, ignorando sus protestas y tratando de no rozar sus cuerpos, aunque a alguien sí acabó empujando con desconsiderada fuerza.

Terminó en un vestíbulo, demasiado grande e iluminado, con mucha gente yendo y viniendo, algo que le producía una insoportable sensación de indefensión.

Se detuvo a los pies de la escalinata que llevaba a la superficie. El mundo más allá, con sus edificios como gigantes, sus amplias avenidas, el ruido que nunca cesaba, y tanta, tanta gente, conseguía amilantarle, menoscabar su voluntad, le convertía en un niño asustado y, aun así, acabó subiendo la escalinata con determinación, dejando atrás aquella madriguera en la que había encontrado refugio.

Toc, toc.

«Tengo que encontrarlo. Tengo que hacerlo».

La tarde era luminosa y muy fría, y el sonido de la densa circulación lo envolvió. Con las manos hundidas en los bolsillos del largo abrigo, y los puños apretados, inclinó la cabeza hacia delante. El negro y desgredado flequillo le ocultó los ojos, haciéndole sentir menos visible. Caminó rápido, dejándose guiar por aquella llamada seca e insistente.

Toc, toc.

«Estoy cerca. Lo sé. Lo presiento. Esta vez es mío. Por fin es mío».

Notó que se le formaba un nudo en la garganta y que las lágrimas acudían a sus ojos. Se los

frotó con el dorso de la mano y sorbió con fuerza. Se alegraba de que nadie de los suyos pudiera verle en aquel momento; desvalido, indeciso.

—Aldrik, eres indigno de tu padre —habría dicho el viejo Jagger arrugando su apergaminado rostro en una mueca de asco.

—Ya veréis —masculló—. Ya veréis todos.

De repente los latidos cesaron, y fue como si su propio corazón se hubiese detenido de golpe.

—¡No!

Giró sobre sí mismo mirando en todas direcciones, desesperado.

—¡Otra vez no!

Aturdido, corrió con los ojos desorbitados tratando de ver lo invisible. Se mesó los cabellos, pateó el suelo e, impotente, terminó por acuclillarse en mitad del acerado con la cabeza entre las manos, balbuciendo lamentaciones. Algunos viandantes le dedicaron rápidas miradas de censura y se apartaron con prudencia.

—Cada vez hay más chiflados en esta ciudad —dijo alguien al esquivarlo.

Permaneció encogido sobre sí mismo, incapaz de reunir el ánimo suficiente para volver a levantarse, hasta que un destello al otro lado de la calle captó su atención. Se levantó animado por una repentina esperanza. Sin mirar cruzó la calzada por la que circulaban numerosos vehículos, sobresaltando a los conductores que frenaron e hicieron sonar furiosos los cláxones, y se detuvo ante el pequeño escaparate de una tienda.

Sobre un coqueto cojín rojo, había una bola de cristal a la que la luz del sol arrancaba iridiscentes destellos. No era más que una burda imitación, pero le parecía una casualidad que no debía pasar por alto.

Entró en la tienda y las campanillas de la puerta tintinearón irritadas. Se dirigió directamente hacia el mostrador, tras el cual se hallaba la dependienta; erguida, con las manos enlazadas y una liviana sonrisa en los labios. La miró fijamente, examinando su anodino rostro.

—Sabes quién soy —afirmó con rotundidad.

—Sé de quién eres hijo —replicó la mujer, y su sonrisa se acentuó.

—Entonces sabes qué he venido a buscar.

—Algo que no tengo.

—¡Mientes! —gritó furioso, golpeando con ambos puños el mostrador—. ¡Dámelo!

Los labios de la mujer no perdieron el gesto cortés, pero su mirada se endureció.

—Veo que has olvidado los errores que te han traído hasta aquí.

Herido en su orgullo por aquellas certeras palabras, se apartó unos pasos del mostrador aún con los puños crispados.

—Lo necesito —dijo entre dientes, dedicando a la mujer una torva mirada—. He de regresar a casa. Tengo que...

—Lo sé —le interrumpió. Le mostró las palmas de la mano en un gesto resignado—. Pero no puedo ayudarte.

Tras escuchar aquella respuesta se mordió los labios y tembló de rabia. Se dirigió a la puerta, que abrió de un tirón y cerró tras de sí con un violento golpe. Las campanillas sonaron enérgicas en el silencio de la tienda.

La mujer suspiró hondo.

—Lucha, Aldrik —musitó—. Lucha por tu destino.

CAPÍTULO III

Llegaba tarde, llegaba muy tarde; ¿cómo se había podido equivocar con la hora de la entrevista?

Corrió por la estación del metro tan rápido como se lo permitieron los zapatos de tacón, y en las escaleras mecánicas le faltó poco para caer rodando por culpa de un imbécil con pinta de *friki* del que recibió un buen empujón. Ambos parecían tener la misma prisa, pero el desagradable individuo ni siquiera se detuvo para comprobar si estaba bien o al menos para pedirle disculpas.

Olvidó pronto el incidente, lo único que le preocupaba en esos momentos era que no llegaba a la entrevista, la única en meses. ¿La culpa? Como no, suya, por apuntar mal la hora. Suerte que los de recursos humanos de la empresa tuvieron la deferencia de llamar mientras estaba comiendo con su madre para confirmar la cita. Se inventó una excusa peregrina: problemas con un coche que no tenía, taxis que no paraban y hora punta en el metro, y salió pitando sin ni siquiera coger el abrigo.

De las escaleras voló hasta el andén y sin detenerse logró subirse a un vagón escurriéndose entre las puertas justo cuando estas empezaban a cerrarse.

—Mierda, mierda, mierda —masculló, muy cabreada consigo misma.

Un sudor caliente le recorría ya la espalda. El ambiente viciado del vagón atestado de gente la estaba agobiando, esto unido al temor de perder la oportunidad de conseguir un trabajo de verdad, de su profesión, la hizo sentirse mareada y abandonar el vagón a trompicones. Después de corretear por los eternos pasillos para transbordar de una línea a otra, con el corazón latiéndole contra el pecho y la boca seca por el esfuerzo, nerviosa y agotada —no se hallaba en muy buena forma física—, salió por fin al exterior.

Caminó a buen ritmo por la acera de la larga avenida intentando serenarse y resistir el frío del invierno que cortaba sus labios ya resecos, hasta detenerse ante la opulenta entrada del edificio de una de las editoriales más importante del país. Empujó la pesada puerta de cristal y entró en el vestíbulo, tan lujoso como impersonal, buscando con la mirada un baño que no encontró.

«Mierda», pensó, cerrando los ojos y respirando despacio para calmar sus acelerados latidos.

Caminó hacia la recepcionista, una joven de aspecto estirado y pulcro, exhibiendo su mejor sonrisa, recolocándose con disimulo un mechón de cabellos tras la oreja y alisándose la falda.

—Buenas tardes, vengo a una entrevista de trabajo.

—Lo lamento. —La recepcionista apenas apartó la vista de la pantalla de su ordenador para dedicarle un desinteresado vistazo—. Las entrevistas eran a partir de las tres de la tarde y ya son las cuatro pasadas. Todos los entrevistados tenían que estar aquí a las tres en punto.

—Lo sé, pero el coche... —su sonrisa se tornó vacilante—. Y después el metro...

—Ya —la interrumpió la mujer, con la desidia de quien ha escuchado esa misma excusa millones de veces.

—Me han llamado de recursos humanos —explicó Noelia—. Así que sí me están esperando. —Rebuscó en su bolso hasta encontrar el móvil—. Ve. —Le mostró el número que aparecía grabado en la memoria.

La recepcionista examinó a regañadientes la pantalla.

—Un momento, por favor —pidió.

Con gesto indolente levantó el auricular del teléfono y marcó una extensión. Pronunció un puñado de palabras en voz baja, escuchó y colgó.

—Puede pasar. —Señaló con gesto desganado y expresión hosca hacia los ascensores—. Piso doce.

Le dio las gracias preguntándose con pesar por qué a algunas personas le resultaba tan difícil regalar un poco de amabilidad.

Por suerte en el ascensor no se encontró con nadie, así que pudo mirarse libremente en el espejo: coleta deshecha, botón abierto de la camisa y unos buenos cercos húmedos en las axilas.

—Sí señor, así se pierde la oportunidad de tu vida —se reprochó observándose a la par que se arreglaba los castaños cabellos.

La cara de pepona sonrosada era imposible de disimular; la carrera hasta llegar allí había sido muy intensa.

Se abrieron las puertas en el piso doce y salió del ascensor lo más dignamente posible. Preguntó al chico que presidía una pequeña recepción, y este le indicó que esperara sentada junto a otros cuatro personas que debían de llevar allí desde las tres —como tendría que haber hecho ella—, esperando pacientemente. Tuvo la desagradable sensación de que la miraban con una disimulada condescendencia.

«¡No llores!», se dijo apretando el bolso con los puños.

Uno a uno los aspirantes al puesto que la precedían fueron pasando; al poco salían con cara de absoluto fracaso. No es que tuviera ya muchas esperanzas, pero si aquellos entrevistados, que iban hechos un pincel, salían de allí sabiendo que no tenían nada qué hacer, ella ya podía ponerse en pie y escapar corriendo.

—Señorita Cerezo, puede pasar —le indicó diligentemente el recepcionista cuando llegó su turno.

Con pasos inseguros, se adentró en la boca del lobo cual Caperucita Roja.

La recibió un hombre de unos treinta y pocos años sentado tras un enorme escritorio ordenado con minuciosidad. Se levantó y le tendió la mano, la cual ella estrechó con firmeza queriendo aparentar tranquilidad.

—Señorita Cerezo, siéntese, por favor. —Le indicó la silla que había junto al escritorio—. Soy el Director de Recursos Humanos, Juan Águilas.

—Encantada, Señor Águilas.

—¿Por qué ha llegado tarde?

Fue tan directo y lo dijo con un semblante tan serio, que supo enseguida que debía ser sincera.

—Apunté mal la hora.

—Bien, me gusta que me digan la verdad. Aunque por su aspecto era fácil de adivinar. Está usted horrible. Al salir podrá encontrar el baño a la izquierda.

No supo si pedir a gritos que se la tragara la tierra, si tirarse por la ventana desde el piso doce o si mandarlo a la mierda por ser tan borde.

—Le pido mil disculpas.

—Vamos a lo que nos interesa, que es su currículum —comentó pasando las páginas del dossier que tenían entre las manos—. Tengo claro sus conocimientos sobre corrección y redacción, sus estudios, las prácticas y algunos trabajos puntuales. ¿Conoce usted a Henson? —inquirió de improviso.

Tan inesperada pregunta la dejó unos segundos desconcertada.

—Si se refiere a Jim Henson, sí.

—Respuesta correcta.

Noelia se sintió como en un programa de sobremesa mientras se mantenía a la espera de más preguntas. El hombre le parecía bastante guapo. Era moreno, de cabellos algo largos que, peinados hacia atrás con meticulosidad, dejaban al descubierto su amplia frente. Tenía los ojos grandes y verdes, y usaba unas gafas de montura al aire tras cuyos cristales su mirada resultaba gélida. Concentrado en examinar sus papeles, no parecía darse cuenta de que ella le observaba.

—¿Personaje favorito? —preguntó de nuevo interrumpiendo el silencio.

—Jareth —respondió inmediatamente, dando por hecho que seguían hablando de Henson y su universo.

Al pronunciar su nombre, le vino de nuevo a la mente la estrofa de aquella mañana.

—*How you turned my world, you precious thing...*

El impertérrito director de recursos humanos levantó las cejas asombrado, y ese asombro dotó a su mirada de cierta vivacidad.

—Vaya, me sorprende. Sí que es usted una fan.

—Soy más bien fan de Bowie.

—Qué lástima, qué pérdida tan grande.

Durante unos segundos, no pareció tan distante.

—Sí... —musitó Noelia con tristeza.

—Hasta ahora solo usted ha sabido quién era Henson de todos los que han sido entrevistados —le informó—. Bastante lamentable tanta ignorancia. No quiero darle esperanzas, pues esperamos a más personas durante estos días, sin embargo, me guardo su currículum.

Acto seguido tiró una pila de dossier a una caja. Noelia supuso que se trataba de los descartados y que su futuro era ser destruidos en una cruenta trituradora de papel.

Como él no decía nada más, ignoraba cómo proceder: irse, quedarse, llorar.

—Puede marcharse, Señorita Cerezo —dijo tendiéndole la mano—. Ya la llamaremos.

Sin poder ocultar su desconcierto, se la estrechó.

—Muchas gracias.

Al salir no sabía ni qué pensar; bajó los doce pisos casi en estado de incredulidad. Había sido la entrevista más extraña de toda su vida. Lo curioso era que aquel mismo día le hubiera venido a la cabeza la mítica película de Henson, del que conocía su trabajo, aunque tampoco es que fuera una experta en el tema. ¿Y si todo era el destino del que hablaba la mujer de la tienda que jugaba en su favor? Pero no podía ser, porque la había fastidiado de pleno.

El frío del invierno le azotó el cuerpo al salir; su abrigo la esperaba en el perchero de casa. Había quedado más tarde con Lidia, su amiga del alma, pero no podía acudir sin ponerse algo encima, así que optó por volver a casa. Cuando comenzó a diluviar decidió suspender la cita. Afortunadamente, de la boca del metro a su casa había poco más de cinco minutos andando, pero llegó congelada.

Su madre no estaba, aunque le había dejado una notita en la puerta de la nevera:

«Caliéntate la cena».

No tenía hambre; su ánimo estaba por los suelos.

—«Ya la llamaremos». —Suspiró—. Sí, claro.

Intentó no pensar mucho más en sus fracasos constantes, en los empleos perdidos, en el frío, en su situación familiar, en la sentimental —más bien en su inexistente situación sentimental—; pero estaba asqueada de todo, así que dejó que sus lágrimas se confundieran con el agua de la ducha.

Sintiéndose algo más aliviada salió del baño. En su dormitorio se sentó sobre la cama con el albornoz puesto y el largo pelo enrollado en una toalla. Una sonrisa se dibujó en su rostro al ver la caja misteriosa sobre la cómoda. La cogió sosteniéndola en la palma de la mano y la abrió con

muchísimo cuidado.

—Increíble —musitó al ver su contenido.

Cogió el objeto con delicadeza, no se le fuera a deslizar de entre los dedos, y lo observó con ojos aún vidriosos por el llanto. La bola de cristal que le había llamado la atención en la tienda estaba entre sus manos. La sensación de que era algo especial la acometió con fuerza.

—El destino, sí. Es el destino.

Es el ser más hermoso que he visto jamás. Los cabellos negros y lisos caen en cascada sobre su espalda, movidos por un viento frío. Tan solo es una niña, si la comparamos conmigo, que tengo eones. Ella vive en un mundo donde el tiempo pasa demasiado rápido.

No ceso de observarla, y ella puede Verme. Cada vez menos humanos tienen la capacidad de ver, sin embargo ella Ve extraordinariamente bien. No percibo miedo en sus ojos oscuros, aunque sí curiosidad.

No sé cómo, pero tiene uno de los textos sagrados de Laberintia. No debe ser más que una reproducción, pues los originales están guardados en la Biblioteca del Silencio Eterno. Ella cree en mi mundo, el lugar del que soy el Rey absoluto casi desde que tengo uso de razón.

Ha dicho algunas de las palabras, me ha llamado, aquí estoy; adorándola en silencio y desde la distancia. Estoy ante ella escondiendo mi verdadero ser, convertido en Strigidae, entre las ramas de uno de los árboles del extenso jardín romántico de sus padres.

Se llama Sarah, su padre la acaba de llamar. Cierra el viejo libro desgajado por el cruel correr del tiempo de este mundo y se pone en pie. Su vestido es blanco, vaporoso y con mangas anchas, aletea a su alrededor por acción del viento. Una tormenta se acerca.

Me mira por última vez, se va.

Tengo que conseguir que desee entrar en Laberintia, cueste lo que cueste, y que me ame.

CAPÍTULO IV

Giró la silla hacia la ventana que tenía a su espalda y contempló el cielo. Vio caer las primeras gotas de lluvia contra el cristal, gotas que pronto se convertirían en un auténtico aguacero.

Miró de reojo hacia el escritorio. El dossier de la chica descansaba bajo la luz que proyectaba una lámpara de sobremesa, abierto por la primera página. Aquel dossier le había llamado poderosamente la atención desde un principio; por ello, al saber que la candidata que más interés le inspiraba no se había presentado a la hora prevista, fue que dio orden de que se pusieran en contacto con ella de inmediato.

Se fijó en la foto del currículum, pequeña y de poca calidad, que no le hacía justicia. Tampoco al natural se la podía considerar una belleza; pero poseía un cierto encanto, un atractivo diferente difícil de definir. Tal vez se debía al conjunto de sus rasgos algo dispares: una nariz pequeña un poco respingona, unas cejas anchas, pero bien dibujadas, más claras que sus castaños y ligeramente ondulados cabellos; los ojos grandes y oscuros, inquietos, la boca carnosa, rosada y estrecha. O quizás su impreciso atractivo radicaba en la expresividad que transformaba su rostro en un auténtico catálogo de emociones.

Alzó una ceja al recordar cómo su sugerencia de que visitara el baño al salir había trastocado el semblante de la joven: sorpresa, humillación y un conato de furia que no se atrevió a mostrar. Noelia Cerezo pertenecía a ese grupo de personas que sin motivo alguno se consideraban inferiores al resto y ello la convertía en la candidata perfecta.

No tenía mérito haber llegado a esa conclusión. En su oficio era el mejor; nadie como él para escrutar las mentes humanas. Flaquezas, virtudes, esperanzas, temores, sueños, pecados... Nada se le escapaba. Pero con Noelia Cerezo no había tenido ni que esforzarse, era evidentemente una persona llena de inseguridades. Le bastó verla caminar hacia él, con su aspecto desaliñado y la culpa y el miedo impresos en el rostro para saber de ella todo lo que necesitaba sin tan siquiera tener que recurrir a sus innatas habilidades.

—Débil, maleable —enumeró en voz baja.

No se había atrevido ni a preguntarle por el motivo de sus directas preguntas sobre Jim Henson.

—De una candidez ridícula —concluyó.

Justo lo que su jefe buscaba.

Torció los labios en una mueca de contrariedad y miró de nuevo hacia el exterior. La lluvia ahora caía con fuerza contra el cristal, difuminando los detalles de los edificios colindantes.

Por alguna razón que no lograba discernir, le resultaba incómodo terminar el trabajo. No iba a encontrar nadie mejor que Noelia Cerezo, al menos en el escaso margen de tiempo que se le había dado; dejarla pasar y buscar otra candidata habría sido una falta total de profesionalidad, y él no cometía errores de ese calibre. Pese a ello, le costaba hacer la llamada. ¿Se debía a que era consciente de qué ocurriría inmediatamente después? ¿O tal vez el problema estaba en su jefe? No le gustaba tener que trabajar para él, de hecho, de haber podido escoger, habría permanecido lo más alejado posible de su enorme campo de influencia; pero rara vez sentía la necesidad de

contradecir sus órdenes y estas nunca le hacían dudar. Sin embargo, en aquella ocasión le estaba resultando complicado continuar adelante con su cometido. Pese a ello sacó el móvil del cajón derecho de su enorme mesa de despacho y marcó un número que sabía de memoria.

La voz meliflua al otro lado de la línea le hizo sacudir la cabeza con desagrado.

—Soy Águilas. Sí, tengo algo para usted.

Observó la ciudad bajo la lluvia mientras escuchaba.

—De acuerdo. Le mando la información en un email.

Colgó y guardó nuevamente el móvil en el cajón. Miró un momento la foto del currículum. Después movió un dedo en el aire y, sin que nada lo tocara, el dossier se cerró de golpe.

—Qué le vamos a hacer, Noelia —y al pronunciar su nombre notó un regusto amargo en la boca.

CAPÍTULO V

Aquel mundo le resultaba odioso. Ruido por todas partes, a todas horas, en todo momento del día o de la noche metido en su cabeza, impidiéndole pensar con claridad, inmiscuyéndose en sus cavilaciones. Para colmo, cada rincón de la ciudad apestaba a basura acumulada, a sucias alcantarillas, a alimentos grasientos. No soportaba el caos que causaban los ruidosos vehículos con los que se desplazaban los humanos, el humo que expulsaban y que le suscitaba una tos enfermiza. Ni a la gente, esa masa de personas inmundas con una prisa que no lograba comprender. Pero no podría abandonar aquel infierno hasta dar con lo que había ido a recuperar.

—Maldita sea —masculló mientras expulsaba a un lado las sábanas del estrecho catre en el que, como las dos noches anteriores, había intentado dormir sin éxito.

Mientras rebuscaba en su bolsa algo limpio que ponerse, el reflejo del espejo le devolvió la imagen de un joven de pómulos altos, ojos demasiado claros, enrojecidos por la falta de sueño, y labios carnosos con un mohín de desagrado.

Se puso un jersey, los pantalones vaqueros, unas botas y el desvaído abrigo negro. Le echó un vistazo a la pequeña habitación de hostel en cuyas desconchadas paredes abundaban las humedades, y volvió a mirarse en el espejo.

—Ya veréis, lo conseguiré —dijo con firmeza.

Nadie más volvería a reírse de él.

Bajó las viejas y pulidas escaleras del edificio que albergaba el feo hostel y salió a una calleja húmeda y poco iluminada, que recorrió hasta dar con una calle principal y amplia. Al menos ya no llovía a cántaros, como las últimas dos jornadas. Aquello le había impedido avanzar en su infructuosa búsqueda. En cualquier caso, la densa nube de polución había empeorado y también su tos. No se sentía nada bien, aquel mundo lo estaba enfermando a cada minuto del escaso tiempo del que disponía para cumplir su misión. Sí, el tiempo... El maldito tiempo era algo a lo que, de donde venía, se le daba demasiada importancia. Todo era Tiempo, todo giraba en torno a eso, como un juego mortal para espectáculo de algunos y detrimento de otros.

De pronto lo empezó a sentir, aunque de forma muy débil y lejana.

Toc, toc.

Caminó con cuidado, temeroso de perder lo único contacto que había tenido desde que lo perdió dos días antes en la tienda de aquella mujer.

Toc, Toc.

Miró a su alrededor, intentando concentrarse, pero el chirriante ruido de unas obras en la calzada penetró en su mente, desorientándolo.

—¡No! —bramó ofuscado por la frustración cuando el leve latido se extinguió.

Una tos seca le hizo doblarse en dos. Necesitaba beber algo o se ahogaría. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y corrió en dirección a una de las tantas cafeterías que se podían encontrar por la avenida. Entró en una sin fijarse en nada más y acabó desfallecido en una de las butacas libres, tapándose la boca con la mano derecha para evitar toser a pesar de lo mucho que le picaba la garganta.

—Buenos días. ¿Ya sabe lo que quiere tomar?

Ni siquiera miró a la camarera; no le interesaba.

—Agua.

—¿Con o sin gas?

—¡Agua! ¡Agua normal y corriente! —la espetó mirándola con desagrado.

La joven retrocedió sorprendida, se dio la vuelta y se fue hacia la barra a buscar una botella y un vaso. Aldrik bajó la cabeza intentando serenarse. Necesitaba mucha calma para volver a sentir el latido.

—Aquí tiene.

La camarera le dejó el agua embotellada al volver, un vaso largo de cristal y un platito con la nota. Él, como si estuviera en trance, ni siquiera se movió.

Noelia tenía que lidiar con muchos clientes estúpidos cada día: desagradables, desagradecidos y unos cuantos machistas que se creían muy graciosos. Aquella mañana gris empezaba especialmente mal, con un energúmeno gritándole.

—No le hagas caso, será un amargado —la calmó Rosa, una de sus compañeras de trabajo.

—¿Pero has visto cómo me ha gritado? Te juro que le metería la botella por el culo —siseó en voz baja, cruzando los brazos sobre sus generosos pechos.

—Tranquila, por este curro no vale la pena sacrificar nuestra salud mental y menos por gente que viene y va.

—Encima, mira qué pintas.

Ambas miraron hacia el joven. Ni siquiera se había peinado y su desgreñado cabello caía en mechones apelmazados sobre su lampiño rostro. Estaba muy pálido y no paraba de retener la tos con el dorso de la chaqueta negra y raída.

—En fin —suspiró Noelia—. Voy a tomarme mi rato de descanso, si no te importa.

—Claro, cielo. Yo me ocupo.

Salió a un pequeño patio al aire libre que se hallaba en la parte trasera de la cafetería. Recostó la espalda en la pared y cerró los ojos; en unos quince minutos empezarían a aparecer todos los clientes habituales para desayunar, y otros tantos de paso.

Llevaba dos días esperando “la llamada”, con los correspondientes nervios que siempre le afectaban al estómago y le impedían probar bocado, algo que no le venía mal del todo para perder esos kilos de más que le amargaban desde hacía meses.

Al principio creyó a pies juntillas, dada su habitual tendencia a fantasear, que el destino se cumpliría. Pero la triste realidad era que “la llamada” no iba a producirse nunca. Llegar tarde, ir desaliñada, sudada, comportarse como una estúpida sin personalidad... ¡Qué locura pensar que había pasado la entrevista! Por extraña que esta hubiese sido y por mucho que aquel hombre le dijera que había respondido correctamente las extrañas preguntas.

Tendría que seguir trabajando en el precario puesto de camarera a jornada reducida, —porque o era eso o nada—, aguantando energúmenos desgreñados.

—Ojalá que se haya atragantado con el agua.

Sonrió maliciosamente mientras estiraba los brazos antes de volver al trabajo.

Justo en aquel preciso momento le sonó el móvil, por lo que pegó un respingo que la hizo trastabillar en el peldaño de entrada. No se cayó de milagro.

Iba a coger el teléfono, con las manos temblorosas, cuando sus compañeras la llamaron a gritos tras escucharse un fuerte golpe en el interior del local.

CAPÍTULO VI

Atardecía. El sol pendía sobre el horizonte desde una bóveda azulada que pronto se teñiría de púrpura antes de dar paso a un cielo oscuro plagado de constelaciones. Los rayos de luz, largos y oblicuos caían sobre la parte superior de los muros del laberinto tiñendo de ámbar la piedra, tan vieja como el mismo mundo al que daba forma, mientras las sombras se alzaban de la tierra reptando por los muros, tras el rastro del mortecino fulgor.

Un día más llegaba a su fin, y Jagger no podía evitarlo.

Desde el gran balcón voladizo de la Torre del Tiempo, contempló la inmensidad imperfecta de Laberintia. La imponente altura de la torre le permitía ver que el mundo, su mundo, no era más que un camino constreñido entre muros de piedra que serpenteaban unas veces, giraban como una espiral otras, zigzagueaban, se perdían en línea recta o se entrecruzaban en infinidad de ocasiones. Un camino que a veces desembocaba en densos y enmarañados bosques, en desiertos de dunas donde el viento soplaba formando remolinos de arena; en charcas del color de las esmeraldas, en pestilentes pantanos, en plazuelas con fuentes o glorietas donde solitarias estatuas, de héroes que ya nadie recordaba, envejecían.

El gélido viento sacudió sus cabellos, unos mechones blancos y escasos que le caían sobre los hombros, y le hizo entornar los párpados. Los pequeños ojos negros como la obsidiana casi desaparecieron entre los pliegues de su rostro, tan apergaminado y oscuro que bien podría haber sido un trozo de cuero reseco. Se lamió los labios, hundidos en su desdentada boca, y chasqueó la lengua. Dio unos pasos hacia delante y sus pies, enfundados en unas babuchas de terciopelo, quedaron al filo del balcón; una temeridad teniendo en cuenta la debilidad de su pequeño, retorcido y encorvado cuerpo.

—Maldito muchacho —gruñó al observar cómo el anaranjado sol se iba escondiendo en lontananza.

Con las manos sarmentosas a la espalda, caminó hacia el interior de la torre arrastrando tras de sí el borde de su túnica brocada. La inmensidad de la sala lo empequeñecía. A su alrededor, artilugios de formas y tamaños dispares cubiertos de polvo y telarañas, iban marcando, con más o menos sonoridad, el paso del tiempo.

Su andar fatigoso lo llevó hasta al centro de la estancia, ocupado por una gigantesca ampolla de cristal con la base abombada y el cuello largo y muy estrecho. En su interior había un líquido azulado que llenaba la ampolla hasta casi el borde.

Jagger torció la cabeza a un lado para poder mirar hacia la cúpula. No podía verlo, pero sabía que de la piedra clave, situada en el centro geométrico de la bóveda, cada tanto nacía una gota destinada a caer en el interior de la ampolla.

A sus espaldas, por encima del murmullo de los medidores del tiempo, escuchó unas pisadas; reconoció la ligereza de los pasos y torció el gesto.

—No lo conseguirá —le oyó decir al joven alto y delgado que se detuvo a su lado.

No quiso mirarlo e ignoró su presencia.

—Creí que te alegraría su fracaso —añadió.

Su tono lisonjero le provocó repulsión. Lo miró de reojo, sin ocultar su menosprecio. De

aquel tipo estirado y sabelotodo le disgustaba demasiadas cosas: su porte arrogante, su belleza natural, su juventud, su pertenencia al consejo.

—Eres un cretino, Tansel —masculló—. Su fracaso es el de todos.

Una mueca ladina y fugaz acudió a los delgados labios del joven; estaba acostumbrado a los desprecios del viejo consejero. Cruzó los brazos y metió las manos en las anchas bocamangas de su túnica. Con aire indiferente contempló la gran ampolla.

—No el de todos —comentó.

—Esos otros son el enemigo. —Jagger cerró las manos que mantenía a la espalda en dos apretados puños—. ¿Lo has olvidado?

Tansel suspiró, su rostro barbilampiño y anguloso adoptó una fingida expresión de pesar.

—Ese es el problema, viejo amigo, te empeñas en ver adversarios donde solo existen camaradas preocupados por el futuro de Laberintia.

—No soy tu amigo —replicó, asqueado—. Y no pretendas hacerme creer que te preocupa algo más que tu pellejo. ¿Crees que no sé cuál es tu juego? Nadas en mitad de la corriente a la espera de ver el resultado de esta disensión, para escoger una u otra orilla.

—Sabes muy bien cuál es mi postura, Jagger. —Se giró hacia el anciano y lo contempló con una sombra de condescendencia en sus ojos azules—. Nuestro mundo languidece. El Tiempo transcurre y ya no somos ajenos a su paso. Lo sabes. —Se inclinó hacia él y escrutó su rostro con avidez—: Puedes sentirlo, ¿verdad?

—Ya ha sucedido otras veces. —Apartó la mirada, no queriendo cruzarla con Tansel—. Es un ciclo natural. El rey es quien se ocupa de que el Tiempo regrese a su ser.

—Pero ahora no hay rey.

Jagger dio un respingo y sus pétreos ojos centellearon de rencor a clavarse en el rostro del joven.

Una gota, semejante a una lágrima, se precipitó desde la cúpula. Ambos hombres, como si lo hubieran sentido, miraron a la vez hacia la gran vasija de cristal. La gota, silenciosa y ligera, cayó limpiamente por el estrecho cuello. El eco acuoso que produjo al chocar con el líquido de la ampolla se dispersó por el salón.

—Se avecinan cambios —dijo Tansel al cabo de unos segundos—. Mejor si somos nosotros quienes los propiciamos.

—Lo conseguiré —proclamó con obstinado timbre.

Las delgadas cejas del joven se tensaron y unas leves arrugas aparecieron alrededor de su boca fruncida.

—El muchacho no se lo merece. No es nadie, ni siquiera un bastardo.

—¡Él lo eligió! —objetó con vehemencia. Jagger, con su cabeza inclinada a un lado, miró desafiante al joven—. Eso debería bastar.

La tensión en el entrecejo de Tansel se hizo más evidente.

—Se equivocó.

—¡Suficiente! —Jagger le apuntó con un dedo largo y huesudo, terminado en una uña correosa—. No te permitiré semejante falta de respeto.

—Malcriado, prepotente, inútil, perezoso —enumeró Tansel con aire displicente—. Esas y otras lindezas dijiste del muchacho ante el consejo.

Jagger volvió a estrechar las manos a su espalda.

—Yo no antepongo mis necesidades ni mis opiniones a los deseos de mi señor. Sé lo que es la lealtad.

Tansel le observó unos instantes. Se encogió de hombros y sonrió sin humor.

—Es una pérdida de energía discutir. —Señaló la ampolla con la cabeza—. Pronto se cumplirá el plazo. El muchacho no logrará encontrarlo a tiempo. No regresará. Y el destino seguirá su curso. —Le dio unas palmaditas en el hombro—. Llegan aires nuevos para Laberintia y tú, viejo amigo, terminarás por entenderlo.

Se marchó con su caminar liviano y su porte altivo. Jagger permaneció frente a la vasija, temblando de rabia y frustración; había demasiada verdad en las palabras de aquel cretino.

«Maldito Aldrik», se lamentó. «Todo es por tu culpa».

CAPÍTULO VII

La mañana fue un auténtico fastidio para Noelia, pues al acudir a la inquietante llamada de sus compañeras, se encontró con un bonito panorama en la sala: el tipo borde tendido en el suelo cuan largo era, la mesa caída y el agua desparramada; el resto de los clientes a su alrededor, contemplando la escena asombrados, mientras algunos transeúntes se asomaban desde la calle a curiosear.

Una de sus compañeras estudiaba enfermería y pidió, bastante alarmada, que llamaran a una ambulancia. Por lo visto el joven padecía una fiebre altísima y estaba sin sentido. Humedecieron paños para aplicárselos al chico, que se hallaba pálido como un muerto. La ambulancia tardó bastante en llegar, pero, tras un primer examen, acabaron por llevárselo bajo la atenta mirada de los fisgones.

Tras el espectáculo hubo que atender el flujo de clientes que decidieron quedarse a desayunar, más los que solían acudir de forma habitual. Entre tanto lío y el par de horas extras que tuvo que hacer —horas que probablemente no le iban a pagar—, hasta bien pasado el mediodía no pudo mirar de quién había sido la llamada recibida momentos antes de que estallara el jaleo.

Revisó el teléfono con cierta esperanza absurda, pero solo encontró una llamada de su madre y un mensaje suyo en el buzón de voz que decidió ignorar. Ese día estaba demasiado hastiada y, aunque quería a su madre con toda el alma, en algún lugar de su mente, de cuando en cuando, una vocecita le susurraba que, en cierto modo, la culpa de llevar aquella vida tan falta de alicientes era de su progenitora.

Noelia salió de la cafetería arrastrando los cansados pies, rumbo al metro más cercano. Bajó las escaleras que la llevaban al subsuelo y esperó el siguiente tren. Como cada día hizo el trayecto de pie, rodeada del agobiante calor de la gente, mirando a la nada, intentado no pensar en su anodina vida: trabajo, casa, dormir, trabajo. De vez en cuando podía pasar el rato con su mejor amiga Lidia, y la única que le había quedado tras años de una relación sentimental en la que su exnovio, demasiado posesivo, había conseguido que fuera perdiendo amistades poco a poco. Así que en la actualidad carecía de vida social.

Salió del metro y caminó sin prisas por el barrio. Al ver la tiendecita recordó que tenía que pagarle la bola de cristal, pero a esas horas estaba cerrada.

—Al final ni destino ni porras —dijo en tono hastiado.

Pasó de largo, entró en su edificio, y subió las escaleras desanimada en exceso, cansada y sin ganas de comer.

—Hola, mamá. No te vas a creer lo qué ha pasado... —entró en la casa hablando con total naturalidad, dando por hecho que su madre estaría esperándola.

Noelia frunció el ceño con extrañeza a no escuchar el saludo de su madre.

—¿Mamá? —repitió.

La casa se mantuvo en silencio. Miró habitación por habitación sin encontrarla. Rápidamente cogió el móvil y la llamó, pero estaba apagado o fuera de cobertura. Pasó a escuchar el buzón de voz y no se trataba de nada relevante, solo su madre preguntándole qué quería para comer, así que no sacó nada en claro. Tampoco había una nota en la nevera, ni en ningún otro lado.

De pronto sonó el timbre de la puerta y corrió con la esperanza de que fuera ella que se había dejado las llaves. Abrió sin más, encontrándose al vecino.

—Hola, Noelia.

La cara del hombre denotaba cierta angustia y preocupación. El corazón le dio un vuelco a la joven, quedándose sin palabras.

—No te asustes —dijo él en un intento inútil de tranquilizarla—. Amelia está en el hospital, pero no es grave.

—¿Qué ha pasado? —inquirió con angustia.

—Tuvo un accidente laboral; se resbaló por una escalera que estaba limpiando y cayó. Se ha roto una pierna, varias costillas y un brazo. Por lo demás se encuentra bien.

—¿Bien dices? —gimió—. ¿Con todas esas fracturas? —Cogió nerviosa las llaves y el móvil, metiéndolos de nuevo en el bolso—. ¿En qué hospital está?

—La llevaron a Urgencias de El Sagrado Corazón. Mi Antonia está con ella.

—Eso me alivia —musitó cerrando la puerta con celeridad—. Voy ahora mismo para allá —Y mientras corría escaleras abajo, le gritó—: ¡Le diré a Antonia que vuelva enseguida! ¡Muchas gracias!

Y pensar que horas antes se había quejado mentalmente de su madre, echándole la culpa de su insustancial vida. ¿Cómo podía ser tan mala hija? Se sintió despreciable. Deseó cambiarse por ella y estar en su lugar, con dos miembros rotos en una cama de hospital. Su madre, que había criado “sola” a sus dos hijos soportando a un marido a la antigua que, con la excusa de que era él quien traía el dinero a la casa, no se implicaba lo más mínimo en el hogar ni en la educación de los niños, y que la cambió por otra en cuanto dejó de verla hermosa. Su madre sí que había tenido una vida anodina y unos hijos que eran su único consuelo, aunque el mayor, que trabajaba en Francia, se había desentendido totalmente de la familia, o lo que quedaba de ella.

Llegó al hospital, agotada en todos los sentidos, y preguntó en la recepción. Tuvo que esperar a que la llamaran, pues en Urgencias no existía un periodo de visitas como tal, para poder pasar a la habitación que su madre compartía con otras tres personas.

—Mamá...

Casi se tiró encima de ella, con lágrimas en los ojos. No podía aguantarlo más.

—Pero cariño, no llores. Estoy bien... —musitó Amelia medio adormilada por los calmantes.

—¿Qué coño te ha pasado? —le espetó de pronto, enfadada, como si le echara las culpas a la dolorida paciente.

—Me resbalé... —esta no pareció percatarse del tono de su hija, ni de su estado de ánimo.

—¿Y qué te han dicho los médicos?

—Tengo la pierna esa rota, y el brazo este... —Intentó moverlo sin éxito—. Que esta noche me pasarán a planta... Me resbalé...—repitió.

—Vale, mamá. Descansa. ¿Y Antonia?

—En la cafetería...

—Voy a decirle que se vaya a casa, ¿vale?

Le sonrió a su madre con cariño; ya se le había pasado el disgusto al comprobar que solo estaba medio dormida por efecto de la medicación.

Encontró a Antonia sentada en una pequeña mesa, tomándose un café.

—Antonia —la llamó.

—Oh, Noelia, bonita. ¿Has visto ya a tu madre? Mi José me llamó para decirme que ya venías. No pudimos avisarte, no teníamos tu móvil.

—No pasa nada. —Se dejó caer en una silla a su lado—. Sí, vi a mamá. ¿Qué ha pasado

exactamente?

—*Nah*, que se resbaló con la fregada del piso, y se cayó por la escalera. Lo malo es que como no tenemos contrato... Ya sabes, ni baja ni nada.

Noelia suspiró; era cierto. Su madre trabajaba para personas particulares que no contrataban.

—Bueno, lo importante es que está bien. Yo la cuidaré. Vete para casa que tu marido estará preocupado.

—Gracias, bonita. —Antonia se levantó para marcharse—. Ay, ya me hubiera gustado tener hijos como tú. Eres muy buena...

Se besaron mientras se despedían. Sus palabras le dejaron un regusto amargo, aún se arrepentía de sus pensamientos anteriores sobre su madre.

Pidió una tila doble y volvió a la mesa. Entonces recibió otra llamada, que cogió con extrañeza pues no conocía el número.

—Diga.

—¿La señorita Cerezo? —el corazón de Noelia dio un vuelco al creer reconocer el tono de voz.

—Sí, soy yo. —La boca se le secó de pronto y el corazón le fue a mil.

—Soy Águilas, supongo que me recordará de la entrevista.

—S-sí, por supuesto —tartamudeó.

—Necesito que venga esta tarde a la editorial. A las seis de la tarde —sonó como una orden, no una petición.

Noelia se quedó congelada, sintiendo que un sudor frío le recorría la espalda, debatiéndose internamente.

—Por supuesto —acabó por decir tras unos intensos segundos.

—Bien; la espero. En la recepción solo tendrá que decir su nombre y apellidos. Por favor, esta vez no llegue tarde —añadió al final con tono gélido, y colgó después.

Noelia apoyó el móvil en la mesa, tragando saliva. Tendría que dejar a su madre sola, un rato. No podía hacer otra cosa.

Al volver a su habitación la encontró dormida. Miró el reloj: las tres de la tarde pasadas. Buscó una libreta en su bolso y le escribió una nota a la mujer explicándole que iba a una entrevista de trabajo.

—Tú, tráeme agua... —escuchó de pronto a su espalda.

En la sala solo había enfermos, ningún trabajador del hospital. Se giró y se quedó boquiabierta al reconocer al paciente de la cama contigua, solo separada por una fina cortina.

«El cliente borde», pensó alucinada. «No me lo puedo creer».

—Ahora llamo a alguien —le contestó sin acercarse, con rencor.

No se le olvidaba su trato despectivo en el trabajo, ni le daba ninguna pena.

—¿Esto qué es? ¿Dónde estoy? —preguntó Aldrik con aspereza, mirando a su alrededor con unos ojos nublados por la fiebre.

—Un hospital, ¿no lo ves? —respondió ella con intencionada acritud.

—Tengo sed, tráeme agua —repitió a modo de orden.

—Mira tío, ya no estamos en la cafetería, así que no me hables así.

—¿Cafetería?

No pareció reconocerla. Noelia suspiró intentando serenarse.

Luego se fue, de vuelta a casa, para ducharse e ir a la nueva entrevista, no sin sentirse culpable por dejar a Amelia sola. Pero no tenía más remedio. —Ahora llamo a una enfermera o algo, pero baja la voz.

Salió por la puerta, dándole un beso a su madre antes, e indicó a un auxiliar que había un paciente que quería algo.

CAPÍTULO VIII

Juan Águilas se sentía incómodo. No era una sensación habitual en él, pocas cosas en aquel mundo y en el otro lograban inquietarle; pero la presencia de aquel hombre en sus dominios era una de ellas.

Andrés Salvatierra le contemplaba con placidez desde el otro lado del escritorio, cómodamente sentado en una silla con reposabrazos. La expresión de su semblante era amable, pero el brillo de sus almendrados ojos negros le daba un aire malicioso, como el de un niño a punto de cometer una travesura. Tenía los cabellos también muy negros, peinados hacia atrás con gomina. Vestía de forma informal, aunque todas las prendas eran de marca: pantalones vaqueros, camisa blanca, chaleco de punto negro, corbata anudada con informalidad. Su relajada actitud y la seguridad que emanaba de él potenciaban su atractivo natural.

—Llega tarde —dijo Salvatierra en un tono casi divertido.

—Tiene ese defecto.

Salvatierra sonrió con su boca perfecta de labios gruesos y sensuales, pero sus ojos no acompañaron el gesto.

—Espero que no sea el único.

Águilas se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz con un solo dedo. Pocas cosas conseguían irritarle, que dudaran de su profesionalidad era una de ellas.

—¿Ha leído mi informe?

—¡Por supuesto! —exclamó, fingiendo una ligera indignación.

—Entonces sabrá que ella es exactamente lo que busca.

—Vulnerable, insegura, manipulable —enumeró Salvatierra—. Sin ambiciones. Sin iniciativa. Sin ilusiones. Tan corriente y anodina como la mayoría de los humanos.

—Salvo por un detalle.

—¡Oh, sí! Un maravilloso detalle.

Salvatierra tamborileó con los dedos de su mano izquierda sobre el reposabrazos sin dejar de mirar a su interlocutor con unos ojos inquisitivos y burlones, evaluando al hombre.

—Dime, Águilas, ¿alguna vez se te resiste alguien?

El aludido arrugó el entrecejo.

—Me refiero a si hay alguna alma que no puedas leer.

—No —replicó con sequedad.

—¿Ni siquiera la mía? —inquirió con un deje de dulzona ironía.

Águilas entornó los párpados y apretó la mandíbula. Era lo suficientemente inteligente para saber que decirle a aquel individuo que sí, que su alma, como la de todos, era un libro abierto para él, resultaba una mala idea. El mismo grado de inteligencia que le advertía que mentirle era aún peor.

—Ni siquiera la suya.

La sonrisa de Salvatierra se ensanchó.

—¿Y qué opinas? Sobre mis intenciones, quiero decir. Si puedes leer mi alma, debes de intuir cuáles son mis planes, ¿no?

—Yo no me inmiscuyo en esas cosas. —Le devolvió la mirada, serena, al borde de la displicencia—. Mi trabajo es reunir información sobre la personalidad de un individuo, sacar a la luz todas sus facetas. Lo demás no me incumbe.

—Todo un profesional —comentó risueño. Le guiñó un ojo—: Confío en que me guardarás el secreto.

Águilas tuvo claro que no era una petición y se limitó a asentir con un corto movimiento de cabeza. En verdad era un profesional, jamás había utilizado ni tenía intención de utilizar la información obtenida durante el transcurso de su trabajo en su propio beneficio. Jamás. Y menos si esa información pertenecía a su jefe. Pero en esta ocasión... ¿confiar lo que sabía a otros no sería beneficioso para todo un mundo?

Los ojos de Salvatierra estaban clavados en él; sabía que no podía leerle la mente y aun así se instó a pensar en otra cosa.

—Por cierto —dijo Salvatierra—. ¿Le hiciste las preguntas que te dije?

Águilas alzó ambas cejas en un gesto de contrariedad.

—Sí.

—¿Y cuáles fueron las respuestas?

—Las que buscaba —respondió, desabrido.

—No entiendes su relevancia, ¿verdad?

—No necesitaba la respuesta a esas preguntas para hacer mi trabajo.

Salvatierra negó lentamente con la cabeza en actitud divertida.

—Por supuesto. Pero ella sí las necesita. Esas preguntas son los primeros tramos del camino que ha de recorrer. ¡Ah, los humanos! —suspiró con cierta teatralidad—. Tan ingenuos, tan dispuestos a creer en supersticiones, sortilegios, aparecidos. La fe de los humanos puede mover montañas, aunque es una fe sucia, basada en su egoísmo. Solo creen si a cambio consiguen un beneficio. Esa fe no me sirve. En cambio, esta chica, si no has errado en tus deducciones, es una entre un millón. —Se inclinó hacia delante, y el sumo deleite que afloró a su rostro le confirió una expresión malevolente—. Anodina y, pese a ello, única.

Águilas apretó los labios. La capacidad de creer en lo imposible, de forma limpia y honesta, con la sencillez de un niño, era lo que dotaba a Noelia Cerezo de su capacidad para Ver, lo que la hacía única y lo que la condenaba. Sabía bien que luchar contra el destino era inútil, todos los oriundos de Laberintia lo sabían y, aun así, sintió la tentación de levantar el teléfono y hacer una llamada rápida.

«No venga. Márchese lejos. Huya».

—Creer para ver —susurró Salvatierra recostándose de nuevo en la silla con los ojos cerrados.

Al sonar unos golpes en la puerta, sus labios esbozaron una taimada mueca.

Noelia era consciente de que llegaba tarde de nuevo, aunque solo unos diez minutos. Y en esta ocasión sí por culpa del metro y sus retrasos habituales en las horas punta. Había planeado llegar con tiempo de sobra y esperar, pero no, la suerte no estaba de su lado desde hacía ya unos cuantos años.

La mujer de recepción había sido tan rancia como en la anterior ocasión, e incluso le dedicó una de esas miradas cargadas de asco cuando se dirigía hacia el ascensor. Supuso que le resultaba increíble que la hubieran llamado de nuevo precisamente a ella. Pero allí estaba, sin saber muy bien a lo que iba. ¿Una segunda entrevista? ¿Por qué motivo? ¿Porque sabía un poco de Henson y de Dentro del Laberinto, una preciosa película en la que actuaba magistralmente su adorado Bowie? Era lo único que se le ocurría como respuesta.

El encargado de la pequeña recepción de Recursos Humanos la acompañó hasta la puerta del Sr. Águilas, llamó por ella y, tras abrirla, asomó la cabeza:

—Disculpen, ya está aquí la Srta. Cerezo.

Águilas, con la seriedad que le caracterizaba, movió la mano indicándole que la hiciera pasar.

—Llega tarde de nuevo —apuntó sin más.

—Lo siento de veras, el metro a estas horas es... infernal...

Iba a seguir con la disculpa, sin embargo, la presencia del otro hombre la hizo sentir cohibida y calló. Este la contemplaba con una sonrisa amable en su atractivo rostro.

—No importa, Águilas —dijo sin apartar sus penetrantes ojos de ella—. No seas tan duro con Noelia —la tuteó.

Noelia no supo muy bien qué decir cuando el extraño, tras levantarse, cogió su mano para besarle el dorso fugazmente.

—Soy Andrés Salvatierra. Por favor, siéntate.

—Mucho gusto —atinó ella a contestar mientras se sentaba justo en la silla que estaba al lado del hombre, frente a Águilas, que no parecía muy a gusto con toda la situación, fuese cual fuese esta.

—Águilas me ha hablado muy bien de ti.

El aludido, percibiendo la burla en sus palabras, puso en funcionamiento su autocontrol.

—Ambos pensamos que eres la persona más capacitada, dados tus estudios y conocimientos, para llevar a cabo el proyecto que tengo en mente.

—Muchas gracias —sonrió Noelia, aún sin entender muy bien a qué tenía que atenerse.

Lo que más la desconcertaba a la joven era que el lacónico jefe de Recursos Humanos pensara eso de ella. Se sintió halagada y se ruborizó un poco, lo que no pasó desapercibido para ambos hombres que cruzaron las miradas.

—Es un proyecto muy ambicioso sobre Jim Henson y su mundo, en especial el que versa alrededor de Dentro del Laberinto —explicó Salvatierra—. Supongo que habrás visto la película o leído el libro.

—He visto la película en varias ocasiones.

—Pronto sabrás más que nadie.

Salvatierra sonrió con afabilidad, pero Águilas sabía perfectamente lo que se escondía detrás de aquella perfecta sonrisa. Cada vez sentía más ganas de echar de allí a la joven, con cualquier excusa, aunque hiciera entrar en cólera a aquel monstruo.

Lo sopesó rápidamente; no valía la pena poner en riesgo su perfecta existencia por la de aquella simple mortal.

—Entonces es un proyecto sobre Jim Henson... —quiso corroborar Noelia.

—Sí, sí. Y será muy entretenido. Tú nos ayudarás, a mi equipo y a mí, con la recopilación de datos, la redacción y corrección.

Noelia estaba alucinando, literalmente. Iba a ser que aquella mujer de la tienda tenía razón con lo del destino.

—Tenemos preparado su precontrato, a falta de sus datos de la seguridad social y demás —interrumpió Águilas mientras sacaba del cajón una carpeta gris.

La abrió y sacó de su interior unas hojas que tendió a Noelia. Esta empezó a leer las condiciones. Cuando llegó a la parte del sueldo abrió los ojos y levantó las cejas, asombrada.

—El salario debe de estar erróneo.

—No hay nada erróneo en el contrato, lo he redactado yo mismo —afirmó contundentemente Águilas, y con ello quedó claro que estaba correcto.

Noelia no se lo podía creer, pero siguió leyendo con nerviosismo. Salvatierra estaba disfrutando, mientras miraba al otro hombre con sus ojos negros.

Cuando llegó a una de las cláusulas, la sonrisa inocente de Noelia desapareció, algo que fue evidente para el Jefe de Recursos Humanos.

—¿Hay algo que no entienda, Srta. Cerezo?

—Pone que tendré que viajar a Nueva York.

—Correcto. ¿Y qué problema hay?

—¿A partir de cuándo será eso?

—Inmediatamente después de firmar el contrato —intervino Salvatierra, ya no tan risueño como quería aparentar.

—No puedo, lo siento.

Los dos hombres se quedaron perplejos pues no se esperaban semejante negativa ante un contrato con aquella minuta, y menos de una chica como Noelia. La joven dejó, con mano temblorosa, los papeles encima de la mesa y se levantó tropezando con la silla.

—Pero Noelia, no digas tonterías. Es una gran oportunidad —aseguró Salvatierra.

—N-No puedo. Muchas gracias por haber confiado en mí y siento las molestias ocasionadas. Seguro que encuentran a alguien más adecuado que yo.

Se dirigió hacia la puerta ante la mirada atónita de Salvatierra y la simulada impasibilidad de Águilas, que intentó no dejarse vencer por los extraños sentimientos que se revolvían en su interior; una mezcla de alivio por ella, y miedo por la tormenta que se avecinaba, y también algo de orgullo profesional herido, pues había fallado por primera vez en su vida.

Salvatierra se giró hacia él en cuanto Noelia abandonó el despacho. Sus ojos eran gélidos, y su expresión pétrea.

—Me da igual cómo lo hagas, pero la quiero a ella —exigió. Seguidamente se dispuso a salir también de la estancia, deteniéndose un instante antes de abrir la puerta—. Ya me conoces, Águilas, así que sabes lo que pasará si me decepcionas.

Un portazo dio por zanjado todo el asunto y Águilas se quedó quieto, mirando a la nada. Muy pocas cosas lograban enfurecerle, que le amenazaran era una de ellas.

CAPÍTULO IX

Noelia, sentada en uno de los asientos del vagón de metro, lloraba en silencio. Las lágrimas, que no se molestaba en secar, caían despacio por sus mejillas. Algunos pasajeros la miraban con curiosidad, aunque ella no se daba cuenta; solo podía pensar en que posiblemente acababa de dar la espalda al trabajo de su vida.

Rechazar el puesto había sido un acto reflejo. ¿Viajar en aquellos momentos? Imposible con su madre hospitalizada. No tenía ni idea de cuándo le darían el alta y, después, qué tiempo tardaría en poder valerse por sí misma. ¿Cómo iba a abandonarla? La simple idea de dejarla a su suerte la había angustiado hasta el punto de sentirse completamente bloqueada, incapaz de manejar la situación con un poco de sentido común. Ni siquiera se le había ocurrido negociar las condiciones del contrato. Quizás si les hubiera explicado sus circunstancias, ellos habrían sido comprensivos. Tal vez los podría haber persuadido de retrasar el viaje hasta que su madre se hubiese recuperado. Pero no, había reaccionado como era de esperar en ella: de forma impulsiva y obtusa.

¿Y si aún estaba a tiempo de arreglarlo? Podía llamarlos para disculparse por su proceder y pedirles una nueva oportunidad.

Su semblante se animó ante esta posibilidad. Se limpió las mejillas con un par de gestos bruscos y revolvió ansiosa en el bolso hasta encontrar el móvil. Sin embargo, cuando lo tuvo en la mano, su resolución se desinfló. Había rechazado el trabajo sin dar explicaciones, dejando a aquellos dos hombres con la palabra en la boca, con una desconsideración que rallaba la grosería, si los llamaba ahora y les contaba lo sucedido con su madre pensarían que era estúpida, sobre todo Águilas.

Abatida, sintiendo de nuevo las lágrimas brotar de sus ojos, devolvió con mano temblorosa el móvil al bolso. No había solución.

Sintió una repentina rabia contra su progenitora y, al instante, una profunda vergüenza. Era injusto culparla de sus problemas, de las decisiones que tomaba, pero no podía evitarlo.

El tren se detuvo en la parada y Noelia bajó del vagón como una sonámbula. Casi por inercia salió de la estación y se encaminó hacia el hospital. Había caído la noche y también la temperatura. Sintió frío en las húmedas mejillas y se las limpió con el borde de la manga, pensando que tenía que tener un aspecto horrible.

Una vez en Urgencias, la noticia de que su madre había sido trasladada a una habitación logró levantarle el ánimo.

—No hay camas libres en traumatología —le informó con amabilidad la enfermera que se ocupaba de los ingresos—. La hemos subido a la planta de medicina general, la encontrará en la habitación 312. Si quiere, puede quedarse con ella a pasar la noche.

Noelia le dio las gracias y corrió hacia los ascensores. Localizó la habitación de su madre en el ala sur de la tercera planta, al final de un largo corredor desierto y silencioso. Dos camas ocupaban el reducido espacio del cuarto. La de su madre se hallaba próxima a la ventana, que tenía la persiana bajada. La otra la ocupaba una anciana de aspecto descuidado. Encontró a su madre dormida y, de no ser por su palidez y el rictus de dolor en la comisura de sus labios, habría pensado que descansaba plácidamente. Tenía la pierna izquierda escayolada hasta la rodilla,

suspendida en alto por unos tensores. El brazo izquierdo, también inmovilizado con una escayola, reposaba sobre el pecho, y una vía intravenosa conectaba su otro brazo con una bolsa de suero.

Empujó con cuidado hasta la cabecera de la cama uno de los dos sillones hospitalarios de la habitación y se dejó caer en él dando un resoplido. Con la cabeza apoyada en el respaldo observó a su madre, y su fragilidad le llenó el corazón de congoja. ¿Cómo podía sentir rencor contra aquella mujer que parecía destinada a no dejar de sufrir nunca? Se inclinó sobre ella y la besó en la frente. La mujer dio un pequeño suspiro sin llegar a abrir los ojos, y la tensión en su boca se relajó.

—Lo siento, mamá —musitó en su oído—. Te quiero mucho. —Y la besó nuevamente.

Agotada, volvió a reclinarsse sobre el respaldo del sillón y cerró los ojos. Fue entonces cuando se le agitaron las tripas y al hacerlo produjeron un eco burbujeante que le recordó que su comida había sido demasiado frugal.

«Si no ceno me va a doler», se dijo masajeándose el estómago.

Noelia salió de la habitación echando un último vistazo a su madre.

En el pasillo, parada frente a la puerta de una habitación, vio a una mujer. La reconoció al instante; cómo no hacerlo con su peculiar indumentaria, su pelo abundante y rizado y sus muchos abalorios.

«La dependienta de la tienda», pensó. «¡Qué coincidencia!».

Caminó hacia ella con la intención de saludarla. Al advertir la tensión que emanaba de su cuerpo cambió de opinión. Se detuvo a unos metros, aunque no lo suficientemente cerca como para poder atisbar dentro de la habitación que la mujer observaba con tanta inquietud. Vio que se estrujaba las manos con nerviosismo y que la expresión de su rostro era de desasosiego. Noelia avanzó un paso y en ese momento la dependienta volvió el rostro hacia ella. Al ver a la joven se le iluminó el semblante con una expresión de evidente alivio.

—Hola —saludó Noelia con cierta inseguridad—. Qué curioso encontrarnos aquí.

La mujer no dijo nada. Su boca esbozó una sonrisa que a Noelia le pareció de agradecimiento y sin más le dio la espalda y se marchó pasillo abajo desapareciendo tras la puerta del fondo.

—Qué mujer tan rara —musitó, desconcertada.

Al pasar frente a la habitación objeto del interés de la dependienta, no pudo resistir la curiosidad y echó un vistazo dentro. Apenas tuvo tiempo de alcanzar a ver una de las camas, ocupada por un paciente, y a una persona en la cabecera inclinada sobre él. Le pareció una escena intrascendente y, aun así, algo indefinible la obligó a detenerse y a volver sobre sus pasos. Con discreción se asomó de nuevo, sorprendiéndose al darse cuenta de que conocía al joven paciente.

«Otra vez el tío borde de la cafetería», pensó Noelia.

El otro hombre, también joven, alto, delgado y vestido de riguroso negro, sostenía la cabeza del paciente con una mano mientras en la otra sujetaba, muy cerca de los labios del chico, una pequeña botellita de cristal de color púrpura. No supo qué fue con exactitud lo que la hizo desconfiar, si aquel inusual frasco que parecía refulgir, la pose autoritaria del hombre, casi amenazante, o su aspecto curiosamente irreal. No dijo nada, pero tampoco se movió de la puerta. El joven se hallaba semiconsciente, pálido y exánime, con los párpados ligeramente entornados. Noelia escuchó que el hombre le hablaba en susurros, aunque no reconoció las palabras. Le vio acercar aún más la botella a los entreabiertos labios del joven y un repentino escalofrío le corrió por la espalda como un dedo helado.

—Perdone...

Escuchar su propia voz la sobresaltó. ¿Qué estaba haciendo?

El hombre volvió hacia ella unos extraordinarios ojos azules y a Noelia le pareció aún más

irreal.

—Perdone —insistió, preguntándose al mismo tiempo por qué se metía en lo que no le importaba—. ¿Es usted enfermero o médico?

El hombre se le quedó mirando sin parpadear, con una de sus delineadas y finas cejas alzadas en un gesto interrogativo, y los labios paralizados en una palabra no pronunciada.

—¿Un familiar? —inquirió Noelia, sintiendo que se le aceleraba el pulso y las palmas de las manos comenzaban a sudarle.

En su mente, una recóndita voz le advertía de que aquel hombre no era trigo limpio y, aunque desconocía por qué, esa misma voz la exhortaba a que no le dejara continuar con lo que fuera que planeaba.

—¡Buenas noches!

Una enfermera pequeña y rubicunda entró resuelta en la habitación esquivando a Noelia.

—¿Son ustedes familiares del paciente? —inquirió con alegre desparpajo—. Vamos a necesitar que nos den sus datos, ha llegado indocumentado y... —Sus ojos vivarachos se posaron en el frasco que sostenía el hombre y la sonrisa de sus labios desapareció—. ¿Qué hace usted? —Se plató ante él con los brazos en jarra—. No se le puede administrar ningún medicamento al paciente sin la autorización médica.

El hombre ladeó un poco la cabeza y contempló a la mujer como si fuera una rara criatura.

—¿Me está escuchando?

En vez de responderle, depositó la cabeza del joven sobre la almohada, cubrió la boca de la botellita con un tapón de corcho y, metiéndola en el bolsillo del abrigo, se dirigió a la puerta.

—Oiga, señor —llamó la enfermera—. Le estoy hablando. ¿Dónde cree que va?

Al pasar junto a Noelia, el hombre giró el rostro hacia ella y la miró directamente a los ojos. El instinto le dijo a la joven que retrocediera, que huyera de él, pero se sintió paralizada por aquellos iris azules, aquellos ojos que, tuvo la absoluta y horrenda seguridad, no podían ser humanos. Sobrecogida, parpadeó una vez, y ya no estaban allí; el hombre había continuado por el pasillo con la enfermera, porfiando y reprochándole su mala educación, pisándole los talones.

Noelia miró hacia la cama y, con las manos temblorosas y el paso inseguro, se aproximó a la cabecera.

Aldrik, pálido y febril, permanecía inconsciente. Sus labios se estremecieron y su voz escapó de entre ellos. Noelia acercó el oído a su boca con cuidado y pudo escuchar unas dolientes palabras:

—Padre... perdóname.

Y aunque aquel tipo no le inspiraba simpatía alguna, sintió que el desconuelo de su voz le conmovía el corazón.

La mujer caminaba a buen paso por la tranquila calle cuando sintió unos dedos como garras cerrarse sobre su hombro.

—¿A dónde va, Maeba?

El gesto la sobresaltó y la hizo detenerse en seco; ni había oído sus pasos ni sentido su cercanía. Se volvió hacia él sin miedo y, para constatar este hecho, se le quedó mirando desafiante. A sus ojos, Tansel no era más que un crío malicioso con ínfulas de estratega, cuya noble cuna y el abolengo de su sangre le eran indiferentes. De no ser por su pertenecía al Consejo Inmemorial, al que todo oriundo de Laberintia debía obediencia ciega, no le habría dejado ni traspasar la puerta de su tienda.

—A mí casa.

—Yo no le he dado libertad para ello —replicó.

Aún tenía la mano sobre su hombro y le clavó los dedos en la carne sin compasión. Maeba torció el gesto por el dolor, pero sus ojos siguieron mostrando desprecio.

—Me ordenó que le llevara hasta Aldrik. —Agarró la muñeca del hombre y le apartó la mano con un ademán firme—. Y eso he hecho.

—También le ordené que vigilara. —Tansel se soltó de su agarre con una mueca asqueada—. No debiste dejar que me interrumpieran.

—¿Le han interrumpido? —inquirió con fingida sorpresa—. ¿Esa chica? Creía que había dicho que sabía bien cómo tratar a la excoria humana.

El hombre la examinó con una gélida mirada.

—¿Qué tramas, Maeba?

—¿Yo? —La mujer se encogió de hombros—. Qué podría tramar una pobre exiliada como yo.

—¿Crees que porque vives al otro lado de la frontera no te influye lo que suceda en Laberintia? Si el tiempo alcanza nuestro mundo, tú no te verás libre de la catástrofe.

—Si ese es nuestro destino... —La mujer tragó saliva y alzó el rostro—. Que así sea.

—¡Necia! —escupió Tansel—. Tú y todos los que como tú ponen nuestro futuro en manos de ese inútil. Él nos ha llevado a la ruina, ¿de verdad piensas que nos libraré de ella? ¿Es que no lo has visto? Está acabado.

—Eso parece —comentó Maeba con suavidad—. Su mente no es capaz de adaptarse a este mundo y su cuerpo se revela. Si no reacciona, morirá. Seguramente pronto. Así que... —Sus ojos astutos se clavaron en el bolsillo del abrigo del hombre en el que podía sentir que guardaba la pequeña redoma—. ¿Para qué molestarse en interferir?

Tansel apretó los dientes y su mandíbula se tensó.

—El destino, ¿eh?

Maeba suspiró; de repente se sentía terriblemente cansada. Miró a su alrededor. La calle, iluminada por la pálida luz de las farolas y transitada por unos pocos viandantes y coches, tenía un aspecto triste y sucio. El mundo humano, el mundo real según estos, en nada se parecía a su querida Laberintia, de la que hacía demasiado tiempo que faltaba y al que posiblemente jamás iba a regresar. Por primera vez en mucho tiempo la añoranza de una época mejor fue demasiado dolorosa.

—Tiempo y destino. —Se volteó y comenzó a alejarse del hombre—. Los dos pilares de nuestro mundo. ¿Cómo luchar contra eso?

—Esa chica —dijo casi a regañadientes—. Ella... ella puede Ver.

Maeba se detuvo y giró a medias el rostro hacia él.

—Creía que desde... —Tansel calló un instante, incómodo ante el hecho de tener que pronunciar el nombre de aquella otra joven que tanto había trastocado su mundo—. Creía que ya no había humanos que pudieran Ver —rectificó.

La mujer esbozó una mueca sarcástica.

—¿Ahora quién es el necio? —Echó a andar y mientras se alejaba, sentenció—: Creer para Ver.

CAPÍTULO X

Juan Águilas, pensativo, salió lentamente del ascensor en la veinteava planta del edificio donde estaba el lujoso apartamento en el que residía. Entró en este y desconectó la potente alarma. No podía permitir que absolutamente nadie se colase allí, por lo que había contratado lo último en sistemas de seguridad. En aquel apartamento se hallaba una de las pocas puertas de entrada a Laberintia; su mundo de origen. Un lugar que nunca visitaba. Un lugar donde no era Juan Águilas.

Se despojó de la chaqueta y dejándose caer sobre el Chester de cuero del salón, se deshizo el nudo de la corbata. También se quitó los costosos zapatos de piel. A su espalda quedaba una gran cristalera desde la que se podían contemplar los edificios colindantes, iluminados por las mortecinas luces de la ciudad. No quiso que su apartamento fuera una ventana iluminada más. Así estaba mucho mejor, a oscuras, invisible para el resto del mundo. De ambos mundos.

Recordó las palabras de despedida de aquel maldito individuo al que tanto detestaba, más aún si cabía desde aquella tarde. Ya no tenía que fingir sus sentimientos hacia él, pues su casa — donde no dejaba entrar nunca a nadie— era el único lugar en el que podía descansar cuerpo y mente.

Se tumbó en el sofá, tapándose los ojos con el antebrazo, pensativo, intentando averiguar qué podía ser lo que había hecho que la señorita Noelia Cerezo rechazara semejantes sueldo y puesto. Mientras transcurría la entrevista, se quedó tan pasmado que durante unos segundos olvidó leer su lenguaje corporal.

—No tiene sentido —caviló durante minutos—. Cuando vino intentaba parecer serena, pero no lo estaba; su semblante denotaba preocupación. Era algo importante.

Sabía que era una mujer a punto de entrar en la treintena, acomplexada, llena de inseguridades, manejable, tímida y que no creía en sí misma; cuando leyó el contrato, fue evidente que no daba crédito a que en aquellos papeles pusiera su nombre. Sabía de sus estudios de Filología, de sus conocimientos sobre ortografía y gramática, de su parca formación como becaria, hacía años, en una editorial poco conocida, sabía que su trabajo actual debía de ser mediocre con un sueldo que no le llegaba ni para comprarse un coche. Sin embargo, ¿qué sabía realmente de Noelia Cerezo?

El hombre se levantó del sofá y caminó hacia la cocina. Abrió el enorme refrigerador, prácticamente vacío, y sacó una botella de vino tinto. Se puso una copa y bebió.

—Pero sé que te gusta... David Bowie... —suspiró. Bowie, El Rey de los Goblins. No pudo evitar sonreír con tristeza al recordarlo—. Maldito Henson, solo tú podías...

Dejó la copa sobre la encimera de mármol de primera calidad, impoluta, como toda la cocina, como el resto de la vivienda. Él mismo se encargaba de mantenerlo impecable. En cualquier caso, solo iba a dormir, ni siquiera desayunaba, comía o cenaba en el apartamento.

—¿Por dónde empiezo, Noelia? —Rompió a reír a carcajadas y al instante calló—. Solo me dedico a leer almas —dijo rabioso—. Nunca se debe ir más allá, nunca ha de convertirse en algo personal.

Asió la copa de vino, recogió el móvil de su chaqueta y caminó hasta su enorme alcoba. Depositó la copa sobre la mesilla de noche y, tras despojarse de sus ropas, retiró las sábanas y se introdujo bajo ellas. Se quitó las gafas y las dejó sobre la colcha. Observó el móvil de última

generación. No tenía ni llamadas ni mensajes personales; todos eran de trabajo. Al fin y al cabo, carecía de amistades, ni las quería ni las necesitaba, y su familia... Hacía ya mucho tiempo que no existía.

Buscó el número de Noelia para ver si tenía *WhatsApp* y así era. Abrió el chat y observó la foto de mala calidad. Salía sonriente con otra joven, probablemente una amiga, ya que no tenían ningún parecido físico. Noelia era del montón y la otra chica bastante atractiva.

Escribió unas líneas:

«Buenas noches, Srta. Cerezo. Soy Juan Águilas. Creo que merezco una explicación por el desplante de esta tarde. La creía más profesional. Salir corriendo así es de chiquillas».

Borró las últimas frases. No era buena idea ser borde. Reescribió esa parte.

«Buenas noches, Srta. Cerezo. Soy Juan Águilas. Creo que merezco una explicación por el desplante de esta tarde. Le he dado una magnífica oportunidad, el trabajo de su vida. Aun así, le daré otra».

Se quedó mirando el texto, sin querer pulsar la tecla táctil de envío. Lo borró y empezó de nuevo:

«Soy Juan Águilas. Por favor, márchese lejos si puede, yo la ayudaré, pero aléjese de Salvatierra. Es un monstruo, un sádico, un».

El corazón empezó a latirle con fuerza. Si iniciaba aquella conversación, él pagaría las consecuencias. Adiós a su cómoda y solitaria vida perfecta; y lo peor, tendría que volver a Laberintia. Y no, no lo iban a colgar cabeza abajo en el Pantano del hedor eterno o a abandonar en un Olvidadero a su suerte, aquello no eran más que fábulas. No lo juzgarían y sentenciarían a vagar por el laberinto hasta la muerte, pero en su mundo no se tenía piedad con los traidores.

—Lo siento, Noelia.

Y borró el mensaje, saliendo de la aplicación. Justo en ese momento recibió un mensaje que consultó con desgana, pensando que sería su recepcionista, que, por estar enamorado de él, algo que le traía sin cuidado pues no tenía la capacidad de sentir atracción o amor hacia ningún individuo, hombre o mujer, solía mandarle mensajes intrascendentes a horas intempestivas.

La mano le tembló al ver que se trataba de Salvatierra. Leyó el mensaje sin dar crédito.

«Águilas, amigo mío. Noelia tiene pinta de estar muy sola y me di cuenta de cómo se ruborizaba cuando le hablabas. Sé que no es una belleza, pero a ti te traen sin cuidado esas cosas ¿verdad? Consigue lo que quiero».

Aquel individuo era un maldito hijo de puta al que le gustaba jugar con todo el mundo.

Contestó con un escueto “OK” y volvió al chat de Noelia.

«Srta. Cerezo, soy Juan Águilas. Me gustaría tomar un café para aclarar lo ocurrido. Espero que en esta ocasión no salga corriendo ☺».

Le costó un gran esfuerzo añadir el “smile”, pues no pegaba nada con su personalidad, y aún más mandar el mensaje. Sin embargo, lo hizo, muy a su pesar, tras lo cual apagó el móvil.

Se levantó de la cama y fue hasta el vestidor. Apartó las chaquetas y pulsó en un punto concreto del panel del fondo. Este se desplazó sin hacer ruido, dejando a la vista una caja fuerte con una pantalla digital. Tras introducir la clave sacó un pomo viejo y deslustrado, con la forma de un grotesco rostro. Eligió una de las paredes del cuarto y acercó el pomo hasta tocarla. Este se quedó pegado y poco a poco fue materializando una vieja puerta, tan vieja como parecía serlo el pomo.

—Huegfdsx. —Juan Águilas ya se esperaba que dicho artilugio se pusiera a hablar. Pero llevaba tanto tiempo sin decir nada que no se le entendía—. Ueh s lo e ieres...

—¿Qué es lo que quiero? Déjame ver el otro lado.

—¿Piensas entrar esta vez?

—No, solo quiero verlo.

—Está bien. —Y el pomo giró, abriendo la destornillada puerta.

Águilas observó, desde la seguridad de su apartamento, aquel mundo, su odiado y amado mundo. Una brisa gélida azotó su rostro y el olor de Laberintia impregnó todo su ser. La entrada parecía estar ubicada en alguna colina lejana, desde la que se podía contemplar el laberinto, los jardines sin salida ni entrada, las ciudades y poblados, el prominente castillo con una torre más alta que muchos rascacielos, y lo que había más allá: zonas insondables y peligrosas.

—¡Cierra!

—P-pero... —se quejó el pomo, que por fin pronunciaba las palabras correctamente.

—¡Que cierres! —gritó como un energúmeno.

La puerta fue cediendo lentamente hasta que todo volvió a la normalidad.

El hombre arrancó el pomo con agresividad, ofuscado. Aquello no había resultado muy buena idea, así que devolvió la pieza a la caja fuerte y cerró el panel.

Juan Águilas se quedó allí, con los puños apretados, tenso como pocas veces en su vida.

—Maldita Noelia Cerezo —se dijo—. Por tu culpa.

CAPÍTULO XI

Noelia se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo observando al joven postrado en la cama sin un motivo aparente.

Se disponía a abandonar la habitación cuando notó una vibración en el bolso y la musiquilla del *WhatsApp* anunciando un nuevo mensaje llegó hasta sus oídos. Sacó el móvil y consultó el chat; era de un número desconocido.

«Srta. Cerezo, soy Juan Águilas. Me gustaría tomar un café para aclarar lo ocurrido. Espero que en esta ocasión no salga corriendo ☺».

No supo que le sorprendía más, si el contenido y su procedencia o el emoticono sonriente que le ponía punto y final. Tardó unos segundos en pasar de la sorpresa al nerviosismo.

—¡Ay, Dios! —susurró—. ¿Qué significa esto?

«¿Va a darme otra oportunidad?», se preguntó.

Releyó dos veces más el mensaje. En él no había ninguna referencia a segundas oportunidades, pero ¿para qué sino querría quedar con ella? ¿Para amonestarla por su comportamiento? ¿Para burlarse de su estupidez?

—Céntrate —se exigió sujetando el móvil con ambas manos—. Un hombre así no perdería el tiempo en tales niñerías. Respóndele ya que sí. —Inclinó la cabeza y apoyó la frente en el aparato—. Aunque tampoco lo perdería en perseguir a candidatas desagradecidas. —Cerró los ojos con fuerza y se golpeó la frente con el móvil varias veces—. Mierda. Mierda. ¿Qué hago?

—¿Qué haces?

Noelia dio un respingo al escuchar la voz del joven y el móvil estuvo a punto de escurrírsele entre los dedos. Aldrik había abierto los párpados y la contemplaba con unos ojos febriles e inquietos.

—¿Quién eres? —inquirió con una voz quebrada.

Su palidez seguía siendo extrema y era evidente que le costaba respirar.

«Como si a ti te importara», pensó con desdén; tenía cosas más urgentes que hacer que responder al interrogatorio de aquel tipejo.

—Ya me iba —dijo, y rodeó la cama para dirigirse a la puerta.

—Agua —oyó que pedía.

«¡Qué pesadito con el agua!»

—Por favor...

Noelia, muy a su pesar, se detuvo junto a la puerta, pues aquel «por favor» había sonado en sus oídos demasiado desolador. Miró por encima del hombro hacia el chico; su aspecto era penoso. Vio sobre la mesilla que había junto a la cabecera una botella de agua y un vaso, y resopló contrariada.

—Que no se diga que no eres capaz de sentir compasión por un gilipollas —se animó mientras volvía sobre sus pasos.

Guardó el móvil en el bolso, sirvió un poco de agua en el vaso y, con cierta incomodidad, pasó la mano por debajo de la nuca del joven y le ayudó a incorporar la cabeza lo suficiente para que pudiera beber. Aldrik tomó el agua con avidez, sin darse tiempo a tragar, agarrado al vaso con

ambas manos.

Noelia retiró el vaso una vez vacío, pero Aldrik la retuvo sujetándola por la muñeca con vehemencia.

—Más —musitó, y aunque podía haber sonado como una orden, el tono apagado y quebradizo convertía su petición en una súplica.

—Vale, vale. Pero espera que lo rellene.

Se soltó de su trémula mano y volvió a verter agua en el vaso. Esta vez, el joven bebió a sorbos más lentos y regulares.

Noelia examinó su demacrado rostro; parecía realmente enfermo.

«Como lo suyo sea contagioso, voy lista», pensó con una punzada de aprensión.

Se fijó en sus ojos. Eran claros, tanto que resultaba difícil definir su color, y a pesar de tenerlos empañados por la fiebre e irritados, le parecieron muy hermosos.

«¿De qué color son?». Poco a poco, intrigada, se fue inclinando sobre su rostro. «¿Grisés? ¿Celestes? ¿Verdes?».

Una especie de escalofrío le recorrió la piel de todo el cuerpo cuando las pupilas de Aldrik se giraron hacia ella y sus miradas se encontraron. No supo entender qué era lo que estaba viendo, qué insólita luz, qué profundidad imposible, que irrealidad absurda, advertía en aquellos ojos, pero comprendió que la persona que tenía ante sí, al igual que el extraño hombre del frasco púrpura, no podía ser un ser humano normal. Semejante certeza la sobresaltó, aunque no sintió miedo, y eso la confundió incluso más.

—¿Quién eres? —inquirió Aldrik.

Había dejado de beber y con un destello de incredulidad en la mirada, contemplaba a Noelia. Esta, abochornada, se apartó de él y posó el vaso sobre la mesilla. El joven, con los párpados muy abiertos, se incorporó en la cama apoyándose en unos temblorosos antebrazos.

—¿Puedes Ver? —preguntó, con una mezcla de sorpresa y expectación vibrando en su voz.

Noelia alzó las cejas, desconcertada.

—¿Tengo aspecto de ser invidente? Pues claro que puedo ver.

—¡Puedes Verme! —exclamó.

«Este tío está fatal».

—Eres rarito, pero no invisible. —Le señaló la botella con un dedo—. Si quieres más te sirves tú mismo, que yo me largo.

Hizo ademán de marcharse y Aldrik, con gran esfuerzo, apresó la correa de su bolso y tiró de ella.

—¡Ayúdame! Este mundo me enloquece, moriré antes de encontrarlo. ¡Ayúdame a buscarlo! ¡Tú eres capaz de Ver, eres la única que puede ayudarme!

—¿De qué hablas? —Noelia agarró su bolso sin querer tirar con mucha fuerza, segura de que, si lo hacía, el joven terminaría de bruces en el suelo—. ¡Suelta, que me estás dando mal rollo!

—No queda tiempo... —gimió. Sus dedos engarrotados no pudieron apresar por más tiempo la correa y al escapársele se derrumbó de nuevo sobre la cama—. Es mi culpa. —Agotado, cerró los párpados y al hablar de nuevo sus labios apenas se movieron—: Merezco morir.

Noelia se apartó de la cama abrazando su bolso.

—No seas melodramático. No te vas a morir. Oye, siento que estés en esta situación. —A medida que hablaba fue caminando de espaldas hacia la puerta—. Y me gustaría ayudarte, pero ya tengo de sobra con mis problemas...

Chocó con algo y al girarse se encontró con la enfermera rubicunda que había salido en persecución del tipo extraño.

—¿Qué está pasando aquí?

La mujer, plantada ante ella con los brazos en jarras y el ceño arrugado, parecía dispuesta a no dejarla salir de la habitación sin antes recibir una respuesta convincente.

—Yo solo... —balbució. Señaló hacia la cama con el pulgar—. Pedía agua y se la he dado.

—¿Es usted un familiar?

—No tengo nada que ver con él —aseguró, sacudiendo las manos y negando con cabeza para ser más convincente—. No lo había visto en mi vida —mintió.

—¿Y al que ha salido de aquí escopetado? ¿Lo conoce? —inquirió, arrugando aún más el ceño y alzándose con la punta de los pies para poder mirarla directamente a los ojos.

—A ese menos todavía, se lo aseguro. —Vio la desconfianza en el semblante de la mujer y añadió—: Mire. Yo solo cruzaba por delante de la puerta, iba a por algo de comer. Voy a pasar la noche con mi madre.

—¿Y quién es su madre?

—La señora Cantero, Amalia Cantero, de la 312. Yo soy su hija, Noelia Cerezo Cantero.

—Bien, pues siga con sus cosas y deje de colarse en habitaciones ajenas. —Y sin prestarle más atención se dirigió con paso vivaz hacia la cama del joven—. ¿Y tú, *corazón*? ¿Estás ya más espabilado? ¿Cómo te llamas, guapetón?

Noelia se apresuró a salir y en unos pocos segundos estaba de nuevo sentada a la cabecera de su madre.

—Paso de cenar, que todo son complicaciones —masculló mientras revolvía en el bolso.

Sacó un paquete de chicles y tras desenvolver uno se lo metió en la boca. Agarró el móvil y lo manoseó indecisa.

«Tengo que quedar con él», pensó. «Sea lo que sea que quiere, no puedo dejar pasar esta oportunidad de explicarle por qué he rechazado su oferta».

De repente, recordó que no había avisado a Damián, el dueño de la cafetería, de que al día siguiente le sería imposible acudir a su puesto de trabajo, y los nervios se apoderaron de ella. Comprobó la hora en el móvil. A esas alturas de la noche, ni siquiera lo iba a coger despierto y si lo llamaba le iba a caer la bronca de su vida por molestar.

—Menudo follón —se lamentó.

Con todo el asunto de la precipitada entrevista y sus consecuencias, no se había detenido a pensar qué iba a hacer con el trabajo en la cafetería para poder atender a su madre. Al menos iba a necesitar algunos días libres para adaptarse a la situación, o por lo menos hasta que le dieran el alta. Tal vez, si pillaba de buenas a su jefe, este le adelantara las vacaciones.

Contempló a su madre, que dormía plácidamente. Tendría que dejarla de nuevo sola, aunque fueran unas horas, las suficientes para verse en persona con su jefe y persuadirle de que fuera comprensivo con ella, y también para encontrarse con Águilas. Animada por lo que le pareció un buen plan, abrió el chat del *WhatsApp* y escribió un escueto mensaje al director de Recursos Humanos. Al pulsar la tecla de envío, se dio cuenta de que verse con Águilas la asustaba e ilusionaba a partes iguales y, para su sorpresa, no solo por la posibilidad de que nuevamente le ofreciera el puesto de trabajo.

CAPÍTULO XII

Tansel, parado ante un muro cubierto de viejos carteles publicitarios, miró a un lado y a otro; la calle estaba desierta, ni transeúntes ni coches. Examinó las fachadas de los edificios que se elevaban a su alrededor. Había algunas ventanas iluminadas, pero nadie asomado o atisbando tras las cortinas. Convencido de que no le observaban, sacó del bolsillo una llave fabricada en bronce y de aspecto deslucido. Los numerosos dientes se situaban alrededor de un extremo, puntiagudos algunos y otros romos, y el ojo por el que la sujetaba con el pulgar y el índice estaba decorado con una sucesión de complicados arabescos. Acercó la llave al muro y una espiral de luz violácea comenzó a materializarse en un lento torbellino que fue engullendo parte de la tija. Con gesto firme giró la llave, y una línea de luz lechosa partió del suelo y subió y bajó por la pared hasta dibujar el perfil de una puerta. El trozo de muro se abrió hacia dentro con un leve crujido y el sonido áspero de la piedra siendo arrastrada. Guardándose la llave nuevamente, se apresuró a escurrirse por la abertura y al hacerlo se encontró en uno de los pasillos de su mansión. En cuestión de segundos la puerta volvió a cerrarse, desapareció la luz que sugería su forma y en su lugar solo quedó un sólido lienzo de bloques de granito azulado.

Concentrado en sus pensamientos, caminó con paso apresurado sobre las mullidas alfombras que cubrían el suelo. Subió unas cortas escaleras, siguió por otro pasillo adornado con tapices y espejos y, sin detenerse, abrió la puerta que había al fondo y que daba acceso a sus aposentos.

El corazón se le heló al entrar y ver al Señor de las Arenas y las Tierras Pétreas sentado cómodamente tras su escritorio.

—Bienvenido —le saludó este, dedicándole una sonrisa cargada de cinismo.

El corazón de Tansel comenzó a golpearle el pecho a un ritmo desbocado. Se apresuró a hacer una genuflexión con la que no solo trataba de ser respetuoso, sino que pretendía ocultar sus asustados ojos al hombre al que había jurado lealtad.

—¿Cómo ha ido todo?

—Mi señor Leiden...

Retrasó el incorporarse todo lo que pudo. No tenía preparada una justificación para su fracaso ni nada con lo que compensar a su señor por no haber cumplido con la misión que se le había encomendado y, evidentemente, tampoco tiempo para pensar la manera de escapar de su furia. Poco a poco fue enderezando la espalda, con la vista baja y la respiración contenida. Cuando por fin sus ojos se encontraron con los del hombre sentado, duros y despiadados, sintió un frío sobrecogedor correrle por las venas.

—¿Qué, Tansel?

La sonrisa había desaparecido del rostro del Señor de las Arenas y en su lugar sus gruesos labios exhibían una mueca afilada.

—Ha... —Tragó con dificultad la poca saliva que tenía en la boca—. Ha habido cierta complicación.

Los almendrados ojos de Leiden se entornaron y su expresión se volvió aún más ominosa. Apoyó los codos en los brazos de la silla y unió las yemas de los dedos de ambas manos.

—¿Cierta? —repitió muy despacio—. Explícame eso.

—Pues... Todo iba bien...

—¿Le has dado el bebedizo al perro traidor? —se impacientó Leiden.

Tansel tembló de pies a cabeza.

—Me interrumpieron. —La expresión feroz del Señor de las Arenas le hizo retroceder—. ¡Pero Aldrik está muy débil! —exclamó alzando las manos como si con ello pudiera impedir que la furia de Leiden pudiera alcanzarle—. ¡La Esencia de Desesperanza no es necesaria! Seguro que se muere antes de regresar...

—¡Imbécil! —Sus puños golpearon con violencia la mesa. Una palmatoria saltó y a punto estuvo de caer y algunos legajos amontonados en una esquina volaron y se derramaron sobre el suelo—. ¡No quiero a Aldrik muerto en el mundo humano! ¡Lo quiero aquí! ¡Lo quiero postrado ante mí, ante el Consejo! ¡Quiero que sienta la humillación del fracaso y del castigo! ¡Quiero ser testigo de su sufrimiento cuando vea morir aquello que ama, aquello que él mismo ha destruido! ¡Lo quiero de vuelta ya!

Tansel se encogió temeroso; la cabeza agachada y los brazos contra el pecho. Leiden se levantó y lentamente rodeó la mesa. Vestía una larga túnica abierta de terciopelo verde, bordada en oro, que casi arrastraba por la alfombra, una camisola color hueso y amplios pantalones negros de algodón.

—Te envíe para que acabaras con sus fuerzas y su voluntad, y que así, imposibilitado para continuar con su inútil búsqueda, cesara en ella y decidiera regresar a Laberintia por su propia voluntad. ¿Y ahora me dices que está al borde de la muerte?

—No... Tal vez —balbució—. Tal vez me he precipitado. Está en ese lugar donde sanan a los humanos, seguro que lo curan a él también.

—Y si eso es así —dijo el Señor de las Arenas con un tono suave que nada bueno presagiaba—. ¿Qué hará el perro? ¿Regresar? No. Seguirá empeñado en su búsqueda... Y yo seguiré esperando. ¡Y no hay tiempo!! —gritó de repente, provocando que Tansel se cubriera la cabeza.

—Señor, lo lamento muchísimo...

—¿Y eso de qué me sirve, inútil?

Leiden cruzó de brazos sobre el pecho con aire resignado y se apoyó en el borde del escritorio.

—La culpa es mía. ¿Quién me mandaría a mí confiar en semejante incompetente?

—Perdonadme, señor —lloriqueó.

—¡Bah!

Leiden sacudió la mano con desgana delante de su rostro. Sus párpados se entornaron y una marea semejante a tinta disuelta en agua invadió sus globos oculares convirtiendo estos en dos esferas negras y brillantes. De repente, el ventanal de cristales plomados que había en un lateral de la estancia se abrió de golpe y un violento torbellino de arena dorada se coló por él. Dando bandazos, sin apenas tocar el suelo, se desplazó por la habitación en dirección a Tansel quien, aterrado, fue incapaz de moverse.

—¡No, señor...! —exclamó con los ojos desorbitados.

El torbellino dio una fuerte sacudida y lo engulló, y antes de que pudiera siquiera lanzar un grito, el aire cesó y una fina lluvia de arena calló sobre él. Desconcertado, contempló los montones de arena alrededor de sus pies y la que había quedado pegada a su ropa.

—Gracias, señor —dijo tratando de esbozar una sonrisa.

Pero al ver la mueca descarnada que exhibía en el rostro el Señor de las Arenas, los labios comenzaron a temblarle.

—Ya que no sabes cumplir un encargo —comentó Leiden moviendo los dedos en el aire en un

bello gesto—. Al menos que me sirvas de entretenimiento.

Lo notó primero en los pies; un cosquilleo, como un adormecimiento que rápidamente se convirtió en una dolorosa sensación de pesadez que iba subiendo por sus tobillos. Miró hacia abajo y vio sus zapatos recubiertos de una capa espesa y gruesa de arena que delineaba hasta el último detalle de estos, y también algo semejante a una densa miríada de diminutos insectos dorados que ascendía veloz por sus piernas y por los bajos de su abrigo. El pánico se apoderó de él. Trató desesperadamente de mover las piernas, pero estas se habían vuelto sólidas, como las de una estatua. Agarró la ropa y tiró de ella, se golpeó los muslos, pero solo consiguió que la arena se adhiriera a sus manos y que estas comenzaran a contagiarse de la rigidez de sus piernas.

—¡Mi señor, os lo ruego!! —gritó.

La arena, implacable, llegó hasta su cintura, y continuó por su torso y la espalda, petrificando todo lo que encontraba a su paso.

—¡Os lo suplico! —Las manos se le paralizaron en el aire en una grotesca pose—. ¡Tened piedad! —imploró retorciendo los hombros y sacudiendo la cabeza.

Leiden se echó a reír con ganas, palmeándose el muslo.

—Si te vieras, Tansel —se carcajeó—. Estás realmente ridículo.

—¡Esperad, esperad! —suplicó. La lengua de arena le llegaba hasta el cuello y levantó el mentón todo lo que le fue posible huyendo de ella—. ¡Había una mujer! ¡Por su culpa no puede...!

—Ten un poco de dignidad —le reprochó Leiden con una mueca de asco.

—¡Ella puede Ver!! —gritó agónico, sintiendo los granos de arena en los labios.

Leiden chasqueó los dedos y el flujo de arena se detuvo abruptamente.

—¿Quién puede Ver? —inquirió con desconfianza.

Tansel parecía una retorcida estatua de oro: la espalda curvada, las piernas flexionadas, la cabeza caída hacia atrás en una pose brusca, los brazos detenidos en el aire con las manos convertidas en garras.

—¡La mujer! —Sus ojos giraban enloquecidos en las órbitas—. ¡La mujer que me interrumpió! ¡Entró en la habitación y me interrumpió! ¡Y puede Ver!

Leiden ladeó la cabeza y arqueó las cejas.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí, sí —insistió—. Ella pudo ver mi autentica forma. Lo sentí.

—Bajaste la guardia —afirmó con desprecio el Señor de las Arenas.

—¡No! —exclamó—. ¡Su don es muy poderoso!

«Dos mujeres capaces de Ver en la misma ciudad», reflexiono Leiden masajeándose pensativo el mentón. «Difícil, muy difícil».

—¿Cómo era? —inquirió en voz alta.

Tansel parpadeó desconcertado y se le saltaron las lágrimas.

—No... No sé... —Dudó unos segundos—. Pequeña. Pelo largo... Castaño creo. Ojos oscuros. ¡Una humana corriente!

Leiden se dirigió con paso tranquilo hacia el ventanal que permanecía abierto. Desde allí era posible contemplar bajo la intensa luz del mediodía, una pequeña porción del laberinto cuyos muros serpenteaban entre frondosos sicomoros y cedros tan altos que ocultaban de la vista el horizonte.

—Noelia... —susurró, frunciendo los labios en una mueca contrariada.

Por la descripción, la mujer de la que hablaba Tansel debía de ser ella. La humana que planeaba usar para alcanzar sus objetivos parecía haber entrado en contacto con Aldrik. Tal vez sus vidas se habían cruzado casualmente para seguir cada uno su camino sin más consecuencias o

quizás...

—Señor... Por favor —oyó implorar a Tansel a su espalda.

O quizás el destino había encontrado un resquicio por donde colarse.

—Señor...

Leiden chasqueó la lengua fastidiado y movió los dedos en el aire. El manto de arena que cubría a su subalterno, igual de rápido que había ascendido por el cuerpo de este, descendió hasta el suelo, donde formó una especie de charco áureo de bordes irregulares antes de fluir por las lozas en dirección al Señor de las Arenas. Nada más tocar las suelas de sus botas, la arena fue aspirada, como si se filtrara a través del cuero y la carne, hasta desaparecer. Tansel, una vez libre, cayó de rodillas balbuciendo palabras de agradecimiento.

Leiden, abstraído en sus pensamientos, lo ignoró.

«Noelia y Aldrik», pensó. La oscuridad de sus globos oculares se disipó y sus iris volvieron a reaparecer con un destello belicoso. «Interesante».

—Tansel, amigo mío —dijo en un tono amistoso—. Cuando termines de lloriquear, llama a los Goblins.

He vuelto loco al tiempo: va hacia delante, hacia atrás, hacia un lado, hacia otro, gira, cae y sube. Todo por ella. Y sé que nadie está contento con esto que estoy perpetrando.

—¡Tienes que parar, Jareth!

Leiden siempre tan preocupado por el tiempo.

—Es por culpa de esa mujer. ¿No te das cuenta de los estragos que todo esto está causando el Laberintia? ¿Es que no lo ves? Maldita sea, Jareth, entra en razón de una vez.

—Hasta que no consiga llegar a mí no pienso cesar. Debe atravesar El Laberinto por ella misma, aunque tenga ayuda sin que yo haya dado permiso.

—Siempre has sido un egoísta, incluso con la humana, que ni siquiera debería estar aquí. ¡No es su sitio!

Leiden y su aversión hacia los humanos corrientes.

—¿Acaso yo tuve algo que decir cuando elegiste esposa?

—¿Esposa?

Está perplejo.

—¿Me estás queriendo decir que deseas desposarla?

—Creo que es obvio.

—Has perdido el juicio. ¡No te reconozco!

Se da la vuelta, fuera de sí.

—Por culpa de ese enamoramiento tuyo, de ese capricho absurdo, La Vasija de las Lágrimas está vibrando.

Jagger nos observa en silencio. No va a pronunciarse, porque respeta demasiado mi figura, al igual que respetó antaño la de mi padre. El Rey es el Rey.

—¿No vas a decir nada?

Leiden me mira con evidente enfado, tras preguntarme.

—Que la amo.

CAPÍTULO XIII

—¿Está dormida? —preguntó el goblin sin muchas luces.

—Claro, ¿no lo ves? —contestó otro no mucho más listo.

—¿Y ahora qué hacemos? —inquirió uno que parecía un poco más espabilado.

—Pues esperar a que se despierte.

—¿Cómo vamos a esperar? ¡Va a llegar tarde! —exclamó el listo.

—¿Tarde a dónde? —el goblin tonto se quedó bizco intentando entender.

—¡Al trabajo!

—¿Qué trabajo? ¿Qué es eso? —el no mucho más listo tampoco comprendía nada.

—El trabajo, eso que hacen los humanos todo el día.

—No entiendo nada —dijo uno.

—Ni yo —apuntó otro.

—¡Sois idiotas! ¡Callaos!

—Si nos callamos seguirá dormida —afirmó uno de los Goblins.

—Eso, eso, vamos a despertarla.

—¡Shhh! No podemos intervenir aún, pedazo de burros —dijo el goblin listo en un tono irritado.

—Porque está dormida, ¿no? —El bucle empezó de nuevo para desesperación del único goblin con algo de cabeza.

—Claro, ¿no lo ves?

—¿Y ahora qué hacemos?

—¡Mirad! Que se despierta...

—Shhhh...

Noelia pegó un último cabezazo antes de despertarse y tragar la saliva espesa y amarga que se le había acumulado en la boca. Un vacío en el estómago y un fuerte dolor articular le hicieron recordar de golpe dónde estaba. Suspiró con cansancio y miró a su madre dormitar profundamente gracias a los medicamentos. Hizo algunos movimientos en círculos con la cabeza, mientras se frotaba el cuello, que crujió. Buscó el móvil y al constatar que eran casi las siete de la mañana, pegó un respingo. En menos de diez minutos entraba a trabajar. Salió de la habitación dando tumbos con la camisa por fuera de la falda y los zapatos a medio poner. En planta no se permitía hablar por teléfono, por lo que bajó a la cafetería y aprovechó para pedir un café bien cargado y un croissant.

Marcó el número del trabajo y esperó:

—Cafetería Dulce, buenos días.

—Hola, soy Noelia. ¿Está Damián?

—Hola, guapa. Ahora se pone.

Esperó pacientemente a que su jefe se pusiera al teléfono, con cierto nerviosismo por cómo pudiera reaccionar ante su problema; no era un hombre especialmente comprensivo.

De pronto escuchó su voz autoritaria al otro lado de la línea:

—Deberías estar ya aquí, Noelia.

—Lo siento, Damián, pero mi madre se cayó ayer por unas escaleras y he estado con ella en el hospital. De hecho, a-aún estoy aquí...

—¿Y no me podías haber llamado o cambiado el turno? ¿Es que no piensas?

—L-lo lamento, era muy tarde.

—Eres de lo que no hay... —Soltó un brusco resoplido—. En fin. Ven esta tarde, entras de cinco a cierre, llamaré a Rosa para que haga tu turno y tú el de ella.

—C-claro, Damián. Ahí estaré, muchísimas gra...—antes de que pudiera terminar la frase, su jefe ya había colgado.

«Voy a empalmar esta tarde, con esta noche y mañana por la mañana».

—Estupendo —musitó. Le dio vueltas al café con la cucharilla antes de pegar un bocado a la bollería. Estaba dura y seca y aun así le supo a gloria a su famélico estómago—. Creo que voy a necesitar otro de estos. —Y se llevó el café a los labios.

De pronto recordó que tenía que revisar el móvil por si Águilas había respondido a su mensaje de la noche anterior. El icono de mensaje no aparecía en la parte superior de la pantalla, así que entró en el chat para comprobar si al menos lo había leído, cosa que no era así.

—Bueno, ya responderá... Espero...

En el fondo estaba un tanto desilusionada, pero luego pensó en que era pronto y probablemente no estuviera despierto. Los ejecutivos importantes no debían de entrar a trabajar a las siete de la mañana, precisamente.

Terminado el frugal desayuno y volvió a la habitación de su madre. Allí encontró a un joven enfermero.

—Buenos días —saludó con todo el ánimo que el cansancio le permitió.

—Buenos días. Eres su hija, ¿verdad?

—Sí, soy Noelia.

El enfermero la miró de pies a cabeza: falda arrugada, camisa mal remetida, coleta deshecha, ojeras hasta los pies y piel color ceniza.

—Será mejor que te vayas a casa y descansas —le recomendó con una media sonrisa—. Tu madre estará bien, no te preocupes.

—Pero esta tarde he de trabajar, hasta esta noche no podré volver. No hay nadie más que pueda venir a cuidarla...

—Para eso estamos, aunque la sanidad pública sea un desastre. Nosotros hacemos lo que podemos por los pacientes —le aseguró mientras manipulaba el gotero—. Estará bien, de veras —repitió para tranquilizarla.

Se mordió el labio mientras miraba a su madre y una lagrimilla asomaba a su ojo derecho. La limpió rápidamente y le dio un beso a la convaleciente.

—Esta noche vengo, mamá.

—Ve a descansar —insistió el hombre.

—Díganle que esta tarde he de trabajar y volveré cuando termine.

—Por descontado.

Cuando salía de la habitación vio a dos policías en la puerta del extraño personaje de los ojos fascinantes —algo que no se podía negar—, pero que estaba como una regadera. Ambos conversaban con la enfermera rubicunda. Noelia, encogida y con la mirada baja, intentó cruzar junto a ellos pasando desapercibida, pero la enfermera, como si hubiera estado esperando verla aparecer, se giró apuntándola con un dedo acusador.

—¡Es ella!

Uno de los policías, el más alto, se dirigió hacia Noelia.

—Buenos días, señorita. ¿Me enseña su DNI?

Sin atreverse a preguntar los motivos de su petición, y mucho menos a protestar, Noelia rebuscó en su bolso y se lo tendió con nerviosismo.

«Ay, Dios, ¿y si me acusan a mí de intentar envenenarlo?»

—Señorita Cerezo, la enfermera, aquí presente —Le echó un vistazo fugaz a la pequeña mujer —, nos ha comunicado que usted estaba en la habitación cuando un individuo de aspecto un tanto sospechoso le intentaba hacer ingerir algo al paciente.

—B-bueno, sí, estaba, pero...

—Necesitamos tomarle declaración en comisaría.

—¿C-cómo? —Noelia no daba crédito a lo que oía—. Oiga, miren, deseo colaborar con ustedes, pero me tengo que ir... ¿Me devuelven mi DNI?

El agente se lo guardó con una sonrisa indiferente.

—No se preocupe, luego la acercaremos a donde tenga que ir, ahora necesitamos que venga a las dependencias —insistió el agente con amabilidad, pero en un tono que no dejaba lugar a negativas.

—Como no —contestó la joven, nerviosa de pies a cabeza.

Aquel maldito loco le estaba dando muchísimos problemas incluso sin querer. Qué harta estaba de él, fuese quien fuese.

—*Se ha metido en un buen lío, ¿no?* —dijo un goblin.

—*Eso parece* —comentó otro.

—*¿En qué lío?* —*el más tonto seguía sin entender nada.*

—*Tú cállate ya* —suspiró irritado el listo.

—*¿Y qué hacemos con Aldrik?*

—*Vigilarlo, como nos dijo el amo.*

—*Qué aburrido.*

—*Sí, es muy aburrido.*

—*¡Os queréis callar ya!* —*el goblin con más luces estaba perdiendo la paciencia.*

Y una somanta de buenos mamporros hizo que toda conversación estúpida cesara.

CAPITULO XIV

En la Cámara de la Palabra, la voz pausada, calculada y cautivadora de Leiden, el Señor de las Arenas y las Tierras Pétreas, provocaba un eco lejano y monótono que ascendía hasta el techo raso decorado con teselas que los siglos y el humo de las antorchas habían oscurecido. Los doce miembros restantes del Consejo Inmemorial, sentados en sus siales, seguían atentos las palabras de Leiden, de pie ante ellos, en mitad del estrecho círculo que formaban los asientos.

Jagger, con las manos cerradas sobre la nudosa empuñadura de su bastón, la barbilla apoyada en el dorso de estas y los párpados entrecerrados, observaba el ir y venir de Leiden, la elocuencia de sus gestos, las elaboradas expresiones con las que daba énfasis a sus palabras, pronunciadas en un tono melifluido destinado a ocultar sus emociones: desprecio, ira; el profundo odio que le dominaba, la ambición desmedida que guiaba todos sus actos. Los diminutos ojos de Jagger escrutaron los rostros de los miembros del Consejo; lo que intuyó tras sus circunspectas expresiones no le gustó. El miedo, el peor consejero, había hecho mella en ellos y eso era favorable a los planes de Leiden, quien ya lo tenía todo de su parte: que el plazo se estuviera acabando, que Aldrik languidciera en el mundo humano, y que los más veteranos del consejo hubiesen comenzado a sufrir los efectos del Tiempo que lento, pero inexorable, escapaba del Orbe.

«Viejos chochos y mezquinos», pensó.

Los menos longevos, aquellos que no habían experimentado el final de un Ciclo, aun sin ser capaces de imaginar las consecuencias de lo que se les venía encima, o precisamente por ello, se habían dejado contagiar por el miedo del resto. Unos y otros querían poner fin a sus temores y necesitaban una solución, aunque esta llegara de la mano del temido Señor de las Arenas y por ella tuvieran que sacrificar lealtades y el bienestar de Laberintia.

—La impaciencia no es buena consejera, soy el primero en dar testimonio de ello —decía Leiden. Sus ojos negros y almendrados recorrieron el círculo antes de volver a hablar—. Pero perder de esta manera nuestropreciado... —Hizo una pausa con la que pretendía acentuar el dramatismo de sus palabras—, tiempo, ¿no es una imprudencia que podemos pagar muy caro?

Hubo murmullos de aceptación y movimientos afirmativos de cabeza que respondían a su pregunta. Jagger volvió la mirada hacia Tansel, sentado a su derecha, dos sitios más allá. Mantenía una pose erguida y digna, con la cabeza alzada y las manos descansando en el regazo; el rostro dirigido a Leiden, iluminado por la admiración y la entrega, las pupilas brillantes, los labios curvados en una complaciente sonrisa. A los pies de Tansel, enredado en los bajos de la túnica que vestía, había un goblin. El ser era de poca envergadura, apenas un par de palmos, y tan escuálido como un pajarillo. Llevaba unos andrajosos trapos por vestimenta y unos zapatos oxidados que le venían enormes. Tenía las orejas puntiagudas y caídas como las de un sabueso, unas greñas del color de las ciénagas, la mirada estrábica y una expresión rematadamente estúpida. Se entretenía hurgándose la nariz con un dedo y una insistencia en profundizar poco juiciosa.

Jagger no se contuvo y esbozó una mueca de repugnancia que plegó la piel de su rostro en un sin fin de arrugas.

«Malditos engendros», dijo para sí.

No existía en Laberintia una criatura por la que sintiera una mayor animadversión que por los Goblins. La ignorancia de aquellos seres le exasperaba, su inutilidad le sacaba de quicio, su pestilencia le asqueaba, su imbecilidad despertaba en él un abismal desprecio.

«Rey de los Goblins», pensó, y una rabia visceral quemó sus entrañas.

Aquel humano sabiondo, aquel llamado Henson, se había atrevido a designar a su señor con el apelativo de Rey de los Goblins en su historia, como si aquellas alimañas inmundas, buenas para nada, fueran dignos súbditos del soberano de Laberintia. Semejante humillación debería haber sido castigada, pero al monarca le había resultado divertido y, durante un tiempo, incluso se había hecho rodear por ellos como si de una diminuta corte de tarados se tratase.

Sintiéndose observado, el goblin giró hacia Jagger uno de sus ojos, redondo y abultado. Dejó de indagar dentro de su nariz, se llevó las manos a la altura de las orejas y las movió mientras le enseñaba la lengua al viejo consejero. Jagger sintió hervir la sangre. Permitir a semejante inmundicia permanecer, siquiera poner los pies en la Cámara de la Palabra, le parecía una afrenta al Consejo, pero Tansel, que aprovechando la naturaleza sumisa de aquellas criaturas hacía uso de ellas a su antojo, tenía la mala costumbre de hacerse acompañar siempre por una, alegando que era su lacayo, por lo que se le permitía el acceso a la sala. El viejo consejero sospechaba que en realidad lo hacía por fastidiarle a él.

Las burlas del goblin llamaron la atención de Tansel, que puso fin a estas con un certero coscorrón que hizo saltar hacia delante a la criatura. El repiqueteo metálico de sus botas de armadura sobre las lozas del suelo interrumpió el discurso de Leiden. El Señor de las Arenas se giró y contempló al goblin con una mirada llena de repulsión. Este puso los ojos en blanco y temblando tanto que sus piernecitas casi no le sostenían, se ocultó tras el sitio de Tansel, quien repentinamente sonrojado se apresuró a levantarse.

—Lo lamento, señor —dijo, acompañando su disculpa con una profunda genuflexión.

Leiden le ignoró. Le dio la espalda y continuó donde lo había dejado:

—Estamos en las postrimerías de un tiempo pretérito. A las puertas de un nuevo Ciclo. Bien cierto es que antaño no tuvimos que temer por este hecho atemporal, intrínseco a Laberintia como lo son la piedra y la arena con la que se levantan sus muros. Pero entonces teníamos... ¡No! —rectificó cerrando los ojos y alzando un dedo en un teatral gesto—. Contábamos con un rey —Se llevó la mano al pecho y habló sin abrir los ojos, con el ceño levemente fruncido como si se esforzara por retener las lágrimas—. Ahora... para nuestro pesar..., el que fuera nuestro amado Rey durante centurias nos ha abandonado...

—¡Salvatierra!

La voz cavernosa de Jagger, sorprendentemente vigorosa para su decrepito cuerpo, reverberó contra las paredes de mármol negro. Un silencio ominoso, se hizo dueño del lugar. Los consejeros miraron a Jagger con expresiones asombradas unos y desencajados semblantes otros. No fue el hecho en sí de interrumpir al Señor de las Arenas lo que provocó una corriente de inquietud entre los presentes, Jagger era el más longevo de todos y eso le otorgaba una autoridad que solo estaba por debajo de la del rey; sino que hubiera utilizado para dirigirse a Leiden el nombre con el que este era conocido en el mundo humano. Con semejante gesto, Jagger acababa de reducir al poderoso Señor de las Arenas y las Tierras Pétreas, a un despreciable ser del otro mundo.

Leiden, rígido como una estatua, volvió la cabeza hacia el viejo consejero; sus ojos, oscuros y helados se clavaron en él igual que estiletes. Jagger, tomándose más tiempo del que realmente necesitaba, se puso en pie. Apoyado en el bastón y arrastrando sus babuchas, se dirigió al centro del círculo y se detuvo muy cerca de Leiden, quien se mantuvo firme y desafiante. Jagger torció el cuello para poder mirarlo a los ojos, y esbozó una seca sonrisa.

—Permíteme que te corrija, Salvatierra.

—Leiden, Señor de las Arenas y las Tierras Pétreas, si no te importa —replicó su interlocutor en un tono que pretendía ser indiferente—. Estamos en Laberintia.

—Sí, claro —Jagger sacudió la mano con desgana, quitando importancia al asunto—. Confundes la situación, supongo que sin mala intención. Nuestro rey —hizo hincapié en el “nuestro”—, no nos ha abandonado.

—No por su voluntad, por supuesto.

—No temas. No temáis ninguno. —Dirigió una acusadora mirada a cada uno de los miembros del consejo—. El Rey restituirá el Orbe y el Tiempo volverá a su ser.

—El Rey está muerto, Jagger —afirmó con frialdad Leiden.

—¡Modera tu lengua, traidor! —gritó.

Los consejeros, sobrecogidos, contuvieron el aliento, y una creciente alarma se extendió por todo el círculo. Conocían, algunos demasiado bien para su desgracia, el temible carácter del Señor de las Arenas, y a todos les constaba que no era hombre que permitiera que nadie, ni siquiera el honorable y poderoso Jagger, le acusara de semejante crimen.

El viejo consejero esgrimió la empuñadura de su bastón ante el rostro del Señor de las Arenas, pálido y tenso.

—Mientras haya una brizna de aliento en su cuerpo, el Rey está vivo. ¡Vivo! No permitiré...

—Ha caído en el Letargo de... —le interrumpió Leiden pronunciando cada palabra con medida frialdad—. Empujado por el único traidor en esta historia. Y de ello, ¿cuánto hace? La Vasija de las Lágrimas está llena, rebosará pronto y cuando eso ocurra, el Rey perecerá.

—El muchacho...

—El traidor —volvió a interrumpirle—, el infame que quiso robar el trono y que ha querido

purgar su pecado embarcándose en la búsqueda inútil del único remedio para el mal del rey, ha fracasado.

—No lo puedes saber —le espetó Jagger con las pupilas ardiendo de cólera—. Aún queda tiempo antes de que la última lágrima caiga.

—¿Cuánto? ¿Días? Yo diría que horas. —Se volvió hacia los consejeros, dirigiéndole a ellos sus palabras—: Unas horas durante las cuales el Tiempo sigue manando inexorable del Orbe, cerniéndose sobre nosotros como una funesta ave carroñera.

—¿Y qué propones, Leiden?

«¿Qué estás tramando, maldito bastardo?», pensó Jagger. «¿Qué pretendes además de acabar con Aldrik?».

—¿Nos has convocado para proclamar un nuevo soberano? —Jagger apretó los labios en una descarnada sonrisa—. Seguro que más de uno de los aquí presente respaldaría esa opción.

Se abrieron bocas dispuestas a emitir sonoras protestas, pero Jagger consiguió que todas se cerraran de golpe con una única y penetrante mirada.

—Pero solo puede haber un rey —continuó—. Y no creo que tenga que recordaros lo que le ocurrirá a quién trate de sostener el Cetro de Piedra mientras el rey actual siga vivo. —Se volvió hacia el Señor de las Arenas—. ¿Qué hacemos entonces, Leiden? ¿Qué hacemos mientras nuestro Rey expira? Quieres contener el Tiempo antes de que sea tarde, todos queremos. Pero ¿cómo pretendes hacerlo? —Torció el gesto en una mueca asqueada—. ¿Vas a sacrificarte tú por Laberintia? ¿Entrarás en la Espiral para restaurar el Orbe a pesar de lo que eso significaría para ti?

Algunos cuchicheos se dejaron oír. Leiden miró al anciano por encima del hombro; en sus duros ojos destelló el desdén más profundo.

—No, claro —Jagger rio entre dientes—. No tienes madera de héroe, ¿verdad? Solo delirios de grandeza. ¿Y tú, Tansel? —Se giró hacia el joven que, tomado por sorpresa, no fue capaz de componer una expresión que no revelara su desconcierto y temor—. ¿Morirías por Laberintia? ¿Lo harías por tu señor Leiden?

El silencio del joven y su incomodidad, acentuaron la sonrisa cruel de Jagger.

—Tal vez si se lo pides amablemente a uno de esos Goblins... —insinuó.

El goblin asomó la cabeza tras el sitial de Tansel; tenía los cabellos de punta y sus ojos giraban sin control en todas direcciones y sin coordinación. Tiró de la manga de su señor mientras negaba aterrorizado con la cabeza. Tansel se libró de él con otro coscorrón.

—¿Por qué sacrificar a uno de los nuestros... —Leiden echó hacia atrás la cabeza y fijó la vista en el techo—, cuando podemos usar un elemento desechable?

El viejo consejero levantó una de sus pobladas y canosas cejas.

—¿De qué hablas?

Leiden lo miró de soslayo; una mueca de triunfo se insinuó en la comisura de sus labios.

—Una humana. Una humana entrará por su propia voluntad en la Espiral y recompondrá el Orbe.

Jagger soltó un sonoro resoplido y sus blandos labios vibraron. Entre los consejeros hubo exclamaciones de asombro, protestas y murmullos que crecieron hasta convertirse en sonoros parloteos.

—¿Quieres tomarnos el pelo? —inquirió el anciano, y su tono despectivo logró calmar las voces airadas de los consejeros—. Ya no hay humanos que puedan Ver.

—Yo tengo una.

—Mientes —le acusó dándole la espalda y encaminándose a su sitial.

—Es lo que estaba a punto de plantear cuando me han... interrumpido. Si el Consejo me da su autorización, presentaré a quien salvará a Laberintia.

Jagger se detuvo.

«¿Salvar Laberintia?», repitió.

De repente tuvo una sospecha, y una idea comenzó a tomar forma en su mente.

Al principio de toda aquella locura había pensado que las subrepticias maniobras de Leiden, invisibles para la mayoría, pero no para él, tenían como objetivo destruir a Aldrik, al que el Señor de las Arenas odiaba profundamente. Lo odiaba tanto como para oponerse con todo el peso de su poder a su designación como heredero; tanto como para desear su ruina, su muerte, algo que el atolondrado muchacho le había puesto en bandeja con su traición. Pero ahora entendía sus maniobras, sus prisas. Ahora había descubierto su juego.

El viejo consejero volvió a medias el rostro hacia Leiden.

—Está bien. —Sus párpados se estrecharon y sus ojillos se hicieron aún más diminutos y maliciosos—. Por mí está bien. Trae a tu humana. Veremos qué es capaz de hacer.

«Y si ella es tu as en la manga para robar el trono...», pensó «...ya me encargaré yo de hacerla desaparecer».

CAPÍTULO XV

—Señorita Cerezo, ¿qué hacía exactamente en la habitación del enfermo? ¿Le conoce usted?

El Policía Nacional, que estaba al otro lado de la mesa tecleando delante de una pantalla de ordenador, había comenzado a hacerle las preguntas pertinentes tras haber tomado sus datos.

—Verá, ayer por la mañana, esa persona estaba en la cafetería donde trabajo...

—¿Cómo se llama la cafetería y en qué lugar se encuentra? —la interrumpió sin dejar de mirar a la pantalla y teclear.

—Dulce, en la Avenida Morera número 12.

—¿El enfermo es cliente habitual del establecimiento?

—No, era la primera vez que lo veía, pero ya se le notaba que no se encontraba bien de salud. Se desmayó mientras yo estaba en mi periodo de descanso, a eso de las once de la mañana, y solo vi que se lo llevaba la ambulancia. Casualmente mi madre se cayó ayer por las escaleras y están en la misma planta del hospital. Al pasar por delante de esa habitación, la del enfermo quiero decir, pues lo reconocí...

—¿No conoce su nombre? —preguntó.

—No, lo siento...

Noelia esperó más preguntas, pacientemente, mientras el agente terminaba de transcribir parte de su declaración.

—¿Y qué vio en la habitación? La enfermera de guardia nos ha descrito un hombre de aspecto tan vulgar que no recuerda su fisonomía demasiado.

—¿Vulgar?

—Sí, ya sabe, un tipo corriente.

«¡Pero si saltaba a la vista que era de todo menos corriente! ¿Qué dice esa loca?», pensó estupefacta.

—Era alto, atractivo, con unos ojos muy... —Buscó una palabra con la que poder definirlos—. Bueno, que llamaban la atención.

—Espere, ¿había dos hombres en la habitación?

El policía dejó de mirar la pantalla para centrarse en ella, y eso la puso nerviosa.

—Claro, el paciente y ese tipo.

—La enfermera nos ha dicho que era bajo, de aspecto ordinario. Usted afirma que era alto y atractivo.

—B-bueno, no sé si ella vio a otra persona, pero seguro que el tipo que le estaba dando algo raro de beber al chico era como le he dicho.

—Continúe con la descripción, por favor.

—Delgado, pelo oscuro, ojos muy azules. —Recordó vívidamente la sensación de sentir aquellos iris clavándose en ella y un escalofrío recorrió su cuerpo—. Y vestido todo de negro con un abrigo largo —concluyó.

—Tendremos que volver a tomarle declaración a la enfermera... —musitó su interlocutor más para sí que para ella—. ¿Y qué vio exactamente?

—Pues lo cogía así por la nuca —hizo un gesto mientras se explicaba—, y le daba a beber de

una botella como alargada, pero con el culo más abombado. No sé, me pareció extraño. Enseguida llegó la enfermera y el hombre se marchó. Creo que el chico no llegó a beber de ahí... Bueno, y ya no supe nada más.

Noelia recordó como el tipo se había comportado después con ella, así que tal vez sí que había ingerido algún tipo de droga.

«Porque las cosas que dijo no eran normales para nada».

—¿Recuerda algo más o quiere añadir alguna información?

Noelia negó con la cabeza. Mejor no contarle al policía la de tonterías que había soltado el loco, porque a lo mejor la tomaban a ella por tal. Solo quería largarse de la oficina de denuncias cuanto antes.

—Bien, un momento, por favor, y en unos minutos le haremos firmar su declaración. Quédese en esa dependencia contigua hasta que la llamemos. Gracias por su colaboración.

—De nada.

Se sentó en una salita donde tres personas más esperaban ser atendidas. Miró el móvil; ya eran casi las once de la mañana. Las horas se le estaban pasando a toda velocidad y sin poder tomarse un respiro. Bufó, cada vez de más mala leche.

De pronto sonó el tono de un mensaje de *WhatsApp*, y rápidamente cogió el móvil; era de Águilas. El corazón le comenzó a latir tan fuerte que pensó que le iba a dar una taquicardia.

«Buenos días, Srta. Cerezo. Me alegra saber que está dispuesta a tomarse un café. En las oficinas hay una cafetería, la espero a las 19:00 h.»

Noelia quiso pegarse un tiro.

«Pero ¿qué he hecho yo para merecer esto? ¿Por qué coño el karma me odia tanto? Ay, Dios, soy una negada de la vida».

Le temblaban tanto las manos que al escribir no daba una en el teclado virtual. Repasó el mensaje después de una extrema concentración y corregir todos los errores.

«Sr. Águilas, esta tarde debo acudir a mi puesto de trabajo y no saldré hasta tarde. Espero no ofenderle, sé que ya he cometido muchos errores. ¿Podemos tomar el café mañana por la tarde?»

Le dio a enviar y esperó a que le llegara, lo recibiera y lo leyera, pero no hubo respuesta por más que desgastó la pantalla del móvil con la mirada.

—Noelia Cerezo —la llamó el agente que le había tomado declaración—. Por favor, lea lo que pone y firme abajo si está todo correcto.

Estuvo mirando por encima la jerga jurídica con la que los policías redactaban los informes, y no vio nada que no hubiera dicho, así que firmó y se llevó su copia.

—Mi compañero de ahí fuera la llevará a casa. De nuevo gracias por su ayuda.

—A usted, adiós —se despidió mientras salía por la puerta.

Por suerte cumplieron su promesa de acercarla a. Durante el trayecto estuvo con los ojos pegados al móvil.

«Por mucho que lo mire no va a responder antes, aunque sea para mandarme finamente a la mierda», concluyó.

La dejaron cerca del piso y subió cansada las escaleras. Ya en su habitación se quitó la ropa sudada, los zapatos que le apretaban los pies y se fue directa a la ducha. Tras el baño se sintió algo más relajada y decidió prepararse una de esas sopas de sobre que tenía su madre para cuando se le acababa el caldo casero. Se la tomó ansiosa, sorbiendo ruidosamente, uno de esos placeres que en público no podía permitirse, y se la terminó, aunque el estómago lo tuviera pegado a la espalda por los dichosos nervios.

De nuevo el tono de *WhatsApp* se escuchó a lo lejos. Corrió en albornoz hasta su bolso y sacó

nerviosa el móvil.

«¿Dónde trabaja?»

Escueto pero directo. Noelia no quería explicarle que curraba de camarera, pero lo inteligente era comenzar a decirle la verdad desde aquel preciso momento.

«En la cafetería Dulce, Av. Morera número 12».

«¿Qué horario tiene?»

«D 17:00 a 22:00».

«¿A qué hora descansa?».

«No lo sé, no es mi *tunro* habitual y no tengo idea de la hora *que* me tocará».

«¿Mañana a qué hora tiene libre?»

«Por la tarde a partir de las 15:00, cuando usted *guste*».

«Ok. Mañana le escribiré para quedar a tomar ese café».

«Muchas gracias ☺».

Le mandó una carita sonriente, sin embargo, Águilas ya no contestó nada. Había sido tan directo que no podía discernir si estaba enfadado, molesto o le daba todo igual. Contento seguro que no, aunque la verdad es que no se lo imaginaba de esa guisa y menos por ella. Águilas era demasiado profesional y ella solo parte de su trabajo, uno probablemente muy molesto. Eso la entristeció, y se preguntó por qué. ¿A caso le hacía ilusión quedar con aquel hombre?

—Es guapo... —se dijo en voz alta.

Tan serio, siempre con aquellos trajes elegantes y esa mirada penetrante tras las finas gafas. No le había visto sonreír nunca, si no contaba la carita virtual de la noche anterior.

—Hace mucho que no estás con un hombre, demasiado. —Torció el gesto—. Mejor, ya te rompió el corazón ese hijo de puta, ¿recuerdas?

Contempló abstraída la pantalla del móvil. Aún le dolía, y mucho, que su ex la dejara después de diez años juntos con la excusa: “no voy a esperarte más ni entiendo que tu madre sea prioridad”, y que menos de un mes después ya estuviera con otra. Las malas lenguas le confirmaron lo que sospechaba; su exnovio y aquella “otra”, mantenían una relación desde antes de la ruptura. Encima cornuda. Para colmo todas sus amistades resultaron no serlo en cuanto él se largó, dándole la espalda a ella, que era la víctima, al fin y al cabo. Solo conservaba a su mejor amiga desde el colegio, Lidia, que nada tenía que ver con él.

Noelia dejó el plato en el fregadero. Se secó el pelo y vistió una camiseta gastada, tras lo cual se dejó caer sobre la cama para dormitar la escasa hora y media que le quedaba antes de irse de nuevo.

Cuando buscaba el mando de la vieja cadena musical en el cajón de la mesita de noche, se topó con la caja que contenía la bola de cristal que aquella extraña mujer, que no había tenido ocasión de volver a ver, le había regalado. Pulsó el *play* del mando y los temas de Dentro del Laberinto comenzaron a sonar.

—*David*, cántame una nana... —musitó

There's such a sad love deep in your eyes. A kind of pale jewel open and closed within your eyes. I'll place the sky within your eyes^[1].

De la caja sacó la bola y la observó con detenimiento; en su interior, diminutas partículas que reflejaban la luz parecían flotar en una lenta danza.

There's such a fooled heart beatin' so fast in search of new dreams. A love that will last within your heart. I'll place the moon within your heart^[2].

La música la adormecía. Sintió que le pesaban los párpados, que se le cerraban, y entonces la

luz en el interior de la bola se tornó más intensa y Noelia comenzó a apreciar imágenes en movimiento: un baile de máscaras, una hermosa mujer y un apuesto hombre que bailaban al son de la melodía.

Se quedó profundamente dormida antes de que la canción hubiera concluido, creyendo que aquello que sus ojos velados por el sopor habían visto, no era otra cosa que parte de un sueño, y no el recuerdo lejano de un Rey que languidecía en otro mundo.

Águilas no podía dejar de mirar los mensajes de *WhatsApp* que había recibido de Noelia.

Así que trabajaba en una cafetería corriente, malgastando su tiempo y su juventud, como otros tantos jóvenes en aquel país que no daba oportunidades.

—Donde tipos como yo no dan oportunidades —concluyó sin mudar la expresión seria.

Porque la realidad era que jamás le habría ofrecido un puesto de trabajo a alguien como Noelia, que ni siquiera la habría mirado dos veces seguidas de habérsela cruzado por la calle. Gracias al encargo de Salvatierra ahora sabía que era especial, única y que precisamente por ello, estaba condenada.

Volvió a releer los mensajes de Noelia. Resultaba evidente que se sentía nerviosa. Solo había que ver las letras cambiadas de sitio, o algunas palabras directamente mal escritas. Y ya lo de “cuando usted gute”, le había arrancado una inevitable sonrisa. Rememoró el momento en que la vio por primera vez y le dijo dónde podía encontrar el baño. No se le olvidaba su cara roja como la de una muñeca pepona, y esas ganas de mandarlo a la mierda. Otra sonrisa afloró a los labios de Águilas sin que él se diera cuenta, pero fue muriendo poco a poco de igual forma.

El jefe de Recursos Humanos tomó su chaqueta tras levantarse del cómodo sofá de su oficina y, cogiendo las llaves de su Mercedes, salió del despacho. No eran más de las seis de la tarde, pero un impulso le había hecho moverse casi sin pensar.

—Hasta mañana —dijo a su recepcionista, pasando como un rayo por delante.

—¡Sr. Águilas! —lo llamó este.

—¿Qué sucede? —se detuvo antes de llamar a los ascensores.

—Tiene entrevistas finales a las seis y media...

—Anúlelas —concluyó sin más, y apretó el botón.

La busco entre los invitados a la fiesta. Sé que va vestida de blanco perla, yo mismo dejé la prenda en sus aposentos mientras ella se perdía por el bosquecillo del jardín. El vestido es el más hermoso que han podido confeccionar.

Este baile es en su honor, pero no sé si vendrá. Sigo buscando entre la multitud que me es indiferente, sin hacer caso de la música que suena. Son una excusa para estar con ella.

Me parece verla detrás de los molestos invitados. Su cabello negro engarzado con las más preciosas joyas que realzan su belleza natural. El elegante vestido de princesa de cuento, con las amplias faldas y las mangas abullonadas. Parece que me busca con ojos ansiosos. No, soy yo el que está ansioso.

Me ha visto, yo a ella. Nos miramos fijamente. Los invitados no paran de moverse, de hacer que la pierda de vista. No la encuentro. La vuelvo a ver, de nuevo la pierdo. Está aturdida, fuera de lugar.

Al fin cerca, casi puedo tocarla. La cojo de la mano y bailo con ella. Es la primera vez que puedo sentir la calidez de su cuerpo, su presencia tan cercana. Noto que tiembla y baja la guardia mientras nos deslizamos por el salón. Las risas, las máscaras, todo desaparece; solo estamos ella y yo. Me mira de esa forma por fin, de la misma forma que yo no puedo dejar de mirarla.

De pronto se aparta de mí, me impide retenerla, revolviéndose, abriéndose paso entre el gentío.

Coge una silla y la precipita contra uno de los grandes espejos. Se hace añicos y ella desaparece a través de él.

Oh, Sarah, ¿por qué no tengo poder sobre ti?

Lo sé. Es porque tú, preciosa mía, lo tienes sobre mí.

CAPÍTULO XVI

Notaba su cuerpo caer despacio en un abismo denso y caliente, incapaz de evitarlo ni de mover los miembros, que sentía pesados y sin fuerza.

«La Ciénaga del Tránsito», pensó Aldrik. «He caído en la Ciénaga».

Pero no podía ser. El conocía cada piedra de aquel lugar, cada matorral, cada una de las invisibles sendas que lo atravesaban evitando los pozos sin fondo de cieno, igual que conocía hasta el último oscuro rincón de Laberintia. Su padre le había instruido desde niño en los secretos de aquel mundo montaraz y hermoso. Cómo atravesar el Paraje de las Madreselvas evitando las venenosas espinas de las enredaderas, las palabras justas que abrían y cerraban las puertas ocultas en los muros y que daban acceso a las regiones interiores del laberinto, las canciones que calmaban la ira de las estatuas del Jardín de Alabastro. Conocía como la palma de su mano los intrincados túneles Goblins, las calzadas que discurrían por el Desierto Ambulante y las ruinas de la Primera Ciudadela. El Rey le enseñó todo lo que un heredero de la corona debía saber de Laberintia, pero nada sobre lo que había más allá de sus fronteras; de eso se ocuparon otros mucho después. Ellos le hablaron del mundo perecedero de los humanos, donde sus habitantes envejecían día tras día; de la Tierra de los Místicos y los Skekses, enfrentados por culpa de su Cristal Oscuro, y tan lejana que ni un loco emprendería semejante travesía, y de los Territorios Sin Nombre, donde los proscritos eran abandonados a su suerte. Nunca había sentido curiosidad por aquellos otros mundos, ni la necesidad de conocerlos, y en cambio, ahora...

«No, no estoy en la Ciénaga», comprendió de repente.

Ni en la Ciénaga ni en Laberintia y no se hundía en un fango infecto. Se moría, sí, pero en el mundo humano. Se moría y con él la última oportunidad de rescatar a su padre.

Una rabia sorda invadió su mente. Tenía que moverse, escapar, tenía que enmendar sus errores. Trató de sacudir los brazos, las piernas, pero sus miembros se obstinaban en no obedecerle. El calor creciente, abrasador, le quemaba la piel; su sangre, sus entrañas, ardían, consumidas por un fuego que se originaba en su interior. Ya no caía libremente. Algo desconocido, una fuerza invisible que se enroscaba alrededor de su cuerpo como tentáculos, tiraba de él hacia abajo, cada vez más abajo, más profundo.

Volvió a escuchar aquellas temibles palabras, pronunciadas en una lengua tan antigua como el Tiempo. Volvió a ver a Jagger, su boca desdentada articulando el ensalmo maldito, sus sarmentosas manos trazando elaborados signos en el aire, sus ojos clavados en él, destilando un odio visceral. Y vio al Rey, su padre, sostenido entre sus brazos, contemplándole con aquella insoportable mirada herida y decepcionada. Mientras caía en el Letargo... su voz había escapado de entre sus labios temblorosos, apagándose tras cada palabra. ¿Qué había dicho? ¿Qué era lo último que le había dicho? No había llegado a escucharlo, ¿o acaso es que no lo recordaba?

Quiso gritar, quiso sacarse de dentro todo el doloroso arrepentimiento que sentía, toda la pena, toda la soledad. Abrió la boca, la abrió tanto como pudo, pero nada salió de ella. Ni un lamento, ni un suspiro. Estaba ciego, sordo y mudo. Estaba solo. Perdido.

Pensó en Leiden, su amigo y confidente, la única persona que había creído en él cuando nadie, ni siquiera su padre, quiso hacerlo.

«Serás un buen rey, Aldrik», solía decirle.

Recordó el día que se lo escuchó decir por primera vez; apenas levantaba unos palmos del suelo y creía que Laberintia era su patio de juegos particular. Se había caído al río que atravesaba el Cementerio de las Espadas, cuando las rocas semi sumergidas sobre las que saltaba para cruzarlo decidieron cambiar de lugar. Empapado y furioso se había arrastrado fuera de la corriente mientras las piedras, amontonadas en la orilla contraria, se carcajeaban de él.

—¡Estúpidas! —les gritó—. ¿No sabéis quién soy? ¡Mi padre es el Rey!

—¡El Rey no tiene, no tiene, no tiene un hijo! —canturrearon a coro las piedras—. ¡El Rey tiene, tiene, tiene una mascota!

—¡Sois unas asquerosas! ¡Cuando sea rey os reduciré a polvo!

—¡Una mascota no puede, no puede, no puede ser rey! —cantaron con sus brocas y burlonas voces—. ¡Tú nunca, tú nunca, tú nunca serás rey!

—¡Puercas! —les gritó Aldrik.

Cogió un guijarro de la orilla y se lo lanzó. Pero la piedra viró en el aire y se estrelló contra su frente abriéndole una pequeña brecha de la que manó un hilo de sangre. El guijarro cayó al suelo y entre risitas rodó hasta el río desapareciendo bajo las aguas. Aldrik, mareado, se dejó caer sobre la hierba, llorando más por la humillación y la furia que sentía que por el dolor del golpe.

No se percató de la llegada del Señor de las Arenas y las Tierras Pétreas, pero escuchó su voz cuando recriminó a las rocas su comportamiento:

—Niñas malas, habéis hecho llorar al heredero.

Los dedos de la mano derecha de Leiden bailaron en el aire y Aldrik vio como las rocas comenzaban a entrechocar entre ellas con violencia y estruendo. Sus quejas y súplicas le hicieron sonreír, pero no calmaron sus lágrimas. Miró a Leiden agradecido y este le palmeó la cabeza con gesto cariñoso.

—No les echas cuenta —le dijo—. Tienen menos cerebro que un goblin.

—Dicen que no seré rey.

—Lo serás —aseguró. Y Aldrik vio que sus almendrados ojos centelleaban como si aquellas palabras le emocionaran—. Serás un buen rey, Aldrik.

Leiden le había consolado tantas veces... Pero ahora estaba lejos, y su ausencia le lastimaba. Echaba de menos sus consejos, su tranquilizadora presencia. Todos le odiaban, todos le despreciaban. Pero Leiden no. Él le había despedido con una sonrisa de confianza.

Por Leiden, por su padre, por Laberintia, no podía rendirse.

Toc, toc.

Sí, ahí seguía, lo sentía. Todavía podía conseguirlo. Tenía que hacerlo.

Toc, toc.

La mujer. ¿Cómo se llamaba? Noelia. Sí. Había escuchado su nombre cuando se lo dijo a la otra mujer. Noelia. Ella era su última oportunidad. Ella podía Ver. Debía encontrarla y obligarla a que le ayudara. Debía salir de ese pozo en el que había caído, emerger, escapar y encontrar a Noelia.

«Muévete. Muévete. ¡Muévete!»

Sus manos se crisparon, cerrándose alrededor de algo suave y fino. Se agarró a ello con desesperación. Y entonces dejó de caer.

«Noelia».

Notó que su espalda reposaba sobre una superficie firme. Agitó las piernas, los brazos.

«Noelia».

Sacudió la cabeza con violencia.

«¡Noelia!»

Se le abrieron los párpados de golpe y fue como si acabara de emerger de entre las tinieblas. Miró a su alrededor. Paredes blancas. Camas con humanos postrados en ellas. Una ventana por la que se colaba la luz del atardecer. Sabía dónde estaba, y sabía qué debía hacer. Se incorporó despacio. Tenía las sábanas enredadas en las piernas, empapadas de sudor. Él mismo estaba chorreando. Se apartó los mojados cabellos de la frente y advirtió que su piel ya no ardía. Se tocó el rostro, el cuello, los brazos. Parecía que la fiebre había remitido y también el malestar que le había postrado en aquella cama. Bebió un poco de agua del vaso que había en la mesita junto a la cabecera. Por primera vez en muchos días no sentía su garganta reseca y dolorida, ni la necesidad de toser. Apartó las sábanas y se sentó en el borde de la cama. Vestía una ridícula bata hasta las rodillas que le dejaba al descubierto la espalda y las desnudas nalgas. Se puso en pie y las piernas, aunque algo flojas, le sostuvieron. Descalzo y con paso vacilante, se dirigió a la puerta.

—¿Ya te encuentras mejor? —le preguntó el humano que ocupaba la cama más próxima a la suya.

—A las enfermeras no les gusta que los enfermos anden dando vueltas por los pasillos —comentó el otro con expresión aburrida.

—Como te pille la enfermera enana se te van a quitar las ganas de pasear —rio el primero.

Aldrik abandonó la estancia sin dignarse a mirarlos. En el pasillo vio a una pareja joven, ella lloraba en silencio mientras el chico la consolaba; ni rastro de la “enfermera enana”. Caminó unos pasos examinando el número de las puertas. Recordaba que Noelia había dicho que su madre estaba en la 312. Encontró la habitación al fondo del corredor, con la puerta abierta de par en par. En su interior había dos camas, la dos ocupadas, una de ellas por una anciana con aspecto catatónico que tenía la vista clavada en el techo, y la otra por una mujer de unos cincuenta años con una pierna y un brazo inmovilizados que, un poco incorporada en la cama, miraba a través de la ventana con evidente tristeza.

—¿Dónde está Noelia? —preguntó Aldrik con brusquedad, desde la puerta.

La anciana ni se inmutó, pero la otra mujer, sorprendida, volvió el rostro hacia él.

—Hola —saludó, dubitativa—. ¿Buscas a mi hija?

—¿Dónde está? —insistió Aldrik.

La mujer lo miró de arriba abajo con desconfianza.

—¿Eres amigo suyo?

—Sí —respondió rápido y tajante.

La madre de Noelia tardó unos segundos en decidirse a contestar.

—Me dijeron que ha ido a trabajar. Volverá esta noche.

Aldrik arrugó la nariz. Esperarla le iba a hacer perder un tiempo precioso, pero salir a buscarla no le habría servido de nada.

—Esta noche —repitió—. Vale.

Y sin más se dio la vuelta.

—Oye, espera. ¿Qué quieres...?

Pero la mujer no terminó la frase. Ver las blancas y redondeadas nalgas de Aldrik asomando entre las bordes de la bata la dejó muda y con una sonrisa tontorróna en el rostro.

CAPÍTULO XVII

Noelia estaba en su tiempo de descanso, tomándose un café bien cargado y doble, porque se caía de sueño.

«Y lo que me queda, madre mía», se dijo para sí.

—Entonces mañana quedas con ese señor —le comentó su compañera, una chica delgada, con el pelo teñido de azul y excesivamente maquillada, interrumpiendo sus pensamientos.

—Bueno, no es un señor, solo tiene unos cuantos años más que yo, no le echo más de treinta y cinco o así.

—Tía, espero que te coja en la editorial esa y mandes a la mierda este curro.

—Sinceramente, no lo sé, porque con todas las cagadas que he hecho, ya no tengo ni idea de para qué quiere verme.

—Igual le gustas.

Noelia se quedó a medio sorber el café y casi se atraganta con él.

—Te has puesto colorada —rio la chica. Apoyó los codos en el mostrador y se sostuvo la barbilla con ambas manos—. Qué monada.

—Lucía, cabrona, deja de reírte —le exigió dedicándole una mueca huraña mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano—. Es un hombre muy serio y, desde luego, dudo mucho que yo le interese más allá del aspecto laboral.

Otra de las camareras del local se acercó, y dedicándole a Noelia una mirada cargada de curiosidad le dijo:

—Nena, un cliente ha preguntado por ti, quiere que vayas expresamente tú a tomarle nota.

—¿Quién? El pesado ese de la ferretería, seguro.

—Qué va. —Se inclinó un poco hacía ella con aire de misterio—. Un tipo guapísimo hecho un pincel. Esta detrás de la columna, en la ocho.

Intrigada, Noelia cogió su libreta y, mientras se dirigía hacia la mesa, se le hizo un nudo en el estómago. ¿Y si el tipo hecho un pincel era...?

Nada más rodear la columna lo vio. Allí sentado, leyendo la carta con total tranquilidad, estaba Juan Águilas. Noelia se mordió el labio, avergonzándose de su sencilla coleta, de no llevar maquillaje, del soso uniforme de trabajo. Aspiró aire y fue a su encuentro, intentando aparentar naturalidad.

—Buenas tardes, Sr. Águilas. Es un placer verle por aquí.

«Servilismo a tope, maja. Das pena», se dijo asqueada por arrastrarse de esa manera.

—Buenas tardes, Srta. Cerezo —levantó la mirada de la carta, que dejó sobre la mesa—. ¿Qué me recomienda?

—A estas horas un *cappuccino* con espuma o nata, y un trozo de tarta de queso casera.

—Póngame un café solo —le pidió sin hacer ni caso a sus sugerencias.

—Enseguida.

Se dispuso a darse la vuelta, irritada por cómo le tomaba el pelo en su lugar de trabajo.

«¿Has venido a humillarme, desgraciado?»

—También quiero la tarta de queso, si me la recomienda usted —añadió.

—Por supuesto —Noelia sonrió moviendo la cabeza hacia un lado.

«Bueno, puede ser, tal vez, a lo mejor... no es tan mal tipo».

Juan tomó el último trozo de pastel, y tuvo que admitir que realmente estaba bueno y jugoso. Por lo que observó, la cafetería era muy popular en aquel barrio, pues estaba llena de todo tipo de gente; Noelia no paró ni un instante de ir y venir atendiendo mesas. Miró su reloj: las ocho. A la joven le quedaban dos horas y no pensaba moverse de allí hasta que ella terminara su turno.

—¿Le ha gustado, Sr. Águilas? —preguntó Noelia en tono complaciente.

—Sí, me ha sorprendido para bien. Gracias por su recomendación.

Sonrió un poco, algo que pilló a Noelia totalmente desprevenida mientras le retiraba los platillos y cubiertos.

—¿Le traigo la cuenta?

—No, me quedaré un poco más leyendo el periódico.

El director de Recursos Humanos cogió uno de los diarios ya manoseados y leyó con tranquilidad noticias de aquel mundo podrido, que aun así le gustaba demasiado y no pensaba cambiar por Laberintia, si podía evitarlo. Política, economía, arte, sátiras, cartas de lectores, deportes... Realmente nada de aquello le interesaba, pero con algo tenía que entretenerse mientras pasaban las horas que le quedaban por delante.

De pronto el móvil vibró.

Era un mensaje de Salvatierra. Aquello le puso de muy mal humor.

«¿Ya te la has tirado?»

«Sr. Salvatierra, las cosas no funcionan así. Primero la tengo que cortejar».

«¿Cortejar? Suenas como un vejestorio. Esa es facilona. De las que necesitan que le den un buen repaso».

Aquellos mensajes soeces le asqueaban profundamente.

«No se preocupe, lo tengo bajo control».

«Date prisa, la necesito ya».

Apagó el aparato para no aguantar más sus desagradables palabras.

—Bajo control... —dijo casi en un susurro para sí.

«No tengo ni idea de cortejar a una mujer».

Noelia se le aproximó con cierta incomodidad.

—Sr. Águilas... Disculpe que le moleste... ¿Quiere tomar algo más? Es que lleva usted aquí bastante tiempo.

—Ah, claro, he de consumir para poder seguir ocupando el espacio. No había caído.

—N-no, no. No se preocupe...

—Insisto. Tráigame ese *cappuccino* con nata, ahora me apetece más. —Y de nuevo sonrió mientras lo decía.

Noelia estaba estupefacta. Eran ya las nueve pasadas y Águilas continuaba sentado leyendo un diario.

Poco a poco se fue vaciando el local hasta que solo quedó él.

—Tía, lleva aquí toda la santa tarde —le susurró Lucía en el oído sin apartar la vista de Águilas.

Noelia puso cara de circunstancia.

—No entiendo nada.

—¿Que no lo entiendes? —Su compañera la miró sorprendida—. Este tío te está esperando.

—¡¡Qué dices!!

—Anda, ve a llevarle la cuenta, que ya es tarde y hay que ir recogiendo, y me quiero ir a mi casa —dijo entre risas, dándole unas palmaditas en el hombro.

La joven se acercó a Águilas con el platillo de la cuenta en la mano, un poco cohibida.

—Aquí tiene el total... Ya vamos a empezar a cerrar.

—Por supuesto. —Sacó una billetera de cuero y dejó cincuenta euros—. Quédese con el cambio.

—Pero...

—No hay peros que valgan.

Se levantó de la silla y cogió su chaqueta.

—La espero fuera, Srta. Cerezo. No llegue tarde.

Noelia se quedó estupefacta, con los cincuenta euros en la mano y sin entender nada.

No tardó más de quince minutos en salir al frío de la noche, que le azotó en las sonrojadas mejillas, tensando su frágil y fino cutis. Águilas la esperaba de pie, a pocos metros de la cafetería. Ella se despidió de sus compañeras y acabó dirigiéndose hasta donde estaba él. Se percató entonces de su altura real. No era especialmente alto.

—Creo que esta vez no he llegado tarde...

—No, esta vez no.

Se quedaron un instante en silencio, mirándose a la espera de que uno de los dos decidiera hablar de nuevo. Fue Águilas quien tomó la iniciativa.

—Se preguntará por qué he decidido no esperar hasta mañana y plantarme en la cafetería esperándola durante un montón de horas.

El corazón de la joven comenzó a latir con mucha fuerza.

—Salvatierra quiere una explicación coherente de por qué rechazó usted semejante puesto de trabajo, en tan buenas condiciones y con una minuta que muchos quisieran para sí. Y después de ver dónde trabaja, con sus capacidades y estudios, yo también quisiera conocer sus motivos.

A Noelia se le desinfló el corazón, la ilusión de que estuviera allí por otras razones que ni se atrevía a pensar, se fue por donde había venido.

—Sinceramente, mi madre tuvo un accidente ayer y está en el hospital. Depende totalmente de mí. No la puedo dejar, bajo ningún concepto. No tiene a nadie más que a mí.

Inclinó la cabeza, intentando no llorar al recordar lo sola y desamparada que se sentía en aquellos momentos.

—Lo lamento, espero que no sea grave.

«Así que era por un asunto familiar», reflexionó Águilas.

—Se ha roto una pierna y un brazo... Cayó por unas escaleras mientras fregaba suelos para otros, que no se han responsabilizado.

—Entonces dijo que no... por su madre.

—Correcto... No supe... No supe reaccionar de otro modo. Mi madre lo es todo para mí, yo lo soy todo para ella.

Águilas se quedó callado sin saber muy bien qué decir, ni qué sentir. Él no había tenido una verdadera familia jamás. Su pasado en Laberintia era oscuro en muchos sentidos, también en ese. Ya no tenía quién le esperara al otro lado. No era nada para nadie, ni nadie era nada para él.

—Noelia, le ayudaremos con lo de su madre. Seguro que Salvatierra, en cuanto sepa esto, le dará todas las facilidades.

La joven se quedó estupefacta; la había llamado por su nombre de pila.

—Pero lo de tener que viajar...

—Eso es lo de menos. —Y realmente lo era. Según los planes de Salvatierra, Noelia solo haría un viaje sin retorno. Viajar se había incluido en la oferta, como todo lo demás, únicamente para hacerla más atractiva y atraer a la joven—. Lo arreglaremos.

—¿Por qué yo? —se atrevió a preguntar Noelia.

—Bueno, ya se lo dije en la primera entrevista.

—Es que no logro entenderlo. No he sido nada profesional. He llegado tarde, les he hecho unos desplantes tremendos... Me he callado las cosas por miedo. —Se miró la punta de los zapatos—. Creo que no estoy preparada para ese puesto, creo realmente que está muy por encima de mis posibilidades.

—Noelia —dijo mientras le ponía la mano en el hombro. A la joven la imbuyó una calidez que hizo que el estómago se le encogiera. No sentía aquello desde hacía muchos, muchos años—. Noelia, de veras, no elijo a cualquiera. No dude usted de mi profesionalidad.

—N-no, no, si no dudo de usted, dudo de mí... Constantemente.

—Pues se acabó. Mañana informaré de todo a Salvatierra.

—Muchas gracias —suspiró aliviada y, aun así, sin poder sacudirse la sensación de que todo aquello era demasiado raro—. Me tengo que marchar al hospital, no quiero ser grosera, pero...

En el fondo no quería irse de allí, lejos de él.

—La acerco. ¡Y nada de réplicas!

Ella asintió sin poder reprimir una pequeña sonrisa.

Durante el trayecto no hablaron apenas, Noelia estaba un tanto cohibida, allí sentada en los asientos de cuero de un Mercedes. Águilas se daba cuenta de la situación, de que realmente Salvatierra tenía razón y a ella no le era indiferente. Podía leerlo, sentirlo, a Noelia le gustaba él. En aquellas circunstancias no sabía muy bien qué hacer. Supuso que el ofrecimiento de llevarla al hospital era suficiente cortejo y, además, ya había conseguido lo que quería, que Noelia aceptara el trabajo. No había necesidad de llegar más lejos, ¿o acaso sí?

Llegaron y la acompañó hasta la entrada de la habitación; pensó que debía comportarse como un caballero para terminar de ganársela. Tenía que asegurarse su colaboración, para que Salvatierra lo dejara tranquilo un tiempo.

—Bueno, muchas gracias —dijo Noelia, sintiéndose extraña en aquella situación.

—¿Va a dormir aquí?

—Sí, y mañana por la mañana entro a las siete a trabajar. Por la tarde estaré disponible si el Sr. Salvatierra desea hablar conmigo.

—No se preocupe por nada, Noelia.

Águilas se percató entonces de que había comenzado a llamarla por su nombre casi de forma natural. ¿En qué momento había pasado? Para él las personas eran números, apellidos, pero no individuos con nombre.

—Buenas noches, Sr. Águilas.

—Llámeme Juan —dijo sin pensar demasiado.

Noelia sonrió sinceramente, cosa que le dejó bastante descolocado. Percibía, emanando de ella mucha felicidad, tranquilidad y atracción. Y él no estaba acostumbrado a que le llegara nada de eso y de una forma tan sincera. Siempre había visto dolor, allá en Laberintia. Y en el mundo humano se dedicaba a escrutar las mentes nerviosas de los que acudían a entrevistas, o de aquellos que serían carnaza para sus clientes sin escrúpulos.

—Gracias, Juan. No es tan estirado como yo pensaba —se atrevió a bromear.

Se le escapó una risa torpe y se cubrió la boca con cierta gracia inocente.

Águilas le asió delicadamente el mentón, y la besó cerrando los ojos. Ella se quedó quieta sin saber qué hacer, notando el sabor y la calidez de sus labios. No se esperaba algo semejante. El hombre balbució unas disculpas tras separarse con cuidado, e hizo ademán de marcharse. Noelia entró apresurada en la habitación de su madre con el corazón a cien y el estómago encogido, casi tropezando con las camas.

Sentada en el pequeño sillón, al lado de su durmiente progenitora, se quedó mirando la puerta, con los dedos en los labios. Luego se tocó el cuello donde el delicado contacto de Águilas aún permanecía en la piel.

«Ay, Dios, ¡me ha besado!»

El hombre estuvo dando vueltas por el pasillo, muy alterado; no estaba enfadado, aunque sí

lleno de confusión. La había besado. Era algo que ya no entraba en sus planes, ahora que había conseguido lo que buscaba. Pero la certeza absoluta de que a ella no le era indiferente, los sentimientos de aquella joven invadiéndole a oleadas gracias a su don de percepción, le habían hecho no pensar. Y él siempre pensaba, constantemente, a todas horas, en todo momento. Menos en aquel. Y lo más desconcertante, había resultado un contacto muy cálido, en absoluto desagradable.

Justo cuando se disponía a marcharse notó una sensación muy intensa que venía de una habitación cercana. Observó por la rendija de la puerta entreabierta. A aquellas horas de la mañana la estancia estaba tranquila. Dos camas se hallaban ocupadas por personas mayores, y una tercera por un joven. Aquel individuo era quien llamaba poderosamente su atención. Se le aproximó y a la pobre luz de las farolas que penetraba por la ventana pudo ver mejor su rostro.

Se quedó boquiabierto al reconocer a Aldrik. Porque, ¿quién no lo conocía en Laberintia? Las preguntas se agolparon en su mente: ¿Cómo era posible? ¿Qué hacía allí? ¿Lo habría Visto Noelia?

Perplejo y profundamente preocupado, se fue para volverse al santuario que era su apartamento. Necesitaba pensar como nunca en su vida si debía o no informar a Salvatierra de lo que acababa de ver.

El tacto de sus labios es de terciopelo. El sabor de sus besos diferente a todos los que he probado.

Sus cabellos son seda entre mis dedos mientras la sujeto con delicadeza por el cuello.

La noto estremecerse contra mi cuerpo, dejarse llevar, languidecer entre mis brazos que no la soltarán ya jamás.

Le he hecho pasar penurias, creer que nunca conseguiría atravesar el laberinto y llegar hasta mi castillo. He modificado el tiempo tanto a favor como en su contra.

Pero ahora sé que me ama, lo siento en sus abrazos apasionados, en sus besos firmes y a la vez delicados, en sus ojos que me adoran. Me he ganado su corazón, tengo poder sobre ella al fin.

Oh, Sarah, preciosa mía. Has cambiado mi mundo.

CAPÍTULO XVIII

Aldrik contemplaba contrariado el sueño de Noelia desde el umbral de la habitación en penumbra.

La joven se hallaba medio derrumbada en un incómodo sillón; las manos en el regazo, la cabeza torcida sobre el hombro izquierdo, los labios entreabiertos en un gesto de agotamiento.

La había estado esperando despierto; tumbado en la cama, con las sábanas hasta el cuello, fingiendo que dormía cada vez que una enfermera entraba en la habitación. Tras la cena, toda el ala había ido cayendo en una engañosa tranquilidad que ya entrada la noche se tornó en silencio, de cuando en cuando interrumpido por una tos, un lamento ahogado o el ir y venir del personal sanitario.

Pasada la medianoche escuchó las pisadas de varias personas y después unas voces atenuadas. Y sintió algo... Algo que allí estaba completamente fuera de lugar.

Con precaución bajó de la cama y se aproximó a la puerta entreabierta. Tuvo cuidado de no asomar demasiado la cabeza, lo suficiente para poder atisbar. Al fondo del iluminado corredor vio a Noelia acompañada por un tipo de mediana estatura. Él era quien estaba fuera de lugar. Podía percibir, aunque de forma difusa, que su naturaleza no era humana. Se trataba de un habitante de Laberintia, de eso no le cabía duda, aunque no era capaz de identificar a qué raza pertenecía de las muchas que existían en su mundo. Intentó escuchar lo que decían, pero solo alcanzó a captar algunas palabras sueltas. Y de repente ocurrió; el hombre se inclinó sobre Noelia y la besó en los labios. La sorpresa le hizo abrió mucho los ojos. Un curioso cosquilleo le revoloteó por el estómago. Rápidamente, al ver que el hombre se volvía, corrió en silencio hasta su cama y se metió dentro.

Unos pocos minutos después, supo que el tipo se había parado delante de su puerta.

«Si puedo sentir su presencia, él puede sentir la mía», pensó con una incipiente preocupación.

No sabía quién era ni cuáles podían ser sus intenciones, y aunque no creía que nadie de Laberintia, por mucho que pudiera odiarle, quisiera impedir que alcanzara su misión, decidió no bajar la guardia. Relajó el cuerpo, acompasó la respiración y, con los ojos cerrados, esperó.

No oyó sus pasos, pero no le hizo falta para saber que había entrado en la habitación y que segundos después se detenía junto a su cama. Hasta él llegaba la esencia de su ser, extrañamente ajena para pertenecer a Laberintia, y el aroma de su colonia. Le pareció que tomaba aire y lo retenía en los pulmones, y después nada. Salió de la habitación como había entrado, igual que una sombra.

Tuvo que esperar mucho hasta estar completamente seguro de que se había marchado, demasiado y para cuando fue a la habitación de Noelia, esta se había quedado dormida.

Echó un vistazo al largo corredor, entró en la estancia y, sin hacer ruido, cerró la puerta a su espalda. Tras asegurarse de que las dos mujeres que ocupaban las camas también dormían, avanzó de puntillas hasta Noelia. Se detuvo a su lado y la observó con detenimiento. Le parecía una humana vulgar y corriente, pero poseía un singular don y se relacionaba con extraños individuos procedentes de Laberintia.

«¿Quién demonios eres?»

Torció el gesto y posó la mano en el hombro de la joven.

«¡Qué más da mientras me seas útil!»

Noelia entreabrió los ojos. La penumbra de la habitación se había tornado en una leve claridad azulada y pensó que tenía la visión borrosa por el sueño. Parpadeó y se frotó los ojos, pero no hubo ningún cambio. La figura tumbada de su madre, la forma de la cama, eran inconsistentes; en realidad toda la habitación lo parecía. Tuvo la impresión de que el aire, los objetos, las paredes, fluctuaban, como si todo se hallara sumergido. Se miró las manos, el torso, las piernas. Ella en cambio tenía el mismo aspecto de siempre.

«Estoy soñando», se dijo.

—Noelia.

Se levantó de un brinco, asustada. Giró sobre sí misma buscando el origen de aquella voz masculina que la llamaba, sin hallarlo. De repente, el aire ante ella se combó hacia atrás y hacia delante como si una forma esférica lo empujara, y después se abrió igual que un ojal de perfectos bordes, a través del cual irrumpió Aldrik, vestido con ropas oscuras y un largo abrigo. Alzó una ceja y soltó un resoplido antes de dejarse caer de golpe en el sillón.

—Pues vaya sueño —se quejó—. No me libro de este tipo ni dormida.

—Me llamo Aldrik y no estás soñando —explicó. Tras él, la abertura se había cerrado y ya no se apreciaba distorsión alguna—. Escúchame, tenemos poco tiempo.

—Pudiendo soñar con alguien mucho mejor —suspiró Noelia, y se le iluminó el rostro al pensar en Águilas y el beso que le había dado.

—¡Que no sueñas, idiota! —exclamó Aldrik, hastiado—. Estamos en La Brecha y no podré mantenernos aquí por mucho tiempo.

—Oye, a mí no me insultes —le advirtió la joven apuntándole con un dedo—. ¿Y qué es eso de La Brecha?

Aldrik la miró extrañado.

—La Brecha es el lugar que existe entre el Sueño y la Vigilia. ¿No lo sabes? ¿Puedes Ver y no lo sabes?

—Y dale con lo de ver. Qué sí, que me funcionan muy bien los ojos, gracias. —Arrugó el entrecejo, pensativa—. Eso de la vigilia y el sueño me suena haberlo leído en algún libro.

—No lo sabes —musitó, moviendo atónito la cabeza—. No sabes el don que posees.

—¿Las Crónicas de Narnia? No, no. Lo leí en Peter Pan. Sí, Wendy se lo dice a Peter Pan.

Aldrik se puso a dar vueltas de un lado a otro.

—No lo sabe. No lo sabe.

Noelia lo miró con cierto disgusto.

—¿Por qué será que sueño con este tarado? —Se encogió de hombros—. Aunque tampoco es tan raro... —Suspiró y cerró los ojos—. A ver si puedo soñar con otra cosa más agradable.

—¡Da igual! —Se lanzó hacia ella y, apoyando las manos en los brazos del sillón, la encaró—. Tienes que ayudarme.

Noelia ladeó el rostro.

—Tío, das mal rollo —gruñó.

—Hay algo muy importante en tu mundo que tengo que encontrar. No puedo hacerlo solo; este mundo tuyo es infernal. Pero si me ayudas lo conseguiré. Tienes que ayudarme. ¡Tienes que hacerlo!

La joven esbozó un mohín compungido.

—Qué mal tengo que estar para tener esta paranoia de sueño.

—¡Maldita sea! —Aldrik se mesó los cabellos—. ¡Si no me ayudas mi padre morirá!

Noelia vio su angustia y sintió una punzada de compasión.

—¿Qué le pasa a tu padre?

Aldrik dejó de tirarse del pelo. La miró un instante y después bajó los ojos, avergonzado.

—Es culpa mía. Quería demostrar a todos en mi mundo de lo que era capaz. Quería lo que se me había prometido y lo quería ya. —Se frotó la nariz y sorbió con fuerza—. Fui egoísta y ambicioso. No pensé en las consecuencias de mis actos y ahora, mi padre..., se muere por mi culpa. Le traicioné.

Noelia volvió la vista hacia su madre, los contornos de su cuerpo aún eran inestables; la contempló con cariño.

—Haré lo que sea para salvarlo ¡Lo que sea!

Una sonrisa triste y dulce asomó a los labios de Noelia.

—Yo también haría cualquier cosa por ella.

Al verla bostezar se interrumpió.

—¡No, no, no, no te duermas!

—Vale, tranquilo. —Volvió a bostezar y los párpados se le entrecerraron—. Si encuentro eso que buscas te aviso, ¿de acuerdo?

—¡No! ¡Tenemos que buscarlo juntos! —Se le abalanzó, pero sin llegar a tocarla—. ¡Estas regresando al Sueño! ¡No te vayas!

—Qué pesado eres —suspiró antes de que sus ojos se cerraran del todo.

En ese momento la claridad azulada, como si de una cortina se tratase, se precipitó silenciosamente contra el piso y la habitación quedó a oscuras. Aldrik sintió que una parte de él era arrastrado por aquella claridad que fluía más allá del suelo y se dejó ir.

Aldrik abrió de golpe los ojos. Se hallaba de pie junto a Noelia, con la mano en su hombro, de nuevo en la realidad humana. La joven dormía a pierna suelta, con un hilillo de baba cayéndole por la comisura de la boca entreabierta. Le entraron ganas de despertarla a bofetones y arrastrarla con él, pero se contuvo. No habría servido de nada. Su intención al llevarla a La Brecha había sido facilitar las cosas, hacerlo todo más sencillo y rápido; en un lugar como aquel y gracias a su don, ella habría entendido sin muchas explicaciones la situación: quién era él, lo necesaria que resultaba su colaboración. Pero la muy boba no sabía nada de nada. Ni que poseía un don tan raro como extraordinario ni qué era La Brecha. Y muy posiblemente ni siquiera debía de conocer la existencia de Laberintia. ¿Cómo convencerla entonces de que le ayudara?

Mascullando entre dientes se dirigió a la puerta. Tenía que pensar en algún tipo de estrategia, de plan, que le permitiera conseguir de ella lo que necesitaba. Recordó al tipo que la había besado y le asaltó una desagradable inquietud. Con la mano en el picaporte se volvió hacia Noelia y su tranquilo sueño le irritó. Tenía que pensar, sí, y rápido.

CAPÍTULO XIX

Leiden, alias “Salvatierra” en el mundo humano, miraba fijamente a Águilas, sentado en su escritorio, frente a él. El director de Recursos Humanos le sostenía la mirada con su habitual indiferencia mientras seguía valorando la conveniencia o no de contarle que había visto a Aldrik. El Señor de las Arenas y las Tierras Pétreas no era en absoluto un estúpido al que poder jugársela, sino todo lo contrario, y guardarse información o incluso mentirle no era la mejor idea. Sin embargo, decidió callárselo por el momento, pues tenía noticias frescas sobre Noelia que seguro calmarían la peligrosa impaciencia de aquel hombre.

Pero antes de poder abrir si quiera la boca para darle las buenas nuevas, Leiden se pronunció.

—El Consejo en pleno ha dado su visto bueno a que la humana entre en Laberintia.

—¿Incluido Jagger? —Águilas no se podía creer lo que escuchaba.

—Ese maldito de Jagger no ha tenido más remedio que postrarse ante la evidencia de que yo soy el que manda allí. —Una sonrisa meliflua afloró en sus labios—. ¡Pensar que ya nadie puede Ver...! ¡Qué tontería! El viejo conspirador comienza a chochear.

—En realidad no está tan equivocado. Este mundo va camino de su autodestrucción, y una de las consecuencias es que cada vez menos humanos son capaces de Ver, al menos no lo suficiente para poder entrar en nuestro mundo. Ni siquiera los niños.

—Pero ella sí —le interrumpió Leiden con evidente hastío—. Noelia puede Ver, aunque le falta un poco de convicción. Pero para cuando Laberintia se revele ante ella, yo ya habré conseguido que desee entrar por su propia voluntad.

Volvió a sonreír y en esta ocasión sus labios se torcieron de forma perversa.

—Quería hablarle de ella... —Águilas calló un instante al recordar lo que había sucedido entre ellos la noche antes—. Noel... La señorita Cerezo —corrigió—, rechazó el jugoso contrato porque su madre se había accidentado: una pierna y un brazo rotos. La han hospitalizado. Y por lo visto ambas están solas, sin ningún tipo de ayuda, por lo que no concebía la idea de dejarla si tenía que viajar.

—Así que ya la llamas Noelia.

Salvatierra cruzó las piernas y se dejó caer tranquilamente contra el respaldo de su mullido asiento, haciendo caso omiso a toda la explicación. Águilas no mudó el ademán circunspecto que le caracterizaba.

—Ella me lo pidió.

Águilas estaba mintiendo y el miembro del Consejo lo sabía.

—La madre es el problema... Qué interesante.

—Es fácil de solucionar: contrataremos a alguien que se encargue de ella, o la llevaremos a un centro para que se recupere de sus lesiones.

Leiden volvió a sonreír, de una forma que no le gustó nada a su interlocutor.

—Si eso sirve para que confíe en nosotros, perfecto. Que firme hoy el contrato, aunque sea una formalidad inútil, así la tendremos entretenida hasta pasado mañana, que será cuando todo esté preparado para que el Consejo la reciba. Están deseando conocer a la humana, y echarla a los leones.

Soltó una sonora carcajada, que resonó por todo el despacho.

Las manos de Águilas temblaron. Las apretó en unos crispados puños e intentó por todos los medios contener la ira que le estaba subiendo desde los pies a la cabeza. Leiden dejó de reír abruptamente y su expresión se tornó concentrada.

—El Tiempo pronto invadirá Laberintia, Águilas, no podemos perder ni un segundo más en este mundo, aunque aquí estemos relativamente a salvo de momento.

—Por supuesto. Quedaré esta misma tarde con la señorita Cerezo con la excusa de firmar el contrato y pasado mañana será toda suya —decir aquello le revolvió las entrañas.

—No esperaba menos de ti —afirmo satisfecho Leiden—. Al fin y al cabo, ¿quién te puso dónde estás ahora?

Águilas no sabía cuánto tiempo iba a resistir sin partirle la cara a aquel manipulador. Supuso que, porque tenía demasiado que perder, vencía su autocontrol.

—Y nunca dejaré de agradecersele por ello —las palabras le quemaron en la boca.

Salvatierra se levantó del mullido asiento, dispuesto a marcharse, exultante ante tantos buenos acontecimientos.

—¿Te imaginas que ella te Viera cómo eres realmente? —dijo de improviso.

Águilas se quedó frío, paralizado, mirándole.

—Probablemente le asquearías —añadió Leiden componiendo un falso mohín apenado.

—Eso no va a suceder nunca. Por poderosa que sea su capacidad para Ver, en este mundo la magia me protege. Aquí simplemente soy humano.

—No me extraña que prefieras aparentar que eres humano. —A su rostro volvió a asomar aquella expresión asqueada que era habitual en él cuando hablaba de sus congéneres—. En Laberintia no eras más que...

—¡Basta! ¡Cállese!

Águilas se tapó los oídos en un gesto instintivo; había perdido el control sobre sí mismo. Leiden no se indignó ante su insolente reacción, de hecho, le resultaba tremendamente divertido.

—¡Qué patético! —Suspiró con teatralidad y se sentó en la esquina del escritorio—. Humano —dijo en tono despectivo—. ¿Sabes lo qué eres realmente? Mi lacayo, mi instrumento. El último de una especie que no era mejor que esos asquerosos Goblins que pululan por nuestro mundo. Alguien al que decidí salvar por su don, un don al servicio de mis propósitos y los del Consejo. Alguien de quien no dudaré en deshacerme cuando ya no me sea útil. —Se inclinó despacio hacia delante. Sus ojos eran dos abismos negros y cenagosos en cuyo fondo se agitaba una sombra amenazante—. Todos los tuyos están muertos. Nada tienes en Laberintia, nada tienes aquí. Yo soy lo único que te queda.

Juan Águilas respiraba aceleradamente. Regueros de sudor le caían por la frente y las sienes, y también por la espalda, empapándole la camisa. Cerró los párpados con fuerza y no dijo nada, no era capaz de articular palabra en aquellos momentos. Los tristes recuerdos de su pasado se agolparon en la mente, como un puñetazo, produciéndole un intenso y repentino dolor de cabeza.

—Ella nunca te querría si viera lo que eres —susurró Leiden hurgando en la herida.

—No me interesa. —Con unas manos temblorosas se quitó las gafas y fingió indiferencia mientras las limpiaba—. Y qué más da, cuando usted se la lleve nunca más volveré a verla.

—Cierto, no volverás a verla después de pasado mañana —sentenció.

—Arreglaré lo de su madre.

—Me da igual si lo arreglas o no, con que ella se lo crea me vale. Lo demás me es completamente indiferente.

Se colocó de nuevo las gafas sin querer levantar la vista. La crueldad del Señor de las Arenas

le asqueaba, no creía que existiera muchos en Laberintia, o en el mundo humano, con menos sentimientos y más maldad que él. Aunque no siempre había sido así.

—Sí, Señor —dijo recuperando la compostura.

—En cuanto a si te la quieres tirar o no, tampoco me importa ya.

Antes de irse, Leiden lo miró una última vez.

—Ah, y no me gusta que me escondan cosas —sonrió ladino—, como lo del hospital.

Águilas no dijo nada. No pensó siquiera en preguntar a qué se refería exactamente, si al beso o a la presencia de Aldrik. ¿Para qué? Tendría que haber intuido que Leiden lo sabía todo, absolutamente todo.

—Cuidado con lo que haces. Mantente al margen o lo lamentarás el poco tiempo de vida que te quede, Barlo.

Barlo, su nombre real, un nombre que hacía años que nadie pronunciaba, ni siquiera él mismo.

Finalmente, Leiden se fue, dejando a Águilas descompuesto. Por primera vez en su vida nada parecía tener sentido, y aquel mundo humano ya no volvería a ser lo mismo. Desconocía exactamente lo que sucedía en su mundo, pero sí tenía algunas certezas: el Tiempo invadía Laberintia, su soberano languidecía, y Leiden quería ser el nuevo rey. Y esta vez sí, el Rey de los Goblins.

CAPÍTULO XX

Era temprano cuando Noelia la despertaron las quejas de su madre. Amalia tenía que hacer sus necesidades; además estaba incómoda, dolorida y de muy mal humor. Mientras la ayudaba, Amalia le explicó lo que el médico le había comunicado el día anterior: le tenían que operar la pierna y ponerle unos tornillos, con lo que aún permanecería unos días más en planta antes de entrar en el quirófano.

La joven volvió a sentirse culpable porque era consciente de que, aun en esas circunstancias, tendría que viajar en breve. Sin embargo, sonrió y no le dijo nada. Quería confiar en las palabras de Águilas sobre que había solución al problema. Y, antes de todo eso, el contrato a firmar era algo pendiente.

—Todo saldrá bien, mamá, ya verás. —La ayudó a incorporarse y acomodó la almohada para que se pudiera recostar sobre ella—. Tengo que irme a trabajar. Volveré cuando termine mi turno.

—¿No has podido pedir unos días libres? —inquirió la mujer con una mueca de descontento.

—Lo siento, mamá. —La besó en la frente—. Mi jefe a duras penas me cambió el turno ayer.

Amalia abrió la boca con intención de decir algo, pero se lo pensó mejor y la cerró, limitándose a dejar escapar un suspiro malhumorado. Desde la puerta, Noelia se despidió de ella.

—Si necesitas cualquier cosa, llama a las enfermeras, ¿vale?

La mujer asintió con desgana.

—Espera un momento, Noelia —le pidió al verla marchar—. Acabo de recordar una cosa. Ayer estuvo aquí un amigo tuyo buscándote.

—¿Un amigo? —se extrañó la joven.

—Sí, un muchacho guapetón. Tiene que estar ingresado porque llevaba una bata de hospital —añadió con una sonrisa pícaro.

—Yo no conozco a...

Dejó la frase a la mitad.

«El pirado», pensó con incipiente alarma. «El pirado ha estado molestando a mi madre. Yo lo mato».

—Vale, mamá, ya me encargo yo.

Noelia se dirigió a la habitación de Aldrik casi a la carrera. Cuando se asomó no vio rastro del muchacho; su cama estaba vacía y hecha. Los otros dos enfermos dormían. Se acercó al mostrador del personal sanitario e interpelló al enfermero que se hallaba detrás consultando el ordenador.

—Perdone, el paciente joven de esa habitación —la señaló con el dedo y el brazo extendido—, ¿dónde está?

El hombre alzó una ceja con curiosidad.

—Se ha largado.

—¿Le han dado el alta? —se extrañó Noelia—. Pero si estaba para el arrastre.

—No. Se ha largado durante la noche. Esfumado. Como si nunca hubiera estado aquí. Ni siquiera hemos llegado a saber su nombre.

—Aldrik —soltó sin darse cuenta, y al instante, la sorpresa le cambió la expresión.

—¿Cómo lo sabe?

Noelia compuso una forzada sonrisa.

—Nada, son tontadas mías.

Se marchó apresurando el paso por el pasillo, sintiendo la mirada desconfiada del enfermero clavada en su espalda, y con dos cosas muy claras en su cabeza: que aquel pirado se llamaba Aldrik y que cada vez le estaban pasando cosas más raras.

Después de aquello, Noelia tuvo una dura jornada laboral y no solo por el ajetreo del trabajo. Había dormido poco y mal en aquel sillón infernal, y el descanso había estado plagado de extraños sueños que apenas era capaz de recordar. Además, no podía sacarse de la cabeza el repentino beso de Águilas. No lograba entender nada. Desde luego había sido un beso dulce y en parte tímido, de un hombre aparentemente recto y que no parecía de esos que acosaban a las empleadas, aunque bueno, ella ni siquiera lo era.

Continuaba dándole vueltas cuando llegó el cambio de turno y de pronto se vio rodeada de un coro de risitas.

—Noelia, ¿qué tal anoche con aquel tío tan bueno? —preguntó su compañera Lucía.

—B-bueno, fue muy amable y me llevó al hospital a ver a mi madre. ¡Por cierto, que por ella no me preguntáis! —les reprochó intentando cambiar de tema.

—Sabemos que está bien —comentó la otra chica—. Lo que nos interesa es si pasó algo o no con ese hombre.

—¡No! —exclamó escandalizada.

—Pues vaya chasco, ¿es de piedra o qué? —indagó Lucía

—Solo era por el trabajo.

—¿Pero te gusta o no? —insistió.

—¡Que no! —mintió descaradamente, aparentando una seguridad de la que carecía—. Yo paso de colgarme de hombres inaccesibles y este lo es, os lo aseguro.

Desde luego no iba a contarles absolutamente nada a aquellas chismosas, que eran compañeras de trabajo con las que se llevaba bien pero poco más. La primera en enterarse sería su mejor amiga, Lidia, porque debía pedirle consejo.

—Y os ruego, por favor, que no le digáis nada al jefe, es asunto mío informarle de si me voy o no de aquí, que no está claro del todo.

—Tranquila, en eso no nos vamos a meter —le aseguró Lucía—. Y a ver si mientes mejor, guapa, que ayer se te iban los ojos todo el rato.

Muertas de risa se fueron a dejar sus cosas en el almacén.

«Si es que soy transparente», se lamentó Noelia.

Águilas, sentado en el Chester de su apartamento, dudó en si escribirle un mensaje a Noelia o llamarla directamente. Después de hablar con el bastardo de Leiden, no había sido capaz de seguir en la editorial, rodeado de empleados por todas partes. Necesitaba aislarse, de todo y de todos y, tras preparar el contrato, se había marchado. Ni siquiera se detuvo a comer algo.

Miró la hora; Noelia ya debía de haber salido de trabajar, seguramente volvería a su piso y después partiría hacia el hospital, donde Aldrik estaba convaleciente, sin duda bajo la atenta mirada de los secuaces de Leiden. Un revoltijo de sentimientos encontrados le envolvió. Finalmente cogió el móvil y llamó a la joven, que apenas tardó unos segundos en responder.

—¿Sí? —la dulzura de su voz le tranquilizó de alguna forma.

Ella estaba bien, todavía estaba bien.

—Buenas tardes, Noelia. Soy Juan.

—S-sí, sí, lo sé —intuyó una sonrisa en su interlocutora, pese a la distancia que separaba sus

cuerpos.

—La llamo porque ya tengo preparado el contrato y al Sr. Salvatierra le agradecería mucho que lo firmase hoy. Él no podrá estar presente, pero le he explicado sus circunstancias y me ha asegurado que no hay ningún problema y que lo comprende perfectamente. Además, quiere echarle una mano con lo de su madre.

—Oh, sí, sí, por supuesto. Muchísimas gracias.

—¿A qué hora le va bien?

—A la que quiera, solo le pido que me permita llegar a casa y cambiarme de ropa, porque acabo de salir de la cafetería.

—¿Ya ha visitado a su madre?

—Esta mañana pude hablar con ella.

Águilas dudó un instante antes de pronunciar la propuesta que rondaba su mente.

—Si le parece bien voy a recogerla y la llevo al hospital. Luego nos acercamos a firmar el contrato y hablar sobre su futuro puesto de trabajo y... —volvió a dudar—, y si quiere la invito a cenar para celebrarlo.

No daba crédito a haber dicho en voz alta todo aquello. Noelia Cerezo le hacía perder el sentido de quién era, de lo que realmente era. Ya no estaba obligado a cortejarla, sin embargo, algo dentro de él, más fuerte que cualquier cosa que hubiera conocido, le empujaba hacia ella.

—¡Sí! —el sonido de su dulce voz, un poco más fuerte de lo habitual, le indicó que ella deseaba aquel plan.

—Hasta dentro de una hora. La estaré esperando en la calle de su domicilio y le haré una llamada perdida.

—De acuerdo, hasta pronto.

Águilas dejó caer el móvil sobre la alfombra, y miró fijamente al enorme televisor que casi nunca encendía. La pantalla negra no le devolvía ningún reflejo, y era mejor así. En ocasiones, cuando se miraba al espejo podía ver su verdadero yo. Era un habitante de Laberintia, el último de su especie, un superviviente que no deseaba volver a un mundo que le había tratado con tanto desprecio, que ya ni siquiera le recordaba. Sí, tenía mucho que agradecer a Leiden... pero ¿a qué precio? Sacrificando a Noelia para continuar con su anodina vida, fría e insípida.

—Maldita seas, Noelia —maldijo—. ¿Qué me estás haciendo?

Se llevó las manos a la cara, clavándose las gafas hasta hacerse daño.

La joven no cabía en sí de gozo.

«Ir a cenar con Juan Águilas, no me lo puedo creer. ¡Ay, Dios!»

Corrió a casa para ducharse y adecentar su aspecto en la medida de lo posible. No podía arreglarse ni maquillarse demasiado, porque su madre sospecharía. Así que tuvo que elegir un sencillo vestido rojo, dejar su cabello castaño suelto y pintarse de forma discreta.

Noelia, por más que se miraba en el espejo, se veía demasiado normal. Su exnovio nunca la piropeaba y después de la inesperada y dolorosa ruptura, le dio todo igual, tanto que dejó de cuidarse, ganando unos kilos de más.

Su madre siempre le decía que era preciosa, pero le cegaba el amor maternal.

Cuando bajó a la calle tras la llamada perdida, el jefe de Recursos Humanos estaba esperándola en doble fila, por lo que se apresuró a subirse al automóvil.

—Hola —dijo con timidez, mientras se colocaba el cinturón.

—Hola, Noelia. ¿Vamos al hospital?

Águilas estaba serio, cosa habitual en él, y no pareció fijarse mucho en ella.

—Sí, por favor. Y muchísimas gracias por el detalle.

—No hay de qué —respondió con cierta sequedad.

Un incipiente desconcierto se apoderó de la joven. ¿Habría cambiado de idea? La acometió una punzada de decepción.

El viaje hasta el complejo sanitario fue rápido y apenas intercambiaron algunas frases de cortesía referentes a la madre de Noelia. Así, Águilas pudo saber que la mujer iba a ser operada en breve. Tendría que tomar una decisión rápida al respecto para que no afectara a los planes de Salvatierra. Conocía ya lo suficiente a la joven para saber que su aturullada forma de ser la pondría de nuevo entre la espada y la pared. La veía muy capaz de echarse atrás de nuevo.

—Intentaré ser breve.

—No hay prisa, Noelia. La voy a acompañar y así me presenta a su madre.

—Bueno, aún no le he dicho nada del nuevo puesto laboral. Ha resultado imposible.

—Con más razón, porque verá que voy en serio...

Águilas no pudo evitar mirarla a los ojos y que se le cayera un poco la coraza. Ni él mismo sabía qué había querido decir con semejante declaración de intenciones. ¿En serio con el trabajo? ¿En serio con ayudar a su madre? ¿En serio con ella a nivel emocional? Lo último no podía ser; en un par de días ya no volvería a verla con vida. Algo dentro de él se rompió, pero pudo volver a protegerse tras su elaborada coraza antes de que la joven percibiera nada.

—Gracias.

Noelia sonrió, sin haber entendido muy bien a qué se refería el hombre con aquella frase. La tenía totalmente perpleja. Durante unos instantes le había parecido ver algo en él, en sus ojos verdes; no habría sabido decir exactamente en qué consistía, aunque tenía la sensación de que se trataba de algo ajeno a unos ojos humanos. Pero no podía ser, claro. Estaba alucinando, y eso comenzaba a ser demasiado habitual últimamente.

«Maldito estrés», se dijo mientras subía a la planta donde su progenitora descansaba, seguida de Águilas.

Ambos, cada uno por su cuenta, echaron un vistazo rápido a la habitación de Aldrik, aunque estaba cerrada en aquellos momentos. Águilas se dio cuenta de que ella también parecía interesada, así que supuso que algo había Visto, aunque probablemente no debía de haber dado demasiado crédito.

Noelia tocó en la puerta, que se encontraba abierta, y entró.

—Hola, mamá —saludó, dándole un beso.

La mujer reposaba a medias incorporada sobre la almohada.

—Hola, cariño. Qué guapa vas. ¿Y eso?

Amalia se dio cuenta de la presencia de un hombre con gafas que esperaba pacientemente a ser presentado. La mujer sintió un inmediato desagrado hacia él y Águilas lo percibió como un puñetazo.

«Hace bien en no fiarse, señora», pensó.

—¿Y ese hombre?

—Verás mamá. ¿Te acuerdas de aquella entrevista de trabajo a la que llegué tarde?

—¿La del tipo desagradable?

Noelia notó que enrojecía hasta las orejas. Águilas levantó una ceja ante tanta sinceridad.

—Mamá —dijo en tono de reproche—, haz el favor...

—Ah, que es este —comentó con desgana.

A Noelia le iba a estallar la cabeza en cualquier momento.

—Bueno, el caso es que he conseguido el trabajo y esta tarde voy a firmar un contrato muy importante. El señor Águilas ha sido tan amable de recogerme para venir a verte antes de ir a las

oficinas.

Amalia lo miró de pies a cabeza.

—Encantado, señora Cantero. Espero que esté mejor.

—Bueno, aquí postrada y con huesos rotos, muy bien no estoy.

—¡Mamá! —la riñó Noelia.

¿Por qué razón su madre estaba siendo tan poco cordial? ¿Sería la medicación?

—Entonces me vas a dejar sola toda la tarde, ¿no? —su tono sonó quejumbroso. Intentó incorporarse, pero tuvo que desistir inmediatamente con un gesto de aflicción que resultó poco creíble—. ¿Volverás luego al menos? —El chantaje emocional que pretendía ejercer sobre su hija no pasó desapercibido para esta y mucho menos para Águilas—. Me aburro muchísimo. Ya me he leído un montón de revistas —rezongó con hastío—. Y necesito que me ayudes, no puedo hacer nada sola. Las enfermeras no siempre están disponibles.

—Me temo que tenemos que tratar muchas cosas sobre su nuevo trabajo, señora —intervino Águilas—. Llegará un poco tarde y tal vez esté cansada.

La mirada que la mujer le echó a Águilas no fue demasiado halagüeña.

—Es cierto —confirmó Noelia—, pero mañana iré a dejar el trabajo en la cafetería y estaré contigo el resto del tiempo.

—Está bien, cariño.

Se dieron un beso antes de despedirse. La mujer le dedicó una última mirada de desaprobación a Águilas; algo le decía que no era trigo limpio.

De camino hacia el coche, Noelia le pidió disculpas.

—De veras que lo lamento, mi madre no suele ser así de grosera.

—No pasa nada, es natural estando postrada y para largo tiempo. Una persona pierde la paciencia.

—Será mejor que tras la firma me vuelva con ella.

Águilas se detuvo en seco y la cogió por la muñeca.

—No es ninguna obligación que vayamos a cenar, solo quería trasladar el agradecimiento del señor Salvatierra que confía plenamente en usted y en su capacidad para este trabajo. De hecho, él iba a acudir también, pero finalmente no le ha sido posible. Si de alguna forma le resulta incómodo cenar solo conmigo, de veras no pasa nada.

Águilas sabía que estaba jugando con ella, con la atracción evidente que sentía por él, y también con su moldeable personalidad.

—Bueno, si es así estaré encantada de ir a cenar —aceptó, sonriendo con timidez.

Águilas era consciente del nerviosismo de la joven, de sus dudas, de cómo el recuerdo del beso de la noche anterior rondaba por su cabeza, de sus anhelos, y se sintió vil. Nunca le había importado nadie más que él mismo; al fin y al cabo, llevaba casi toda la vida solo, sin amistades, ni relaciones sentimentales, evitándolas a toda costa por la terrible maldición de lo que era. Ciertamente jamás había estado con nadie, porque no le interesaba en absoluto el mundo que le rodeaba, ni las personas más allá de su trabajo. Sin embargo, con Noelia hacía cosas que ni él mismo lograba comprender. Por un lado, obligado por Salvatierra, tenía que embaucarla fuese como fuese; por otro, empujado por sus propios sentimientos, deseaba salvarla. Pero era demasiado egoísta, o más bien tenía demasiado miedo de volver a su mundo, como para decirle: «vete, Noelia, vete lejos». Sentía por ella lo que nunca creyó poder sentir, y menos por una humana. No era una mujer excesivamente atractiva, pero a él le apetecía cada vez más mirar sus ojos, su nariz, volver a sentir sus labios, la tersura de su piel, el olor a frutas de sus cabellos brillantes, la cercanía de su cuerpo redondeado. Aquello le impulsaba a no querer hacer otra cosa

que pasar con ella todo el tiempo posible antes de verla desaparecer para siempre.

—Juan, ¿está bien?

Él la miró un instante y sonrió.

—Sí, solo pensaba. Discúlpeme, vamos a las oficinas.

Noelia terminó de leer el contrato, lo había hecho de forma muy calmada, y lo dejó sobre la mesa con cuidado.

—Entonces empezaría pasado mañana, ¿es así?

—Correcto. —Águilas asintió despacio—. El señor Salvatierra, con quien trabajará directamente, será el encargado de informarle sobre los pormenores del proyecto. Usted... —calló un instante, valorando que palabras utilizar a continuación—. Deberá tener la mente abierta, la información que se le va a revelar a partir de ahora puede resultarle... inconcebible.

La joven parpadeó algo desconcertada. Pensó en Henson y en su dilatada obra, y no creyó que en ella o en su vida, pudiera haber algo “inconcebible”.

—Vale. —Se encogió de hombros—. El contrato es indefinido...

—Exacto, porque es un proyecto que va a durar bastante tiempo. Cuando acabe le encargaremos otros —mintió con un sabor amargo en la boca.

—¿Cuándo viajaré a Nueva York?

—Pasado mañana. He de hablar con el Sr. Salvatierra de los pormenores.

—No tengo más preguntas, señorita.

Noelia se echó a reír ella sola, tapándose la boca con la mano. Le gustó ver que Águilas también sonreía. Este le tendió una pluma muy elegante para que firmara. La cogió y percibió algo extraño, un cosquilleo que se propagó por su mano y que le hizo pensar que sostenía un ser vivo entre los dedos. Al quedarse quieta mirando la pluma, el director de Recursos humanos la animó a seguir.

—Ha de firmar en todas las hojas, por delante y detrás y en la última aquí —le señaló con el dedo.

Así lo hizo la joven y cuando llegó al final y plasmó su última rúbrica, la tinta que había dejado sobre el papel pareció brillar. Pestañeó, un poco deslumbrada, algo que no pasó inadvertido a su interlocutor. Definitivamente Noelia podía ver muy bien.

—Perdón, estoy algo cansada, supongo —comentó frotándose los ojos.

—Si se siente mareada, el baño está a la...

—Sí, lo sé desde el primer día —respondió levantándose con una sonrisa socarrona asomando a sus labios.

Se dirigió a la puerta y salió. Águilas cogió la pluma y de pronto una voz extraña emergió de esta.

—*Ya está hecho.*

—Cállate.

—*Leiden estará contento.*

—Que te calles.

Le puso el capuchón y la tiró dentro de un cajón que cerró de golpe, acallándola así. O eso creyó.

La joven volvió enseguida, eufórica, aunque intentara disimularlo.

—Tengo muchas ganas de comenzar este proyecto. Me encanta Jim Henson. He de reconocer que los días en los que estuve esperando una respuesta, me emocioné y vi Dentro del laberinto de nuevo y compré la novela para releerla, aunque no me ha dado tiempo a empezarla. Me encanta Jareth, creo que Bowie hizo un papel que le venía como anillo al dedo.

—Así es.

Águilas sabía que había gente en Laberintia, como Jagger, que odiaba la visión fabulística de Henson de su mundo. Pese a ello era innegable que el Rey estaba bien representado por el cantante.

—Este proyecto me emociona muchísimo —afirmó Noelia.

—Me alegro.

Águilas intentó sonreír, pero no fue capaz. Le pareció escuchar una risilla amortiguada, proveniente del cajón donde había depositado la pluma parlante y su expresión se tornó adusta.

—Como me ha comentado que van a operar a su madre, la vamos a llevar a un hospital privado donde la intervención se llevará a cabo cuanto antes. Además, luego estará bien atendida durante el tiempo que sea necesario.

—¿Pero no es eso demasiado?

—El Sr. Salvatierra me ha dado carta blanca. —dijo con aspereza—. Así que le ruego que no cuestione las decisiones que voy a ir tomando.

—Si mi madre va a estar mucho mejor cuidada me parece bien —admitió Noelia, extrañada ante el repentino cambio de humor de Águilas.

—Correcto. Yo me encargaré personalmente de todo.

—Muchísimas gracias, la verdad es que me cuesta creerlo. No suelo tener tanta suerte —admitió con una sonrisa.

La risilla amortiguada volvió a sonar.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Noelia, mirando a su alrededor, extrañada.

Los nervios de Águilas se dispararon.

—Mi móvil, no se preocupe. Tengo que atender unos asuntos importantes, tardaré una hora aproximadamente. Lamento tener que dejarla tanto tiempo sola. Abajo hay una cafetería, puede esperarme allí, o si lo prefiere puede darse una vuelta. Luego iremos a cenar, temprano, para que después le dé tiempo a ver a su madre.

—Ah, sí, sí, faltaría más —aceptó sin más, a pesar de que el cambio de planes la tomaba por sorpresa—. Le espero en la cafetería. Hasta luego.

Se fue, cerrando con cuidado.

—Hasta luego, Noelia... —musitó.

Cogió su móvil y llamó a Salvatierra.

—Dime que ya está —exigió este.

—Ha firmado.

—Perfecto.

Águilas apretó el móvil con fuerza al escuchar su desagradable risa al otro lado de la línea, vanagloriándose del éxito de sus planes.

—Disfrútala mientras puedas, Barlo, solo te la presto un día.

—No necesito disfrutar nada —contestó con sequedad.

—Sí, claro.

De nuevo retumbó la desagradable risa en sus oídos, que se cortó en cuanto Leiden así lo quiso. Sin embargo, la risilla amortiguada de La Pluma continuaba sonando de fondo, atormentado al hombre.

CAPÍTULO XXI

—¿Dices que te besó? —la estridente voz de Lidia, a través del teléfono, puso un poco nerviosa a Noelia.

Miró a su alrededor. La cafetería del edificio, pequeña y agradable, decorada en un estilo acorde con unas oficinas modernas y funcionales, se hallaba a aquellas horas animada por una numerosa clientela que se relajaba después del trabajo.

—Shhh, no hables tan alto que se te oye —le pidió, avergonzada—. Y sí, eso hizo ayer por la noche. Pero hoy se comporta como si no pasara nada, aunque ha sido muy amable en todo momento.

—O sea, recapitulemos: conoces a un tío que te entrevista para el puesto de tu vida, la cagas, pero bien varias veces, te espera toda la tarde en la cafetería, se preocupa por tu madre, te besa y ahora hace como si no hubiera pasado.

—Bueno, sí, algo así. Pero es que en un rato vamos a cenar para celebrar que me uno a la editorial.

—¿Los dos solos?

—Sí.

—Madre mía, tía, o haces algo o voy y lo hago yo.

—¿Hacer qué?

—A ver, ceporra, que a ti hay que explicarte las cosas de los hombres con un croquis. Está claro que le gustas, porque si no para qué te va a besar.

—No lo sé, llevo dándole vueltas desde entonces.

—A ti lo que te pasa es lo de siempre; solo has estado con un tío en toda tu vida. Un pedazo de cabrón, por cierto, y desde que se acabó la relación con él has pasado de todos los tíos.

—¿Qué tíos?

—No te me hagas la tonta que en cuanto te quedaste soltera, tanto Álvaro como Cristian iban detrás de ti.

—Sí, para aprovecharse de mí tras una ruptura traumática. «La pobre se sentirá sola, vamos a meterle todo el salami» —dijo bajando el tono y mirando desconfiada al camarero que trabajaba al otro lado de la barra; solo con su amiga se atrevía a hablar en esos términos.

—Bueno, a ver si te das una alegría al cuerpo de una vez. Tampoco es tan malo.

—No con esos, por favor. Estoy desesperada, pero no tanto —rio a carcajadas.

—Cierto, te mereces alguien muchísimo mejor, como tu jefe. Porque ahora es tu jefe, ¿no?

—¿Te refieres a Águilas?

—No, si te parece me refiero al de la cafetería.

—Ay, tía. No sé, reconozco que me gusta cada vez más, pero me tiene despistada.

—Pues si él no hace nada lo haces tú. A todo esto, ¿seguro que no está casado?

—Sinceramente, yo creo que no. Lo veo un hombre solitario.

—Arma de doble filo. Igual solo quiere pasar el rato y cuando se aburra te dará puerta.

—No, tampoco lo veo de ese tipo. Ya te he dicho que me besó y no ha vuelto a hacer nada.

—Te lo repito: hazlo tú.

—¡Ni loca! Qué vergüenza.

—Bueno, no tienes remedio. Si te quisieras más a ti misma, si tuvieras más confianza, si te gustaras más, hace ya tiempo que tu vida habría cambiado. Eres lista, eres guapa, eres una persona maravillosa. Vamos, que si yo fuera un tío no te dejaba escapar. Ahora, que si prefieres estar sola pues ole tú, que hombres no nos hacen falta tampoco.

—Tonta, me vas a hacer llorar —se emocionó—. Perdona, te tengo que dejar, ya viene mi jefe.

—¡A por todas!

Noelia colgó mientras se levantaba del taburete que ocupaba y cogía el bolso.

—Discúlpeme. —Águilas se detuvo frente a ella—. He tardado un poco más de lo esperado.

Le tocó el brazo levemente. A él le hormigearon los dedos y a ella, bajo la chaqueta, un agradable cosquilleo le recorrió el cuerpo.

—No pasa nada, es natural. Supongo que siempre tiene mucho trabajo.

—Sí, coordinar un departamento tan grande no es tarea fácil. —Caminaron hacia los ascensores para bajar al aparcamiento privado de la editorial—. De mí depende que el personal elegido sea el adecuado para su puesto.

Aunque pareciera que estaba siendo un tanto pedante, en absoluto le sonó como tal a Noelia.

—¿Y seguro que no se ha equivocado conmigo?

—Al final me voy a enfadar, Noelia —pero lo dijo en un tono relajado y con una sonrisa en la boca.

Le abrió la puerta del Mercedes, en la línea de un perfecto caballero. Algunas mujeres podrían haberlo considerado decadente u ofensivo, sin embargo, a Noelia le pareció encantador.

—¿Dónde vamos a cenar? —preguntó con curiosidad mientras se abrochaba el cinturón.

—Si hubiéramos ido con el señor Salvatierra, probablemente habríamos acabado en el restaurante con más estrellas Michelin de la ciudad, pero a mí me gustan los lugares sencillos. Además, no va vestida para un restaurante de lujo.

—Me temo que no es mi estilo.

—En cualquier caso, va elegante, el color rojo la favorece —dijo arrancando el coche.

Noelia se ruborizó y su corazón se puso a latir con intensidad.

—Gracias —musitó casi en un susurro.

Salieron de la ciudad para adentrarse en la autovía. David Bowie sonaba en el reproductor de CD con el volumen bajo.

—También es fan de Bowie, ¿verdad? —inquirió ella.

—Sí, me gusta mucho.

—A mí me encanta esa canción que interpreta cuando Sarah busca a su hermano por las escaleras, la que dice...

—*How you turned my world, you precious thing*^[3] —la interrumpió él.

La joven cerró los ojos, imaginando que iba dirigido a ella, como una declaración. Sabía que no era así, pero no pudo evitarlo; aquel hombre cada vez le gustaba más y sus sentimientos por él empezaban a descontrolarse. Le asaltaron unas irrefrenables ganas de ponerse a sollozar ante la certeza de que no era más que su imaginación, espoleada por una serie de anhelos. Pero él la había besado, aunque siguiera sin comprender la razón.

—Noelia, ¿se encuentra bien?

—Ah, sí, sí.

Águilas percibió en ella una especie de intensa melancolía que no le gustó nada pues le afectaba de una forma desconcertante. Era como si algo los conectase, porque tenía con ella una sintonía para nada corriente. Empatía, lo llamaban. Solo que debido a los dones de ambos esta era

más fuerte de lo habitual entre dos personas.

—No me mienta, es usted transparente para mí. Lo noto en su voz temblorosa, aunque no le vea la cara. ¿Está llorando?

Noelia dudó un instante antes de formular la pregunta.

—¿Por qué me besó?

Águilas, que no se esperaba aquello, perdió el control del volante un leve segundo.

—¿Tengo que decirlo?

—Supongo que no. No importa, olvídese de mi pregunta. Creo que será mejor que me acerque al hospital.

—No —contestó tajantemente él.

—Por favor, me estoy poniendo nerviosa.

Noelia comenzó a respirar con agitación, lo que asustó a Águilas. Tuvo que parar en la primera gasolinera que encontró, en un lateral.

—Noelia, ¿qué le pasa? —inquirió, aunque realmente lo sabía.

—Quiero irme, quiero irme.

Intentó salir del coche, pero al abrir la puerta el cinturón de seguridad se lo impidió. Lo manipuló hasta librarse de él y bajó a trompicones. Águilas la siguió unos metros, dejando la puerta del vehículo abierta y el auto en marcha.

—Noelia, no pretendía asustarla así.

—¡No puede besar a una mujer como lo hizo ayer y hoy actuar como si no hubiera pasado!

—Noelia no era mi intención que se asustara —reiteró—. Ahora la llevo al hospital, o si lo prefiere avisamos a un taxi y yo lo pago. Lo que sea con tal de que se tranquilice.

La joven recuperó su respiración normal poco a poco, mientras Águilas se mantenía a cierta distancia.

—Yo... Yo sé que he hecho el ridículo desde el primer momento en el que entré por la puerta de su despacho, con aquellas pintas, llegando tarde, haciéndoles un desplante tremendo, diciendo tonterías. Por eso no entiendo nada. No sé por qué me han contratado, ¡ni lo otro! —exclamó, desatando la furia nacida de la frustración que le invadía.

Águilas se sorprendió. A pesar de haber sondeado su alma, esa repentina fiereza le era desconocida, pero le gustó ver que tenía fuerza y no solo era un alma moldeable. Tal vez había esperanza y Leiden no pudiera doblegarla.

—La he contratado porque era la persona perfecta para el trabajo que tiene que desempeñar. Sé que carece de experiencia, sé que no confía en sí misma, pero una cosa que sí sé es que nunca me equivoco. Debía ser usted y nadie más. En cuanto al beso...

—¡Ya no quiero saberlo!

—La besé porque me gusta, maldita sea —admitió con sinceridad, incluso para sí mismo.

Noelia bajó la cabeza con el corazón a mil por hora. Con las vueltas que le había dado y la respuesta era tan simple.

—Si hoy me he comportado como si no hubiera pasado nada es simplemente porque creo que hice mal. De hecho, esta noche, durante la cena, quería disculparme por la falta de caballerosidad que tuve. Soy una persona con mucho autocontrol, pero con usted es que no puedo... —reconoció.

—No estoy acostumbrada a que los hombres... En fin, salí de una relación muy mala... Yo no sé qué ve en mí... —Noelia era incapaz de acabar una frase, estaba demasiado aturdida.

—Por favor, regresemos al coche y hablemos con tranquilidad. El señor de la gasolinera va a pensar que es una pelea y puede llamar a la policía.

—De acuerdo —aceptó.

Volvieron al auto y Águilas le dio las llaves a la joven para se quedara más tranquila.

—Nos iremos en el momento que usted desee, Noelia. Incluso puede conducir hasta el hospital; no tengo problema. O llamo a un taxi, lo que prefiera —reiteró.

—No es necesario. Solo he tenido un ataque de ansiedad. Sé perfectamente que no me va a hacer nada. Le pido disculpas por... por mi comportamiento fuera de lugar. He estado sometida a mucha presión estos días.

Noelia lo miró a los ojos y volvió a advertir algo inusual en ellos, como lo que percibió en los del hombre extraño del hospital, o el pirado, y aquello la abrumó. Águilas se dio cuenta y apartó la mirada.

«¡Me ha Visto, maldita sea!», se dijo.

—Juan..., sus ojos son... —titubeó Noelia.

Águilas volvió a mirarla, tenía que hacer algo para distraer su atención. Acercándose a ella le rodeó la cintura con el brazo.

—*How you turned my world, you precious thing...* —susurró rozándole la nariz con la suya.

Noelia se dejó llevar y le devolvió el beso de la anterior noche, solo que con más fuerza y pasión, cogiéndole de la corbata. Águilas sintió sus dientes en el labio inferior, su aliento caliente y agitado. No pudo evitar besarla con igual ímpetu, pese a su inexperiencia. Ella le rodeó el cuello con los brazos, saboreando cada beso, deleitándose en estrecho contacto de sus cuerpos.

Águilas quería detenerse, no dejarse llevar así, sin embargo, nunca se había sentido tan vivo como en aquel instante. Por su parte, Noelia bajó por completo la guardia y dio el paso definitivo olvidándose de todos los complejos e inseguridades que la atormentaban. A aquel hombre le gustaba y a ella le gustaba él.

Los besos de Águilas bajaron hacia su cuello y su generoso escote, volvieron a subir hasta su barbilla y se encontraron con los labios de Noelia y sus suspiros.

El hombre se detuvo un momento para coger aire.

—Este... no es sitio... —dijo, rozándole los labios con los suyos.

—No... —corroboró la joven mientras Águilas se enderezaba en su asiento sin saber muy bien qué hacer.

—Le pido discul...

—¡No! —le cortó Noelia—. No, de veras. Yo he puesto tanto de mi parte como... como tú. No tienes de qué disculparte en absoluto. Soy dueña de mis propias decisiones.

—Noelia, es la primera vez que estoy con una mujer —se sinceró; en aquellos momentos el Juan Águilas circunspecto, serio, duro, seco... ya no estaba.

En un primer momento la joven se quedó sin palabras.

—¿Eres gay? —atinó a decir.

«Ay, Madre, que no lo sea, por favor», clamó en silencio.

—No, no lo soy. Simplemente nunca he necesitado estar con nadie. Hasta ahora.

—¿Connmigo? —Noelia no podía creer que le estuviera pasando aquello.

—Claro que contigo —la tuteó dejando por fin atrás las formalidades—. Será mejor que te lleve a tu piso, o al hospital.

—Eres un caballero. Cualquier otro habría dicho: “vamos a mi casa”.

Su casa, aquel apartamento que nadie tenía permitido pisar.

—¿Y si resulta que yo quiero ir? —se atrevió a confesarle Noelia.

Águilas no dijo nada. Se agarró al volante, tenso ante tal proposición, debatiéndose interiormente entre el deber y el desconocido deseo que estaba experimentando.

—Por favor, dame las llaves... —demandó tendiéndole la mano.

Ella las depositó en su palma. Él le sujetó la mano antes de que la retirara y le besó el dorso.

—Hoy no, Noelia.

Después atrapó sus labios con un dulce beso.

—Sigues siendo un caballero.

—O un cobarde que no ha estado con una mujer en su vida.

«Un cobarde que va a traicionarte pronto», pensó con amargura.

Puso el coche en marcha y condujo en dirección al piso de Noelia. Durante el trayecto no se dijeron nada, pero él la tomaba de la mano brevemente cada vez que se paraba en un semáforo en rojo. Cuando llegaron a su destino, Águilas volvió a hablar:

—No quiero que pienses que te he rechazado, Noelia.

—Solo necesito saber si quieres seguir con esto. Dame la opción de ilusionarme o la de olvidarte.

—No quiero que me olvides. Si me olvidas desapareceré...

Aunque Noelia no entendió la frase, Águilas conocía muy bien su sentido.

—¿Nos vemos mañana?

—Sí.

La joven lo besó en los labios y él le devolvió el gesto.

—Buenas noches, Juan.

—Buenas noches, Noelia.

Se apeó del coche y Águilas la vio adentrarse en el portal.

—Buenas noches, preciosa mía...

Se quedó estacionado en doble fila largo rato, con la frente sobre el volante. Se estaba enamorando de ella de verdad. Y aunque nunca había sido presa de un sentimiento parecido, lo sabía con certeza. Pero se sentía el ser más indigno sobre aquel mundo, y sobre cualquier otro, pues dejaría que Leiden se la llevara.

—Y entonces me olvidarás y yo desapareceré.

El Señor de las Arenas le había dejado claro su maldición desde muy pequeño: “Cuando los que te amen te olviden, desaparecerás completamente.”

Estaba convencido que su forma de ser lo salvaría de ello. Nunca nadie tendría que olvidarlo, porque nadie lo amaría. Hasta aquel día en el que Noelia Cerezo entró por la puerta de su despacho y cambió su mundo.

CAPÍTULO XXII

Leiden paseó de un lado a otro de la estancia, con evidente ansiedad. A unos metros, suspendida sobre un altar de obsidiana verde decorado con bajorrelieves, una especie de esfera de aspecto inconsistente contenía el cuerpo inanimado del Rey. Sus cabellos, largos y rubios como el trigo, flotaban ocultando su rostro de facciones delicadas y masculinas.

—Siempre tan egoísta, menos cuando lo tenías que ser —le recriminó Leiden sin detener su deambular.

La palabra “ser” se repitió por la bóveda de la cámara en un eco que fluctuó hasta extinguirse.

—He esperado pacientemente, mucho tiempo, desde que te volviste loco y dejaste de ser tú.

Tú, tú, tú...

—Casi destrozas nuestro mundo aquella vez, por tu egoísmo desmesurado y tus caprichos estúpidos. Y ahora, ahora, justo cuando casi tenía el poder en mis manos, aparece tu lado paternal.

Nal, nal, nal...

Se detuvo frente a la esfera en cuyo interior el cuerpo del Rey flotaba inerte y examinó su inexpresivo rostro; sin duda Aldrik se le parecía.

—Todo era perfecto hasta que ella llegó y alteró Laberintia, te alteró a ti.

Ti, ti, ti...

—De nuevo lo tuerces todo. Maldito Jareth.

Eth, eth, eth...

—Ahora soy yo el que va a traer a una humana que puede Ver. Pero, al contrario que tú, no va a ser para crear otro caos temporal.

Al, al, al...

—Será para arreglarlo y apartaros a ti y a Aldrik de mi camino, para siempre.

Pre, pre pre...

El Rey no podía moverse por sí mismo, no podía hablar ni ver y, posiblemente, tampoco podía oír, pero aquel estado suyo de inconsciencia ponía nervioso al Señor de las Arenas. El soberano de Laberintia agonizaba y su final estaba próximo, mas aun no estaba muerto.

De repente, se sintió atravesado por una punzada de dolor. Todavía quedaba en Leiden el recuerdo de lo que ambos fueron el uno para el otro, de lo que Jareth llegó a significar para él y cuánto lo admiró. Luego los dos habían cambiado. Era muy consciente.

—¡Tú sitio me pertenece! —concluyó con contundencia.

Ece, ece, ece, ece...

El eco resonó con mayor fuerza y se repitió infinitas veces.

Con paso firme salió de la cámara, empujando las enormes puertas que la aislaban. Tras ellas encontró a Jagger. Los ojos del viejo consejero, agazapados bajo las tupidas y blanquecinas cejas, le contemplaron con frialdad. Encorvado sobre su báculo, se le veía más envejecido y cansado de lo habitual.

—Debería darte vergüenza —le amonestó Jagger.

—¿Acaso no puedo venir a ver al rey? Precisamente yo tengo más derecho que nadie.

Jagger caminó, arrastrando las babuchas, hasta la puerta. Sacó una llave de entre los pliegues

de su pesada túnica, la introdujo en la cerradura y la hizo girar. Una vez que la hubo devuelto a su túnica, posó la palma de la mano en la cerradura y esta desapareció; no iba a permitir que Leiden volviera a pasearse libremente por allí.

—Siempre tan fiel al Rey. ¡Qué patético! —Y añadió en un tono jocoso—. Como si le importaras.

—Hice un juramento que jamás traicionaré.

—En breve la humana vendrá a Laberintia. Gracias a mi intervención todo este desaguisado se arreglará.

—Claro —Jagger asintió con expresión sarcástica.

El evidente desprecio del anciano irritó a Leiden.

—El Tiempo invade inexorable nuestro mundo, tú mejor que nadie lo notas, ¿no es verdad? Deberías estarme agradecido por mis esfuerzos.

Jagger apretó con ambas manos la empuñadura de su bastón. El viejo consejero era consciente del peligro que se cernía sobre él y Laberintia. Sus deformadas manos, el dolor en todas sus articulaciones, su incipiente ceguera... Cada vez le costaba un mayor esfuerzo moverse. Ya no podía desplazarse sin su cayado y las ropas le pesaban sobre la débil espalda. Si Leiden quisiera podría partírla como una ramita seca, aunque sabía que ese no era su estilo. El traidor prefería jugar con la mente de los que consideraba sus enemigos antes de darle el golpe de gracia.

—Y lo estoy —mintió—. Todos lo estaremos cuando tu humana cumpla con su cometido.

Se guardó de volver a sonreír. Que Leiden creyera que aceptaba su plan, ya le pondría todas las zancadillas que hicieran falta llegado el momento.

Un carraspeo interrumpió el breve silencio que se había alzado entre ambos, mientras se escrutaban con desagrado. Se trataba de Tansel, que había hecho acto de presencia hacia un rato y desde entonces esperaba pacientemente para dirigirse a su amo.

—Señor.

—Espero que sea importante —le espetó con evidente molestia Leiden.

—Tengo noticias... sobre la humana —titubeó.

—Ten cuidado, Salvatierra —le advirtió Jagger—, no vaya a ser que tu humana desaparezca y tus planes se vayan al traste.

Con una risilla áspera, el viejo consejero desapareció por el pasillo, arrastrando los pies.

—¿La humana? —inquirió Leiden cuando el repiqueteo del bastón de Jagger sobre las lozas se perdió en la distancia.

—Era para que ese viejo chocho no sospechara, en realidad se trata de Aldrik.

—¿Qué pasa? —exigió en un tono de voz apremiante.

—Los Goblins me han informado de que se ha ido del hospital.

—¡A dónde! —rugió Leiden mientras se acercaba al hombre a grandes trancos.

—Señor, no lo saben. Desapareció sin dejar rastro...

Leiden asió con fiereza a su lacayo, que comenzó a temblar.

—¡¡Averigua dónde está!! —bramó de forma imperiosa al tiempo que tiraba a Tansel al suelo.

—Sí, sí, señor.

Tansel reculó mientras intentaba ponerse en pie y corrió hacia el largo pasillo donde le esperaba un goblin temeroso, que acabó recibiendo un puntapié por parte de su joven amo.

Leiden se dio la vuelta y golpeó, furibundo, las puertas que guardaban al rey.

Allí se quedó, a solas. Y en el silencio del palacio le pareció escuchar el eco de la risa de Jareth al otro lado, burlándose de él después de pronunciar su nombre.

Den, den, den...

CAPÍTULO XXIII

La joven se despertó tarde, sobre las diez. La noche anterior había llamado a la cafetería para avisar de que no iba a presentarse a trabajar. Su todavía jefe no estaba, por lo que sus compañeras se comprometieron a dejarle una nota con el aviso para que la viera de buena mañana. Seguramente estaría cabreado y no la trataría demasiado bien cuando fuera a presentar su renuncia, la cual escribió en el portátil e imprimió mientras se tomaba un buen desayuno.

Después de mucho tiempo era la primera vez que se sentía bien, feliz, a gusto consigo misma.

Había dormido como un bebé, sin tener extraños sueños. Hubiera preferido despertarse en la cama de Juan, pero él tenía razón; no era el momento. Eso no le quitaba las ganas de que ese “momento” llegara, más bien al contrario; lo estaba deseando con avidez.

Cogió el móvil con despreocupación. Un mensaje de Águilas la esperaba en *WhatsApp*.

«Buenos días, Noelia. Ya tengo arreglado lo de tu madre, y esta tarde la trasladarán a una clínica privada».

«Buenos días, Juan. Eso es genial».

«Ahora el trabajo me impide verte, pero si quieres podemos quedar a la hora de la comida».

«Le prometí a mi madre pasar más tiempo con ella ☺ ».

«Es cierto. No pasa nada, nos veremos en el hospital. Os acompañaré en el traslado».

«Siempre tan caballeroso, aunque al principio parecieras un borde insoportable».

Noelia se echó a reír de buena gana, a solas en su habitación.

«Y tú una impuntual».

La joven abrió la boca sorprendida y divertida a un tiempo.

«Te lo merecías, jajaja».

El móvil comenzó a sonar de pronto; era Águilas. A Noelia le dio un vuelco al corazón y descolgó. Escuchar su voz le produjo cosquillas en el estómago.

—Así que me lo merecía —dijo su interlocutor.

—Sí, por ser tan seco al principio. Te hubiera tirado el bolso a la cabeza.

—Con ese método tan violento no hubieras conseguido conquistarme, te lo aseguro.

—¿Te he conquistado? —ronroneó Noelia con una sonrisa estúpida y el rostro apoyado en el móvil.

—¿Lo tengo que decir? —jugó con ella sin poder evitarlo.

Para Águilas todo aquello era nuevo y excitante a la vez.

—Mmmm... Mejor en persona.

—Tengo que dejarte por ahora, Noelia. Aún he de solucionar varios aspectos de mi trabajo antes de esta tarde.

—¿Te espero en el hospital?

—Sí...

—Hasta luego, guapo —se atrevió a decirle.

—Hasta luego, preciosa —le respondió él, con un ligero temblor en su voz.

Noelia dejó el teléfono sobre la mesa y se sintió exultante.

—Preciosa, dice. Será idiota. ¡¡Dónde has estado toda mi vida!!

Puso *Viva la vida*, de Coldplay. No podía ser más certera en aquellos momentos. Mientras la bailaba y cantaba, se vistió con la ropa que creía que más le favorecía, esa que no usaba por miedo a que le quedara demasiado mal: unos pantalones vaqueros ajustados y un jersey rojo con cuello de pico. Era como si algo que anteriormente le pesaba en el alma se convirtiera en una banalidad de pronto. El pelo se lo recogió en un moño, dejando caer algunos de sus mechones, y se maquilló un poco, para realzar sus ojos y sus labios, que eran lo único que le gustaba de su pálido rostro.

Recogió de la cómoda la hoja de baja voluntaria y el móvil, y entonces reparó en la bola de cristal. Le había parecido ver algo, unos extraños destellos, pequeños, que titilaron un instante. Parpadeó confusa y la cogió dándole la vuelta para examinarla. No había nada fuera de lo normal. Miró hacia la ventana, los haces de luz que entraban por ella y caían sobre la cómoda debían de ser la causa. La dejó en su caja y bajó para dirigirse al metro.

Se le ocurrió pasar por la peculiar tiendecita cuya dueña le había regalado la bola para ofrecerse a pagarla o, al menos, agradecerle el regalo. Cambió de acera, giró en la esquina y al detenerse delante de la entrada se quedó de una pieza al ver el cartel de “Se alquila” que tenía pegado en la puerta.

—No puede ser... —se apenó—. Ha durado bien poco. Aunque si iba regalando el género...

Pese a eso, el repentino cierre le resultaba demasiado raro.

Atisbando por una de las ventanas pudo comprobar que no quedaba absolutamente nada, como si nunca hubiera existido. Suspiró con tristeza y siguió su camino hacia el transporte subterráneo.

Ya en la cafetería tuvo que aguantar, por última vez, las malas caras de su “ex” jefe.

—Te di este trabajo porque conozco a tu madre desde hace mucho tiempo y sabía la falta que os hacía —le echó en cara—. Deberías estarme agradecida y me lo pagas avisándome el mismo día que te vas.

«¿Agradecida por el salario base a jornada reducida, y sin que me pagaras las horas extras diarias, ni me las devolvieras?», pensó con cara de póquer.

—Y te lo agradezco, pero por suerte he encontrado trabajo de lo mío.

—Bah, con tu inexperiencia a saber lo que vas a durar ahí. Luego no vengas lloriqueando para que te restituya en tu puesto.

—No lo haré, no te preocupes... —se contuvo todo lo posible.

«Pedazo de capullo explotador».

—Muchas gracias por todo, de veras.

Se dio la vuelta y se acercó a dos de sus excompañeras que esperaban junto al mostrador para despedirse de ella.

—Adiós, chicas, sois lo único bueno de este lugar, aparte de la tarta de limón.

—Adiós, bonita. —Rosa le dio un beso en cada mejilla—. Ven a vernos de vez en cuando, aunque sea por la tarta.

Noelia sonrió, se dirigió a la puerta y antes de salir, se giró hacia ellas.

—Por cierto, con el ejecutivo buenorro...

No terminó la frase, pero les mostró el pulgar levantado acompañado de una descarada sonrisa. Sus compañeras la vitorearon mientras salía de la cafetería.

Águilas dejó el móvil sobre la mesa; le temblaba la mano. Posó esta sobre la pulida superficie de madera, pero el temblor no cesó. Poco después de la conversación con Noelia, había tenido una con Leiden. El Señor de las Arenas le dejó muy claro por dónde quería que entrara la joven a Laberintia. Él sería el encargado de ello.

Tragó saliva y cerró el puño para detener los temblores.

—Y una mierda, maldito desgraciado —dijo en voz alta, sin importarle si Leiden le estaba o no espiando.

Juan terminó el papeleo para trasladar a Amalia al hospital de pago e hizo unas últimas llamadas. Se levantó del sillón, dejando todo ordenado, y salió para no volver nunca a su despacho, solo que él aún no lo sabía.

Sentada en un banco del andén del metro, llamó a su madre para decirle que se dirigía hacia el hospital, y después telefoneó a Lidia.

—Dame noticias frescas, petarda. —Lidia fue directa al grano, con su habitual desparpajo y falta de vergüenza al expresarse.

—Ay, tía, al final no fuimos a cenar. —Fingió tristeza y desilusión.

—Pues vaya chasco.

—Bueno, cenar no, pero nos enrollamos en su coche —y se echó a reír con ganas.

—¡Serás zorra!

—Fue todo un poco extraño. Me dio un ataque de ansiedad, se preocupó muchísimo, acabamos en el coche besándonos y...

—Y os acostasteis.

—No, sinceramente.

—¿Perdona? —el tono de su amiga era de perplejidad.

—Ya te dije que era un auténtico caballero.

—Desde luego, y de los que no quedan.

—Pero... uf, me muero de ganas.

—No me extraña, tienes eso con telarañas.

—¡Lidia! Por favor... —miró hacia ambos lados—. Te dejo, ya viene el tren y se cortará.

—Noelia, ese tío será un caballero, pero también es un hombre. Y tú una mujer adulta, así que hazme caso y toma la iniciativa. Venga, un besito.

—Un besito —repitió la joven antes de colgar.

Se levantó y, como el resto de los viajeros que esperaban para coger el metro, se fue acercando a la línea amarilla pintada en el suelo.

Tomar la iniciativa.

«Como si fuera tan fácil para mí», se lamentó, recordando que el sexo era otra de sus muchas inseguridades.

Estuvo pensando en ello durante el viaje hasta el hospital, pero llegó a la conclusión de que obsesionarse con eso no iba a solucionar el problema que le había generado su expareja. Desde un año antes de la ruptura, su ex evitaba mantener relaciones con ella. Así que llevaba mucho tiempo sola, incluso antes de que aquella relación sin futuro terminara por fin.

Y pensar que había llorado por aquel imbécil que no la valoraba en absoluto...

«Ay, Juan, si supieras las ganas que te tengo».

Amalia miró a su hija, estupefacta ante lo que esta acababa de comunicarle: se iba de viaje dejándola completamente sola a su suerte.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—Sí, mamá. Lo estipula el contrato.

—¿Y desde cuándo sabes esto? —su tono era cada vez más alto.

—Mamá, por favor, no alces la voz —suplicó.

—¿Te lo dijo ayer ese hombre?

—No, lo sabía ya desde hacía días —confesó—, pero dadas las circunstancias no creí que fuera el momento de...

—Me parece el colmo —la interrumpió—. Esconderle eso a tu madre. ¿Desde cuándo tenemos secretos la una con la otra? Creo que merezco más consideración por tu parte —le echó en cara.

—Bueno, ahora no es momento, ni lugar para andar discutiendo estas cosas. Juan viene hacia aquí, me ha dicho que ya te van a trasladar.

—Yo no le he pedido a ese señor que me traslade a ninguna parte. De aquí no me muevo. Ya soy más que mayorcita para tomar mis propias decisiones.

—A ver, me voy mañana de viaje, mamá, alguien tiene que cuidar de ti.

—Claro. Mi hija. Pero resulta que prefiere irse de vacaciones y dejarme a mi suerte.

—Me voy por trabajo, mamá —se exasperó—. En la clínica privada tendrás a una persona que atenderá tus necesidades las veinticuatro horas del día si hace falta, más de lo que yo puedo hacer, aunque me quede.

—He dicho que no.

Noelia empezó a sentir de nuevo aquella opresión en el pecho que en los últimos días le asaltaba a menudo y que no era otra cosa que una mezcla de furia y remordimientos que le inspiraba su progenitora; salvo que en esta ocasión sentía más furia que remordimientos. Miró a su madre con hostilidad, su repentino egoísmo le resultaba de lo más inoportuno y el ridículo chantaje emocional al que pretendía someterla conseguía hacerla sentir estúpida.

—Ya he hablado con tu médico y le ha parecido una estupendísima idea que te trasladen a la clínica.

—¿Y con qué piensas pagar semejante factura?

—Mi jefe lo abona por ahora y yo lo haré en cuanto cobre mi primera nómina, que por si no lo sabías es de...

—Bleh, mira que dejar la cafetería... A saber cuánto duras en la editorial. Igual que cuando las prácticas. Mucha ilusión pensando que te iban a coger y en cuanto se acabó bien que te dieron la patada.

—¡No es lo mismo, mamá! —empezaba a perder la poca paciencia que le quedaba en el cuerpo.

Un carraspeo las interrumpió. Águilas esperaba en la puerta.

—Juan, entra, por favor.

—Hola. Señora Cantero, Noelia...

Le tendió a Amalia un paquete envuelto en un elegante papel de regalo, que la mujer cogió sin darle las gracias.

—¿Qué es esto?

—Un regalo, mamá, ¿no lo ves? Ábrelo.

—No me gustan los bombones —replicó con desgana, y lo dejó sobre la mesa de noche, sin abrir.

—Es un Chanel nº 5. Pero si quiere lo cambio por otra cosa más sencilla y que no sean bombones.

La mujer se quedó un poco sorprendida, y recogió la caja para abrirla. Era el perfume que siempre había querido tener, que siempre esperó de su marido y nunca recibió. ¿Cómo podía saber aquel hombre que le iba a gustar?

—Gracias —tuvo que admitir, forzando levemente la sonrisa.

—De nada, es un placer. Por cierto, ya está aquí el transporte de la clínica.

—Mamá, te lo ruego, no te opongas.

La mujer estaba oliendo el aroma del perfume que usaba Marilyn, totalmente obnubilada.

—Está bien, hija —aceptó con cierto atontamiento—. Tienes razón.

Noelia se quedó realmente sorprendida ante su nueva actitud. Águilas, en cambio, ya se lo esperaba. Fue fácil averiguar lo del perfume, pero aún más poner en su interior unas gotas de néctar de Amarista, una flor de Laberintia que volvía a sus víctimas sumisas durante un rato.

Los sanitarios se llevaron a su madre en la silla de ruedas mientras Noelia guardaba sus pertenencias en una pequeña maleta de mano.

—Te has pasado con el Chanel. Mira que a mi madre siempre le ha gustado y lo quería desde jovencita. ¿Cómo has podido ser tan certero?

—Pura casualidad —mintió.

—¿Vamos?

Él asintió en silencio, sin apartar su mirada de ella.

—Juan, voy con ella en...

Se percató de su mirada velada por el deseo, y no pudo terminar la frase. Era tan obvio que no pudo articular palabra.

—Vamos en mi coche. Tienes toda la tarde para estar con ella, deja al menos que te tenga para mí unos minutos...

Águilas se le acercó y se inclinó sobre su oído hasta casi rozar su pelo.

—Por favor... —le suplicó, desesperado.

Se subieron en el Mercedes y esperaron prudentemente a que el vehículo de la clínica se marchara.

—Estás muy guapa. Eres preciosa.

La asió del rostro y la besó con ardor. Noelia sintió el calor que le recorría todo el cuerpo.

—Juan... —gimió mientras lo abrazaba por el cuello y él hacía lo mismo por su cintura.

Se besaron como un par de adolescentes, sintiendo la tersura de sus labios, la calidez de sus alientos, sus lenguas explorándose. A pesar del deseo que Águilas experimentaba, puso freno a sus anhelos pues, al igual que la noche anterior, aquel no era el lugar ni el momento.

—¿Me vas a dejar otra vez así? —bromeó ella.

—No.

Noelia le miró a los ojos y volvió a percibir algo inusual, pero lo achacó a su incipiente enamoramiento.

—¿No qué?

—¿Te gusto?

—¿A ti qué te parece? —la joven se echó a reír.

—Dímelo.

—Me gustas mucho —confesó—. Me gustas demasiado.

Águilas lo sabía perfectamente, era más que obvio. Le llegaban sus sentimientos a oleadas, le envolvían, se le metían dentro. Pero quería oírlo.

—Yo... estoy... —cuando iba a decirle lo que sentía verdaderamente por ella, un claxon les hizo pegar un bote a los dos.

Había aparcado en una zona de ambulancias y no hubo más remedio que moverse e ir hacia la nueva clínica.

—Ve con tu madre. —Había decidido que tenía que controlarse nuevamente—. Esta noche volveré a buscarte.

—He de hacer la maleta para coger mañana el vuelo a Nueva York.

—No es problema, pasaremos antes por tu casa.

—¿Antes?

—Antes —repitió robándole un beso dulce y apasionado.

Noelia no supo interpretarlo bien, estaba aturdida.

—V-vale, hasta esta noche.

La joven se apeó del coche y caminó hacia la entrada de la clínica. Juan la observó.

—Que te jodan, maldito Leiden. No pienso dejar que te la lleves.

CAPÍTULO XXIV

El tintineo de las campanillas de la puerta le hizo levantar la cabeza con una sonrisa de amable dependienta en el rostro; sonrisa que se desvaneció de sus labios cuando vio que quien avanzaba en su dirección caminando entre los expositores era Tansel.

Maeba cerró despacio el libro que estaba leyendo, apoyó las manos en el mostrador y adoptó una expresión indescifrable.

—¿Dónde está Aldrik? —inquirió el joven consejero en un tono autoritario.

La mujer alzó un poco una de sus cejas.

—¿Ya no está en el hospital?

Tansel se detuvo ante ella y la taladró con sus punzantes ojos azules.

—Sabes perfectamente que no.

Sacudió la cabeza y sus rizados cabellos se agitaron.

—Se equivoca si piensa que yo sé dónde está.

—Ya lo encontraste una vez, hazlo de nuevo —le exigió.

Maeba suspiró y se encogió de hombros.

—Lo lamento, no me es posible.

—¡No mientas! —Tansel descargó los puños sobre el mostrador—. Sé muy bien que puedes encontrar a cualquier habitante de Laberintia que se halle en este mundo. ¿Pretendes desobedecer de nuevo al Consejo?

—¿El Consejo me ordena buscar a Aldrik? —sus palabras estaban cargadas de sarcasmo.

—¡Te lo ordeno yo como miembro del Consejo!

—Sí, ya veo que le sigue haciendo el trabajo sucio a su señor Leiden.

—¡Basta! —La señaló con un amenazador dedo, rígido y tembloroso—. Obedecerás o...

—¿O qué? —replicó la mujer con tranquilidad—. ¿Seré enviada a los Territorios Sin Nombre? Los intentos de intimidarme de los Trece del Consejo no surtieron efecto en aquella ocasión, tampoco Leiden tendrá mejor suerte ahora. —Alzó las manos en actitud conciliadora—. De todos modos, no miento cuando digo que no puedo encontrarlo. El muchacho se esconde, y lo hace muy bien. Desde ayer no puedo captar su esencia.

Tansel torció la boca en una mueca cruel.

—Pues tendrás que hacer un esfuerzo.

Fue rápido, tanto que Maeba tardó unos segundos en darse cuenta de que le había agarrado la mano izquierda con las dos suyas.

—¿Qué es lo que...?

La quemazón que sintió en la palma la dejó sin respiración. Primero fue un calor intenso que, seguidamente, se transformó en un dolor helado que subió veloz por el brazo hasta el hombro. La mujer dio un fuerte tirón y al soltarse trastabilló y su espalda chocó con violencia contra los estantes que tenía detrás. Se miró la palma de la mano y vio en ella una marca poco definida en forma de anillo y de color rojo, con pequeñas volutas en el borde interior y exterior. Aquella visión la hizo palidecer, y un terror visceral comenzó a invadirla.

—Veo que reconoces la marca —apuntó Tansel, y su expresión se tornó triunfante.

—Un Reloj de Sangre. —Maeba, respirando de forma entrecortada, contempló al joven, estupefacta—. Tú no tienes poder para esta maldición.

—Pero mi señor Leiden sí —replicó con evidente regocijo. Alzó la mano y le mostró la palma, en ella había una fea quemadura circular, arrugada y roja—. Yo solo he sido el vehículo de ese poder.

Maeba se agarró la muñeca, el dolor comenzaba a mitigarse mientras el miedo crecía, aun así, se mostró serena y digna.

—¿Cuánto tiempo más le permitirás utilizarte como a una marioneta?

Tansel apretó los dientes y se guardó la mano en el bolsillo del abrigo.

—Escucha, mujer —le dijo con sequedad—. Vas a buscar a Aldrik y, cuando lo encuentres, le darás esto. —Con la mano sana sacó del bolsillo interior de su abrigo una redoma de cristal púrpura—. Y para que no tengas remordimientos te informo de que no es veneno.

Sacudió la botellita en el aire y unas burbujas negras flotaron en la aceitosa sustancia. La mujer reconoció el brebaje.

—Esencia de Desesperanza.

—Claro. ¡Qué mal pensada! —se burló—. Mi señor Leiden solo quiere que regrese a Laberintia. Si le convences para que lo haga por su propia voluntad, no hará falta utilizar esto. — Y volvió a sacudir la redoma.

—Si lo hago interferiré en su destino.

—¡Su destino! ¡Su destino! —profirió Tansel furioso—. ¿Qué importa que no se cumpla el destino de ese engendro?

—El destino de Aldrik, el tuyo, el mío, el de todos los seres vivos de Laberintia, forma una urdimbre, como la de un tapiz. —Maeba examinó la marca de su palma. En el anillo comenzaba a hacerse visible un número—. ¿Sabes lo que pasa si uno de los hilos de un tapiz se corta?

—Tus tonterías de vieja me traen sin cuidado —la atajó. Le puso la redoma en la mano y le cerró los dedos sobre ella con rudeza—. Tienes trece horas, Maeba. Ya sabes cómo actúa la maldición del Reloj de Sangre, si no cumples la orden que se te ha dado en ese tiempo... —La mueca cruel que le brindó, transformó su rostro en una máscara grotesca.

—Es inútil amenazarme. —Había más resignación que tristeza en su voz—. No puedo hacer nada.

—Pues cruza los dedos para que tu destino sea encontrarte con él. —Se dirigió hacia la puerta riendo por lo bajo—. ¡Tic, tac, Maeba! ¡Tic, tac! —la amenazó.

Las campanillas de la puerta repiquetearon furiosas cuando salió de la tienda dando un portazo. Maeba dejó la botellita sobre el mostrador y la contempló con el rostro nublado por el cansancio y la resignación.

—Nadie escapa de su destino, Tansel —musitó—. Ni siquiera yo.

CAPÍTULO XXV

Aproximadamente una hora después de llegar a su nuevo destino, Amalia se percató, como si acabase de salir de un sueño, de que ya no estaba en el hospital público, sino en una clínica de lujo. ¿Cómo y cuándo había pasado aquello? Parpadeó sin dar crédito.

Su hija leía un libro sentada en el mullido sofá.

—Noelia...

—Anda, mamá, te has despertado.

La mujer examinó la habitación: amplitud, modernidad, una televisión enorme, baño privado y todo para ella sola.

—¿Habéis aprovechado que estaba dormida para traerme a traición?

—Pero ¿qué dices? Diste tu permiso, ¿no te acuerdas? Y estabas despierta cuando saliste del hospital, pero llegaste dormida aquí.

—¡No me acuerdo!

—Pues sería la medicación que te aturdió, no lo sé.

—¿Y ese hombre siniestro?

—¿Siniestro? Lo que me faltaba por escuchar. —Se levantó, dejando el libro en el sofá y se aproximó a la cama—. ¿Le llamas siniestro después de regalarte una botella de Chanel nº 5?

—Oh sí, el perfume. —Lo vio encima de una mesa—. ¿Es tu jefe y lo llamas por su nombre? —inquirió, sin disimular su desconfianza.

Miró a Noelia de arriba abajo. El jersey era demasiado escotado, y reconoció los pantalones; le había oído quejarse de que le quedaban muy estrechos y le marcaban demasiado las caderas, por lo menos hacía casi tres años que no se los ponía. Iba sospechosamente guapa. Apartó la vista y miró por la ventana. Fuera ya era de noche y se escuchaban unos truenos a lo lejos. Se acercaba tormenta.

—Mañana te harán las pruebas para poder operarte el jueves —le informó Noelia.

—¿El jueves estarás conmigo?

—No, mamá, ya habré viajado a Nueva York.

—Dejarme sola en estas circunstancias —rezongó. Alisó el embozo de la sábana con gestos bruscos—. Es que no lo entiendo. Tu hermano no haría algo así.

La joven apretó los dientes. La actitud de su madre era realmente injusta. Podía entender que la situación la sobrepasara: su frágil estado de salud, su incapacidad para valerse por sí misma, el tener que enfrentarse a una operación sin la compañía de un ser querido. Pero cargar de esa forma contra ella utilizando a su hermano como arma arrojadiza le parecía demasiado. Intentó morderse la lengua, pero no lo consiguió.

—Te recuerdo que no se ha dignado ni a llamar, aunque le escribí un mail contándole lo tuyo.

La mujer no dijo nada, dolida.

—¿Y se puede saber por qué te vas tan lejos? El sitio ese es un país muy peligroso. Todos tienen armas y pegan tiros.

Noelia bufó.

—No te preocupes, que no me va a pasar nada. Y vamos allí porque es donde está la filial

americana de la editorial, ya que primero saldrán los libros de Jim Henson en inglés, y luego en español aquí y en Latinoamérica.

—¿Quién es ese Henson? ¿Otro jefe?

—¿Te acuerdas de Barrio Sésamo y la rana Gustavo?

—Sí.

—Pues es el creador, entre muchas otras cosas. Como Dentro del Laberinto, o Cristal Oscuro.

—¿Esa es la de Bowie?

—Sí.

Su madre también era fan del artista.

—Qué bien le quedaban las mallas en esa película, la verdad —rememoró sin dejar de lado su malhumor—. Lo que hubiera dado porque el rey ese de los Goblins fuera real.

—Y yo... —suspiró Noelia.

—*Oíd, nos ha llamado la señora —dijo el goblin listo.*

—*¿Qué señora?*

—*Esa, la de la cama.*

—*¿Qué hacemos? —preguntó otro.*

—*Hemos venido hasta aquí para seguir vigilando.*

—*¿Ah sí? —preguntó uno de los tontos.*

—*Shhh, vamos a escuchar.*

—Bueno, ¿y cuánto tiempo me vas a dejar sola?

—No lo sé todavía. Al menos tres meses.

—¡Eso es demasiado tiempo! —protestó airadamente.

—¿Es que prefieres que siga en la puñetera cafetería, explotada por un sueldo de mierda?

—¡No es eso! —se defendió. Cerró los ojos y se frotó la frente—. Es que este no es el momento de cambiar de trabajo. Me abandonas cuando más te necesito.

—¡Esto es el colmo! —estalló Noelia—. Yo nunca, jamás, te he abandonado. ¡Han sido tu hijo y tu marido!

La mujer la miró con resentimiento.

—No hables así de tu hermano —le exigió señalándola con un tembloroso dedo—. Está trabajando en el extranjero porque aquí no hay de lo suyo.

—¡Ah! ¡Entonces Germán sí puede trabajar fuera, pero yo no! Yo me tengo que quedar de niñera.

Los truenos sonaron más fuertes, emulando la tormenta entre madre e hija.

—Noelia, no te permito que me hables así.

—Yo tampoco te lo permito, mamá. No tengo la culpa de que papá se largara y te dejara a tu suerte. Pospuse irme a vivir con Borja para que no te quedases sola, y al final lo usó de excusa para dejarme.

—Ah no, eso sí que no. —La mujer trató de girarse para darle la espalda a su hija, sin conseguirlo—. No me culpes a mí de tu ruptura con él, con lo buen chico que era.

—¿Buen chico ese hijo de puta? —exclamó colérica—. Ese buen chico que tú dices llevaba un tiempo pegándomela con otra tía. Somos un par de cornudas.

—Yo no... —balbució Amalia, perpleja.

—No, no lo sabías —la atajó—. Porque nunca te cuento nada de lo que siento.

Noelia se puso a llorar, impotente. Fuera comenzó a caer un fuerte aguacero.

—Y para que lo sepas, Juan y yo hemos empezado a conocernos —soltó de golpe sorbiendo y frotándose las lágrimas con el dorso de las manos.

—¿Con tu jefe? —la mujer abrió los ojos desmesuradamente—. ¡Qué barbaridad!

—Él cree en mí, le gusta como soy. Mira lo que ha hecho para que estés a gusto. —Abrió los brazos abarcando la estancia—. ¡Para que no te quedes sola y yo pueda avanzar como persona! Y tú solo has sabido ser una grosera con él. ¡Me has dado vergüenza ajena!

—¡Ese hombre no es trigo limpio! —le espetó.

—¡Estoy harta! ¡Te odio! —chilló Noelia perdiendo los estribos y sentándose de golpe en el sofá.

—*Ey, la chica está muy enfadada.*

—*No para de llorar, me da pena.*

—*Shhhh...*

Noelia sacó de debajo de su trasero el libro sobre el que se había sentado. A través de las lágrimas leyó el título: *Dentro del Laberinto*. Pensó en Sarah. Se sentía igual de enfadada, ofuscada y harta que ella cuando pidió que se llevaran a su hermanito.

—¡Ojalá vinieran los Goblins y te llevaran!

No se le ocurrió decirle a su madre otra estupidez mayor que aquella.

Lo Goblins enmudecieron al unísono y luego empezaron a parlotear, excitados.

—*¿Qué hacemos?*

—*¿Nos la llevamos?*

—*No digáis tonterías, ¿cómo nos la vamos a llevar?*

—*Pues en ese trono con ruedas grandes.*

—*¡Te quieres callar!*

De pronto las luces se fueron y retumbó un trueno tremendo justo encima de sus cabezas. Noelia se puso en pie de un salto. Sintió un estremecimiento y un miedo fuera de lo común. Se quedó helada, junto a la cama de su madre. Tenía miedo de preguntar y que ella hubiese desaparecido, que cuando se encendiera la luz, los Goblins se la hubieran llevado. Estaba casi segura de que había sucedido.

—¿Se puede saber qué tontería acabas de decir, Noelia? —la voz de su madre rompió el silencio, aunque las luces continuaron apagadas.

La joven se lanzó sobre su madre, llorando a moco tendido. Amalia la abrazó con su extremidad libre, dándole palmaditas en los omóplatos.

—Mamá. Perdóname.

La mujer suspiró y apoyó la frente en la cabeza de Noelia. Se sentía tan agotada física y mentalmente, tan harta de su mala suerte, de que nunca le saliera nada bien.

—No, hija, perdóname tú. He sido... ¡Ay, Jesús! He sido muy egoísta.

—Si quieres no voy...

—Que sí, que vayas, que tu madre ya es adulta y sabrá salir sola de esto.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Te quiero mucho, mamá.

—Y yo a ti, cariño.

—*¿Al final nos la llevamos?* —preguntó un goblin.

—*¡No, imbécil! Pero hay que contárselo al amo.*

—*¿Qué amo?*

—*¡Oh, cállate!*

CAPÍTULO XXVI

Aldrik se balanceaba adelante y atrás sobre los talones para calmar su nerviosismo. Oculto en las sombras del portal del edificio ubicado frente al de Noelia, tenía una buena perspectiva de la calle, larga y pobremente iluminada.

—Esta mujer no vuelve, no vuelve —rezongaba a la espera de verla aparecer.

Llevaba dos días siguiendo a Noelia; desde la noche que decidió abandonar aquel edificio lleno de enfermos y moribundos. Al principio no fue difícil. Se le daba bien pasar desapercibido, seguir, espiar a otros, y acechar a la mujer por las calles de la ciudad sin perder su rastro, le había resultado un juego de niños. Además, aquel mundo extraño ya no le destrozaba los nervios, no le aterraba, no le hacía sentir vulnerable e indefenso, no desde el momento en que su salud había mejorado, y ello le permitía moverse por él con soltura y seguridad. Pero todo el asunto se había torcido en el momento en que el tipo con el que la había visto besarse, reapareció.

Había ocurrido por la tarde. Mientras vigilaba el portal de Noelia, oculto tras el tronco de un falso plátano que crecía en la misma acera del edificio de la mujer, uno de esos artefactos que soltaban un apesoso y negro humo, se detuvo entorpeciendo el tráfico. No se percató de que el tipo misterioso era quien conducía hasta que la joven salió alegremente del edificio y se subió al vehículo. Se quedó con un par de narices cuando los vio marcharse, y aunque sintió el impulso de salir corriendo detrás de ellos, el sentido común le dijo que le iba a servir de bien poco. No le quedó otra que esperar su regreso y eso no sucedió hasta horas después, ya caída la noche. Para su disgusto, Noelia apareció acompañada de nuevo por el mismo tipo. Vigilaba desde un portal al otro lado de la calle y eso le permitió ver como al despedirse, ambos se besaban. Estaba claro que entre ellos existía una relación, lo que no era capaz de discernir era si esa relación podía beneficiarle o perjudicarlo para unos planes que ni siquiera existían; porque la decisión de seguir a Noelia había sido sencilla de tomar, lo que no estaba resultando tan fácil era dar con la manera de obligarla a que le ayudara.

Aquella noche la pasó acurrucado y aterido en el estrecho hueco de la escalera del inmueble de la mujer, hasta que los vecinos más madrugadores comenzaron a salir camino de sus trabajos y, por prudencia, cambió su incómodo puesto de vigilancia por el portal de enfrente. Bien entrada la mañana, Noelia abandonó el edificio. Hambriento, cansado, dolorido y con el frío metido en los huesos, volvió a ir y venir por la ciudad siguiendo sus pasos. Primero fueron a la cafetería —el día anterior la había reconocido, para su desconcierto, como el lugar en el que perdió el conocimiento—, y después al hospital. No quiso entrar temiendo que alguien pudiera reconocerle y quisieran obligarle a quedarse, y eso había sido un error. Tras horas de espera en los jardines frente a la enorme edificación, carcomido por la impaciencia y una desagradable sospecha, decidió arriesgarse y subir a la tercera planta donde comprobó, para su desconuelo, que ni Noelia ni su madre estaban ya allí.

Había regresado a la calle de la joven maldiciendo su estupidez y su mala suerte, decidido a no seguir perdiendo el tiempo y abordarla nada más verla aparecer, para obligarla a jurar, a prometer por su vida o lo que fuera, que le ayudaría. Pero Noelia no había dado señales de vida.

No sabía cuánto tiempo llevaba esperando agazapado en el portal, helado, irritado, nervioso

—ya no le quedaban uñas que comerse—, y completamente desmoralizado, cuando al otro lado de la calle aparcó el coche del que se apearon Noelia y el tipo estirado. Desaparecieron en el interior del portal y a Aldrik se le cayó el ánimo a los pies.

—¡Joder!

Pensó en subir al piso. El tipo raro también era de Laberintia y, como tal, ayudar a salvar al Rey debía de ser una prioridad y un honor para él; tal vez los dos juntos consiguieran convencer a aquella boba de que colaborara. No era una mala idea, de hecho, podía considerarse la única aceptable en aquel momento y, aun así, su instinto le decía que mientras no fuera capaz de reconocer la esencia de aquel tipo, mejor no cruzarse en su camino.

Contempló la fachada del inmueble, preguntándose qué ventana sería la de Noelia y qué estarían haciendo aquellos dos. La imagen que se le vino a la mente le hizo componer una expresión asqueada.

Al cabo de un rato ambos aparecieron de nuevo. El tipo llevaba un maletón enorme y Noelia caminaba a su lado con una sonrisa amplia y feliz, algo que a Aldrik le resultó de lo más ridículo. Para cuando se quiso dar cuenta, ya se habían marchado.

—¡Esto es un desastre! —se lamentó.

Se frotó el rostro con ambas manos, murmurando improperios entre dientes. ¿Qué podía hacer? Ahora sí que estaba seguro de que no iban a volver. Esa sería otra noche perdida, y no podía permitirse ni perder horas. Se había equivocado; acababa de darse cuenta de ello. Noelia no era la solución a su problema, sino uno más. Sin embargo, ¿qué podía hacer a esas alturas? Si al menos supiera algo del tipo que la acompañaba, quién era, cómo localizarlo, qué demonios hacía con Noelia.

De repente, recordó a la mujer de la tienda, la que hacía unos días se había negado a ayudarle. Su establecimiento estaba cerca.

—¿Por qué no? —se dijo, abandonando el portal—. ¿Tienes un plan mejor?

No esperaba hallar la tienda abierta a esas horas, pero tampoco desmantelada. Miró a través del escaparate; la luz de las farolas no alcanzaba para dispersar por completo la penumbra del interior y solo fue capaz de distinguir el perfil del mostrador. Se acercó a la puerta y probó a tirar de ella. Se abrió sin resistencia y con un soniquete de campanillas. Entró avanzando despacio hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Allí dentro solo quedaba suciedad y algunos papeles arrugados dispersos por el suelo; y también un sutil rastro de la presencia de un oriundo de Laberintia, que al seguir le llevó hasta una puerta al fondo del local.

Al otro lado encontró un corto pasillo. En el extremo contrario una claridad amarillenta surgía del suelo como si allí hubiera una trampilla abierta, la luz le sirvió de guía para avanzar por el corredor. Al acercarse comprobó que la luz ascendía por una estrecha escalera de caracol que se adentraba en las profundidades de la tierra. Bajó con cuidado, apoyando la mano en la pared y procurando que sus pasos no sonaran demasiado fuertes sobre los escalones metálicos. Tras descender lo que calculó que serían varias plantas, accedió a una sala pequeña, sin ventanas ni puertas, iluminada por una vieja lámpara de araña. Sentada a la cabecera de una mesa de madera maciza que ocupaba el centro de la estancia se hallaba la dependienta de la tienda. Alacenas, estanterías y aparadores se distribuían a lo largo de las paredes. En un lateral había un fregadero de loza y un viejo hornillo sobre el que se calentaba una tetera de aluminio. Aldrik percibió un agradable aroma a galletas de jengibre y canela, y las tripas se le agitaron y gruñeron ruidosamente.

—Por lo que escucho, estás hambriento —comentó la mujer con un brillo divertido en los ojos. Señaló con la mano la silla situada al otro lado de la mesa—. Estaba a punto de prepararme

un té. Por favor, acompáñame.

Hubiera querido decirle que no tenía tiempo que perder en meriendas de medianoche, pero su acuciante hambre se impuso a su impaciencia y, sin esperar a una nueva invitación, se sentó en la silla que le indicaban. Maeba se puso en pie y de una alacena cogió un tarro de porcelana con forma de búho, y de otra un par de platos.

—Terminé de hornearlas hace un rato —explicó la mujer mientras iba sacando galletas del tarro y las depositaba en los platos—. ¿Te gustan? —inquirió sacudiendo una en el aire.

—Mientras sean comestibles...

Maeba sonrió a medias. Dejó uno de los platos en la mesa delante del muchacho, antes de sentarse de nuevo en su silla.

No esperó a que la mujer le animara a probar las galletas. Con avidez, y poco refinamiento, se las fue metiendo en la boca una tras otras, masticando a dos carrillos, ocasionando que una lluvia de migas cayera sobre la mesa.

—Tienes mejor aspecto que la última vez que te vi —manifestó Maeba, jugueteando con una de sus galletas.

—Estuve en uno de esos sitios... —dijo con la boca llena—. Un hospital. Me habrán hecho efecto sus pociones.

—Las medicinas humanas no nos influyen. En cambio, la esperanza, al igual que a los humanos, puede causarnos la muerte si nos falta, o hacernos renacer si la recuperamos.

La miró con curiosidad y una galleta a mitad de camino. Pensó en el momento en que había comenzado a sentirse mejor, justo después de aquel extraño sueño en el que creía estar hundiéndose en las ciénagas. O más bien, justo cuando tuvo la idea de servirse de Noelia para su búsqueda.

Se encogió de hombros.

—No sé de qué hablas —mintió.

El vapor escapó de la tetera con un silbido agudo que fue ganando intensidad hasta resultar molesto.

—El té estará listo en un minuto —anunció Maeba aproximándose al hornillo.

Tras apagar el fuego retiró la tetera y, dándole la espalda a Aldrik, vertió el agua en dos tazas de porcelana que contenían sendas bolsitas de té.

—¿Qué te trae de nuevo hasta mí? Ya te dije que no tengo lo que buscas.

Un aroma a infusión caliente se propagó por la estancia.

—Recuerdo bien lo que me dijiste —gruñó el joven—. Quiero que me informes de dónde puedo encontrar a un tipo.

Maeba lo miró por encima del hombro.

—¿Azúcar?

—No. Es un habitante de Laberintia —explicó.

—¿Y? ¿Qué te hace pensar que puedo saber dónde se encuentra?

Dejó en el plato la galleta que estaba mordiendo. Se limpió la boca con el dorso de la mano y se sacudió las migas de la ropa.

—Sé que eres poderosa. Lo noté la vez anterior, y ahora lo noto con más fuerza. Seguro que puedes encontrarlo.

La mujer, sosteniendo en cada mano un platillo con una humeante taza, se le acercó.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó.

Aldrik frunció un poco el ceño y negó con la cabeza.

—Mi nombre es Maeba. ¿Te dice eso algo?

La repentina tensión que acometió el cuerpo del joven fue evidente. A su semblante asomó una expresión entre asombrada e incrédula y a sus ojos un destello de admiración. Se retiró hacia atrás para poder mirarla directamente al rostro.

—Eres la Guardiana del Telar. —Asintió despacio, maravillado—. La mismísima guardiana de nuestros destinos. Según cuentan, la más poderosa que ha existido desde la caída de la Primera Ciudadela.

La mujer parecía satisfecha cuando dejó la taza en la mesa.

—Incumpliste una orden del Consejo y por ello te condenaron al exilio —agregó Aldrik.

Maeba se sentó en su silla con un suspiró.

—Eso fue hace mucho tiempo. Tú ni siquiera habías nacido. —Sin prisas, removió el té con una cucharilla que provocó un leve tintineo—. Pero tú información es errónea. No me condenaron al exilio, sino a vagar hasta el fin de mi existencia por las Tierras Sin Nombre.

—¿Cómo te libraste? —inquirió, atónito.

—Alguien intercedió por mí. —Sirviéndose de la cucharilla, exprimió la bolsita de té y la dejó sobre el platillo. Advirtió que Aldrik iba a preguntar y se adelantó—: Fue tú padre el rey. Él mandó al infierno al Consejo, cosa que suele hacer a menudo, y me permitió quedarme en Laberintia. —Sosteniendo la taza en alto, sopló sobre el líquido—. Fui yo quien escogió el exilio. —Y en un tono irónico explicó—: Para evitar tiranteces innecesarias.

—¿Por qué te ayudó mi padre?

—A los reyes les conviene que sus súbditos le deban favores —respondió. Le brindó una mueca maliciosa—. Tenlo en cuenta.

—¿Qué fue lo que te ordenó el Consejo?

Los ojos de la mujer siguieron el recorrido que hizo la taza del joven desde la mesa hasta sus labios.

—Que cambiara el destino de una persona.

Aldrik se quedó inmóvil y la taza suspendida en el aire. Sus párpados se abrieron desmesuradamente y después se entornaron con suspicacia.

—¿Puedes... puedes cambiar el destino de alguien?

—Podría... —Maeba desvió la vista hacia los ojos del joven—. Si violara la principal ley de mi orden, cosa que he jurado por mi alma no hacer jamás.

Aldrik posó la taza en el platillo y se echó hacia delante con ambas manos apoyadas en la mesa.

—Pero podrías —insistió ansioso—. Podrías cambiar...

—Tú no quieres cambiar tu destino —le interrumpió—. Si no tu pasado, y eso nadie puede hacerlo.

—¡Yo lo que quiero es salvar a mi padre!! —gritó, poniéndose en pie de un salto.

Sin que la explosión del joven perturbara su ánimo, Maeba bebió un corto sorbo de té y dejó la taza en el platillo.

—Y así humillar a todos aquellos que te han menospreciado —afirmó, pronunciando cada palabra con calma y dulzura—. A todos los que han dudado de ti, que se niegan a aceptarte. Regresar como un héroe para que nadie vuelva a mirarte por encima del hombro, para que nadie más vuelva a dudar de ti. —A medida que iba a hablando, Aldrik se encogía cada vez más sobre sí mismo hasta quedar de nuevo sentado en la silla, con la cabeza inclinada y la vista baja—. ¿Me equivoco? No. Tu egoísmo es tu peor enemigo. En eso te pareces mucho a tu padre —apostilló—. Hallarás aquello que buscas tan desesperadamente cuando seas capaz de vencer ese egoísmo.

—¿Eso lo has leído en los hilos que tejen mi destino? —inquirió sin mucho interés.

La mujer contempló la palma de su mano derecha. El rojo del anillo se había vuelto oscuro como la sangre. En él resaltaba una sucesión de números, en el mismo orden que en la esfera de un reloj. El último era el doce, perfectamente definido y brillante como la plata líquida; a su izquierda, justo en la parte superior, quedaba un único espacio libre.

—Los hilos de tu destino están entretejidos con los de muchas, muchas almas. —Alzó la vista a tiempo de ver como Aldrik agarraba su taza por el asa y se la acercaba a la boca—. Demasiadas.

—¿Y eso qué quiere decir?

No se dio cuenta de que Maeba se había levantado hasta que la mano de ella se posó sobre su taza impidiéndole beber de ella.

—No lo hagas.

Extrañado alzó la vista; la serenidad que mostraba Maeba le resultó inquietante.

—No bebas. —Le retiró la taza y se la llevó consigo—. No has sacado la bolsita. Si dejas reposar mucho tiempo las hojas, el té se vuelve demasiado amargo.

Mientras se alejaba, Aldrik creyó vislumbrar un dibujo en la palma de su mano izquierda que le resultó remotamente familiar. La mujer tiró el contenido de la taza en el fregadero; se recostó contra el mueble y cruzó los brazos sobre el pecho antes de hablar:

—Debes irte.

—¿No me ayudas? —exclamó, angustiado—. Solo tienes que decirme dónde encontrar a ese tío. Está con una mujer, una humana que puede Ver, es ella quien me interesa, puede ayudarme a hallar lo que busco, lo sé. Pero la muy inútil no conoce su poder. La llevé a la Brecha y se pensó que estaba soñando. ¡Soñando! —Hablabla rápido, sin apenas tomar aire, como si temiera que Maeba no fuera a permitirle contarle toda la historia—. No para de ir de un lado a otro con ese tipo sin raza. Ahora están juntos. Tengo que encontrarlo a él para encontrarla a ella y cuando lo haga la agarraré y... Y...

Maeba ladeó un poco la cabeza a la espera de que continuara, pero Aldrik soltó un resoplido de frustración y se dejó caer sobre la mesa con la cabeza entre los brazos.

—¿Y? —inquirió.

—¡No lo sé! —se lamentó furioso el joven.

Maeba suspiró hondo.

—Dime una cosa, Aldrik, eso que buscas con tanta urgencia, ¿sabes exactamente qué es?

Levantó un poco el rostro para poder mirarla.

—El máspreciado tesoro de mi padre.

—¿Y en qué consiste exactamente? ¿Lo sabes?

Ceñudo, negó con la cabeza.

—Jagger me dijo que era lo único que podía romper la maldición del Letargo. Y que solo yo podía encontrarlo porque tengo la sangre de mi padre.

—Viejo astuto. —Los labios de Maeba se afilaron en una mueca adusta y antes de que el joven pudiera preguntarle a que se refería, comentó—: Sí, sin duda tienes la sangre del Rey.

—No sé lo qué es, pero puedo sentirlo. A veces. —Se tocó el pecho—. Aquí. Lo siento palpitar como si fuera mi corazón.

—¿Te contó Jagger por qué ese tesoro se encuentra en el mundo humano?

—No. —La desconfianza se hizo patente en el semblante de Aldrik—. ¿Debería saberlo? ¿Es importante para salvar a mi padre?

Maeba miró la palma de su mano; el número trece comenzaba a distinguirse con claridad dentro del anillo.

«Lo será», pensó.

—Es tiempo de que te marches. —Señaló con la cabeza la escalera de caracol—. Adiós, Aldrik.

—Pero... —protestó con renovada rabia.

—Estoy haciéndote el favor que me has pedido. —Volvió a señalar la escalera—. Sube y buena suerte.

—Y una mierda —masculló.

Se puso de pie empujando con violencia la silla y se dirigió a la escalera.

—Mi padre te salvó la vida y así se lo pagas —le reprochó, brindándole una mirada cargada de desprecio—. Ojalá te estuvieras pudriendo en las Tierras Sin Nombre.

Subió a toda prisa por las escaleras provocando un golpeteo metálico con sus vehementes pisadas. Cuando sus pasos dejaron de oírse, Maeba volvió a sentarse. Cogió una galleta y la mordisqueó sin ganas.

—Sal, goblin —dijo en voz alta.

La estancia permaneció en silencio. No hubo ningún movimiento, nada que pudiera evidenciar que allí había alguien más.

—Sé que estás ahí, sal ya.

Maeba se terminó la galleta y repentinamente dio una violenta palmada en la mesa.

—¡Que salgas te digo!

Una de las alacenas se abrió de golpe y tras una cascada de platos y utensilios de cocina, un goblin salió volando, aterrizó en el suelo y rodó debajo de la mesa.

—Ya estoy, ya estoy —se le oyó decir con su vocecita de ratón—. La Guardiania manda y Ulf obedece.

El goblin asomó la cabeza por un lateral de la mesa. Sus orejas puntiagudas y caídas temblaban. Uno de sus ojos miraba a Maeba, el otro giraba sin control en su órbita.

—Sube —le ordenó la mujer.

Ulf obedeció trabajosamente. Al trepar, a punto estuvo de perder uno de sus zapatos. Se sentó en la mesa y se lo ajustó de nuevo. Vio las galletas y comenzó a babear. Una de sus manos, sigilosa, se dirigió hacia el plato mientras silbaba una sucesión de notas discordantes. Maeba le golpeó la pequeña extremidad y él la retiró lloriqueando.

—Después. —La mujer le dio un pequeño chorlito en el hocico—. Ahora duerme.

El goblin cayó hacia atrás con los ojos en blanco y los brazos abiertos.

Maeba cerró los párpados, se concentró durante unos segundos y después elevó las manos a la altura de su rostro.

—Aldrik —comenzó—. Son muchas las cosas que se te han ocultado, por tu bien o por el bien de otros.

A media que las palabras surgían de su boca, diversas imágenes, nebulosas y cambiantes, iban emergiendo de la nada entre sus manos.

—Tu propia historia te es ajena, una historia que necesitas conocer para poder elegir, pero conocer no antes ni después, sino en su justo momento. Por ello no la compartí contigo cuando nos vimos por última vez.

Continuó hablando y las escenas se sucedieron. Aparecían y desaparecían sustituidas unas por otras, en una neblina argéntea que tremolaba empujada por una brisa inexistente. Cuando concluyó su discurso, sus manos se acercaron despacio una a la otra, como si pretendieran moldear el aire. Una esfera traslúcida y vaporosa comenzó a crecer entre ellas. Ganó volumen y definición hasta convertirse en una bola de bello cristal opalescente del tamaño de una ciruela.

Maeba abrió los ojos y sostuvo la esfera en la palma de su mano derecha.

—Ulf, el goblin —llamó—. Escúchame.

El goblin se incorporó, rígido e inconsciente, aún con los ojos vueltos hacia dentro.

—Estoy a punto de cometer el más abyecto pecado en el que una Guardiadora del Telar puede incurrir, un pecado que condenara mi alma a vagar eternamente sin descanso —Suspiró hondo como si necesitara todo el aire de aquella habitación para continuar—. Voy a cambiar tu insignificante e intrascendente destino. —Guardó la bola en uno de los bolsillos del andrajoso atavió de Ulf—. A partir de ahora cargarás con la responsabilidad de entregar este legado a Aldrik. Por tu bien y por el bien de este valioso mensaje —Dio un par de golpecitos al bolsillo—, no serás consciente de ello hasta que llegue ese momento. Tú, pequeña criatura, posees ahora un destino crucial para Laberintia.

Tocó el hocico del Ulf con la punta del dedo y este pareció despertar de golpe; parpadeó un momento y con toda naturalidad cogió una galleta y se la metió en la boca.

—¿Está buena?

El goblin asintió con vehemencia. Quiso decir algo y una lluvia de migas y babas salió despedida de su boca.

—Puedes comerte todas las que quieras —le ofreció, empujando el plato hacia él.

Ulf sonrió estúpidamente ensañando unos dientes torcidos y amarillos, manchados de masa de galleta.

Maeba se recostó sobre el respaldo de su silla y alzó su mano izquierda hasta la altura de los ojos. En el anillo de sangre de su palma resplandecían trece números.

—Y así se cumple mi destino —musitó.

En el instante en que cerró los párpados, una luz ámbar creció en su pecho y se irradió como silenciosos relámpagos por todo su cuerpo, solidificando a su paso su carne y su ropa. Maeba quedó convertida en una estatua de bronce; el brazo en alto, el rostro alzado como si hubiera estado contemplado el cielo, la expresión de su semblante hermosamente serena.

Sin dejar de comerse su galleta, Ulf la contempló con uno de sus ojos mientras el otro vigilaba el plato. Vio que el cuerpo de la mujer se granulaba lentamente hasta adoptar la apariencia de una escultura de arena y que, de repente, se desplomaba, derramándose sobre la silla y el suelo como una cascada de polvo dorado.

El goblin dio un respingo, parpadeó un par de veces y cogió otra galleta del plato.

Aldrik, casi a tientas porque la luz había quedado atrás, llegó al final de la escalera y, para su sorpresa, descubrió que no había salida, que la abertura por la que había descendido ya no existía. Atónito, palpó lo que pensaba que era el suelo del pasillo de la tienda, y notó en sus dedos la frialdad del metal y un borde circular. Empujando con el hombro y las manos e impulsándose con las piernas, logró levantar unos centímetros lo que parecía una pesada tapadera. Volvió a empujar y la desplazó lo suficiente para asomar la cabeza. El aire nocturno le heló las mejillas. Miró a su alrededor y descubrió que estaba en una calle bien iluminada jalonada de altos edificios.

«¡Vaya!», pensó. «¿Una Puerta sin Destino?»

En Laberintia eran corrientes; escaleras, túneles, chimeneas, sitios con una entrada y una salida por los que se podía acceder al lugar al que uno deseaba llegar. ¿Sería posible que existiera una en el mundo humano?

Se aseguró de que las pocas personas que caminaban por la calle no le veían y, veloz, salió del agujero. Al colocar la tapadera de nuevo en su emplazamiento, se dio cuenta de que acababa de salir de una alcantarilla. Se quedó plantado en la acera, preguntándose qué hacía exactamente allí. Al cabo de unos segundos escuchó aproximarse un vehículo. Al reconocerlo, retrocedió hasta

el muro del edificio que tenía a la espalda intentando pasar desapercibido.

El coche redujo la marcha, giró ante la entrada de un aparcamiento subterráneo y descendió por la rampa cuando la puerta se abrió. Aldrik alzó la vista hacia la fachada del edificio y soltó un fuerte resoplido:

—Vale, Guardiania, creo que te debo una disculpa.

CAPÍTULO XXVII

Tal y como le prometió, Juan Águilas fue a recogerla, con puntualidad suiza, a las nueve de la noche. Antes de eso le habían llevado la cena a Amalia, que tuvo que reconocer que era mucho mejor que la del hospital. Noelia se despidió de su madre hasta el día siguiente; antes de partir hacia el aeropuerto le haría una última visita. Al menos las cosas entre ellas parecían haberse arreglado.

—¿Cómo está tu madre? —le preguntó Águilas una vez que la joven hubo subido a su coche.

—Mejor, va asimilando toda la situación.

—Me alegra saberlo.

La acercó hasta su casa y subió con ella, acomodándose en el sofá del pequeño salón comedor.

—Lamento que esté todo tan desordenado —se disculpó Noelia mirando contrariada a su alrededor—. Como sabes, no he tenido tiempo de nada. Si quieres puedo ofrecerte una cerveza fresca, o algún refresco.

—No te preocupes, haz la maleta tranquilamente.

Noelia fue a su dormitorio y se dedicó a llenar la maleta con todo lo que creyó indispensable. Mientras tanto, Águilas se levantó para examinar la pequeña vivienda. Tenía dos habitaciones, una cocina, un salón comedor y un cuarto de baño. Era un piso, con muebles más bien pasados de moda que probablemente entraban en el propio alquiler. Curioseó el contenido de una estantería y encontró un viejo álbum de fotos. No pudo evitar echarle un ojo a las imágenes poco nítidas y ya descoloridas que componían la anodina crónica de una familia de cuatro miembros: Amalia, Noelia, otro niño y un hombre; hermano y el padre, obviamente. Diseminadas por los muebles había también fotos, expuestas en marcos baratos. En ellas aparecía Amalia con su hija o con su hijo; el marido estaba exiliado de ellas. Era una familia desestructurada en el presente, aunque, por las fotos del álbum, feliz en el pasado.

Él no poseía fotos de ningún tipo, tampoco recuerdos dichosos. No recordaba a sus padres. Era un hombre sin familia, solitario.

Dejó el álbum exactamente como estaba y se sentó de nuevo en el sofá.

—¡Ya casi está! —gritó Noelia desde su habitación.

Acababa de meter en la maleta las últimas bragas que había encontrado limpias. Se acercó a la cómoda para rebuscar algunas más en los cajones y sus ojos se tropezaron con la caja de la bola de cristal. La abrió y sostuvo la bola en la mano unos segundos.

—¿Por qué no? —se dijo, y la metió en su bolso—. Creo que hasta ahora me ha traído suerte.

Cerró la maleta con bastante esfuerzo y la bajó de la cama al suelo.

—¡Listo! —gritó.

Arrastró el maletón hasta el salón. Águilas la cogió y la llevó hasta la puerta.

—¿Dónde te la llevas?

—Al coche.

—Pero la podemos recoger mañana.

Juan la ignoró. Cargó con la maleta escaleras abajo y la metió en el maletero.

—¿Lo tienes todo? Porque mañana nos vamos.

—¿Nos vamos?

—Yo también voy.

—¿En serio?

—¿Lo tienes todo? —insistió—. ¿El pasaporte, la tarjeta de crédito, el DNI?

—S-sí... —Noelia palmeó el bolso que llevaba en bandolera—. Aquí lo llevo todo.

—Pues venga.

Noelia se subió en el coche, intrigada.

—Creía que te quedabas, que ya no era parte de tu trabajo.

—No cojo vacaciones desde... nunca.

—Estás como una regadera, Juan.

—Al señor Salvatierra no le importa que vaya contigo a Nueva York, le ha parecido bien — inventó sobre la marcha.

Aquella tarde había ideado un plan, ambos se marcharían a Nueva York. Ya tenía los billetes y gracias a unos costosos contactos, un par de visados falsos. Sabía que a Salvatierra las distancias no le resultaban un problema, desde Laberintia se podía acceder a cualquier parte del planeta. Pero desaparecer sin dejar pistas, le haría ganar tiempo para conseguir algún tipo de ayuda. Había muchos exiliados en el mundo humano que estarían dispuestos a ir contra el Señor de las Arenas, tan temido como odiado, pues la mayoría se habían visto obligados a abandonar su querido hogar por sus maniobras.

Una vez en Nueva York iba a explicárselo todo a Noelia.

—¿Dónde vamos ahora? ¿A cenar? —inquirió la joven.

—Podríamos decir que sí.

—Más pistas —solicitó.

—Shhh... —puso música de Bowie y permanecieron callados hasta llegar a su destino.

Dejaron el coche en el aparcamiento privado del edificio y subieron al apartamento en un amplio ascensor. Águilas sacó la llave y abrió, pidiéndole que esperara un momento en el exterior mientras desactivaba la alarma.

—Adelante.

Con un gesto la invitó a pasar al apartamento. Noelia se quedó realmente impresionada al verlo. Era de grandes dimensiones y la decoración resultaba elegante y costosa, aunque a la joven le dio la impresión de que le faltaba identidad.

—Solo vengo a dormir —le explicó Águilas al adivinar lo que estaba pensando.

—Es una pasada... ¡Oh, un Chester! —Señaló con el dedo el sofá—. Qué bonito.

Águilas le cogió el bolso y lo dejó sobre el Chester. Noelia reparó en la mesa que había junto a los ventanales, preparada para la cena.

—Me temo que no he cocinado yo —se disculpó Águilas—, pero espero que te guste. Es comida japonesa.

—¡Me encanta! —se entusiasmó Noelia.

Entre ambos sirvieron la comida: varias bandejas de *uramaki*, *nigiri*, sashimi y maki que estaban guardadas en el refrigerador, y una cara botella de vino. Sentados el uno frente al otro, cenaron en animada conversación. Cuando ya habían dado buena cuenta del sushi y el vino, Águilas le anunció:

—Tengo un regalo para ti.

—Juan, esto ya es un regalo, estar aquí contigo...

Escuchar aquellas palabras le emocionó, a él, al hombre de hielo durante sus treinta y cinco años de vida humana.

—Aun así, te lo voy a dar.

Sacó de debajo de la mesa una caja decorada de tamaño mediano y se la tendió a Noelia. Esta la abrió y encontró dentro el billete a Nueva York, un peluche amarillo de Frigel Rock y un muñeco cabezón de Jareth.

—¡Me encanta todo! Frigel Rock y el Jareth. ¿Cómo lo haces para adivinar estas cosas?

—Tengo un don, por eso soy tan bueno en mi trabajo.

—Gracias —se levantó para abrazarlo mientras buscaba sus labios.

El beso fue caliente y lento.

—Siento no tener nada para ti, me temo que no conozco aún tus gustos, aparte de Bowie. Y me da en la nariz que tienes todos los discos.

—Has acertado. Pero lo que más me gusta eres tú —deslizó las manos por su cintura y luego las subió por su espalda, mientras besaba su cuello desnudo.

—Juan, esta vez no me digas que...

—Esta vez sí.

—Sí qué...

—Sí...

Jugó con ella, a la vez que se levantaba de la silla y la guiaba hacia su habitación. Noelia le detuvo, arrastrándole hacia el sofá; tiró el bolso al suelo antes de tumbarse en él. Águilas se puso encima, mientras ella le deshacía la corbata y la lanzaba bien lejos, al igual que las gafas. Luego le desabotonó lentamente la camisa, dejando ver su pecho lampiño y suave. La joven lo recorrió con sus dedos y Águilas dejó escapar un suave jadeo.

—¿De verdad soy la primera?

—Sí... —susurró buscando sus labios hasta atraparlos con ansia.

Se besaron con lascivia, apasionadamente. La pierna de Noelia se coló entre las de él y presionó despacio la rodilla contra su ingle, a lo que el hombre respondió con un gruñido de placer.

La mujer se quitó el jersey y sus pechos, constreñidos por el sujetador de encaje, quedaron a la vista. Águilas no esperó, le bajó la prenda hasta la cintura, y asiendo sus senos con ambas manos, lamió los duros y pequeños pezones. Sin dejar de mordisquearlos, disfrutando del placer de tenerlos en su boca, le quitó el sujetador y le desabrochó los pantalones. Con la ayuda de Noelia, toda la ropa terminó en el suelo. Para sorpresa de la joven, Águilas se hundió entre sus piernas. Sintió la lengua del hombre lamer los pliegues de su vulva hasta encontrar el clítoris, que apesó con suavidad entre los labios. Una sensación galvánica le recorrió el cuerpo de arriba abajo, cuando aquella lengua húmeda y caliente comenzó a jugar con el pequeño botón. Águilas, con una delicadeza casi reverencial, pellizcó con los dientes su clítoris. El placer se derramó por el vientre de Noelia y le hizo quedarse sin aliento. Era la primera vez que sentía tanto placer con un cunnilingus.

Agarró del cabello al hombre y, curvando la espalda y apretando las nalgas, se apretó contra su rostro. Los gemidos de placer que emitió le sonaron a Águilas a gloria. Su propio deseo creció bajo la bragueta, estimulado por el hermoso y desnudo cuerpo de Noelia, su entrega y el sabor que tenía en la boca, extraño pero delicioso, de su sexo. La joven movía la pelvis rítmicamente contra su cara cada vez con más energía. Estaba muy mojada, con los labios hinchados, y sus gemidos sonaron como un orgasmo incipiente. No quiso ser egoísta y la dejó hacer, seguir con su placer. La sujetó por las caderas, hundiendo los dedos en la carne, embistiendo más fuerte y más profundo con su lengua.

Noelia cerró los ojos, aquel era el mejor orgasmo que había tenido en años y se dejó arrastrar

por él, gimiendo cada vez más alto, hasta que todo su cuerpo se sacudió y se tensó unos instantes para caer de inmediato, con la respiración entrecortada y la vagina palpitándole, en una deliciosa laxitud. Águilas subió por las curvas de su cuerpo y atrapó sus entreabiertos labios. Noelia pudo notar el sabor de su propio sexo en los besos del hombre.

—Lo siento, no he podido resistirme.

—Yo tampoco puedo resistirme —gimió frotándose con una mano el pene erecto bajo el pantalón.

La joven lo ayudó a desvestirse. Al ver su miembro enhiesto entre los muslos del hombre, su deseo se encendió de nuevo. Lo cogió entre las manos, e inclinándose, lamió el enrojecido glande moviendo la lengua en círculos.

—Júrame que no has estado con nadie más —le exigió rozando con sus labios la delicada piel del glande.

—Te lo juro —gimoteó al sentir su pene dentro de la boca de Noelia.

Ella sabía muy bien qué tenía que hacer, cómo lamerle, apretar, chupar y friccionar, al tiempo que mesaba sus testículos duros, cargados. Su miembro no era excesivamente grande, tenía un tamaño normal estando erecto, pero así le gustaba a Noelia; que le cupiese en la boca y en la vagina sin causarle dolor.

Se sacó el duro pene de la boca, agarró los vaqueros del suelo y buscó algo en el bolsillo. Sacó un preservativo que se apresuró a colocar en el miembro de Águilas.

—Tenías pensado violarme hoy —dijo él, juguetón.

—Por supuesto.

Noelia se sentó a horcajadas sobre la pelvis de Águilas. Este se estremeció de placer al sentir cómo entraba en la caliente vagina. Ella se tumbó sobre él y comenzó a mover las caderas lentamente, mientras lo besaba. Las manos del hombre pasaban de sus generosos pechos a sus nalgas, o la abrazaban por la cintura.

—Mi preciosa —le decía en el oído, con su aliento caliente y entrecortado.

Águilas, movido por el deseo de penetrarla con fuerza, levantó su cuerpo como si no pesara nada, tendiéndola sobre una de las esquinas del Chester. La embistió enérgicamente, apoyando los codos sobre la tapicería de cuero. Las piernas de Noelia quedaron a ambos lados de su cuerpo y le rodeó la cintura con ellas. La joven no se podía creer lo que estaba sintiendo en esos momentos, esa punzada caliente de otro orgasmo que venía. Aquella sería una de las pocas veces en las que se podría correr mientras la penetraban. E iba a suceder, cada vez sentía el latido más cerca.

—Juan, empuja así, así... Lento.

Este siguió sus deseos, notando la presión a la que la vagina sometía a su miembro.

—¿Te gusta?

—Joder, sí... —atinó a decir ella.

Águilas sintió la urgente necesidad de empujar con fuerza, y leyó en Noelia que también lo deseaba. Así que lo hizo, bombeó rítmicamente sintiendo que el orgasmo se acercaba, a punto de explotar en su vientre. Jadeó una y otra vez, sobre la boca abierta de ella, que gemía al sentir que un nuevo orgasmo le llegaba.

—Voy a correrme, Noelia... —susurró faltándole el aliento.

—... Juan... —gimió la joven, deseando decir las palabras que morían al llegar a sus labios.

«Te quiero...»

—Yo también te quiero —dijo él de pronto, sin pensar, empujado por el deseo.

Noelia se corrió sintiendo sus labios moverse, diciendo aquello sobre su boca abierta.

Ambos quedaron exhaustos sobre el Chester, intentando recuperar el aliento. La cabeza de

Águilas descansó sobre el hombro izquierdo de ella.

Noelia se sintió confusa. No le había dicho que lo quería, solo lo pensó, estaba segura, pero él correspondió a sus pensamientos con palabras reales.

—Noelia, me gusta estar dentro de ti. —El hombre buscó sus labios con ansia, como si no hubiera tenido bastante.

—Juan...

Lo abrazó con fuerza, con brazos y piernas, dejándose besar.

—Qué me has hecho, ¿eh? Yo era un tipo serio, soso...

—No eres nada de eso, solo un poco borde al principio —rió a carcajadas.

Lentamente salió de ella y se quitó el preservativo. Obviamente no era su primer orgasmo. Le gustaba estar solo, pero tenía sus necesidades básicas y sus poluciones matutinas. Pero aquello había sido muy diferente.

—¿Sabes? Mi ex evitaba a toda costa lamerme... —Se sonrojó—. Y cuando acababa lo suyo me dejaba a medias. Eso sin contar que no me tocó durante nuestro último año juntos, aparte de estar ya con otra.

—Pues me alegro, porque así ahora estás aquí conmigo.

—Yo también me alegro. No había tenido dos orgasmos tan seguidos en toda mi vida. —Volvió reírse a carcajadas—. Borja era un inútil aun teniendo años de experiencia. Pobre de la que está con él.

Empezó a reírse de nuevo con más fuerza, feliz. Águilas la miró extasiado.

«Tengo que protegerla de Leiden».

—Sabes que yo no pienso parar en toda la noche, ¿verdad? —le informó Águilas con una mueca maliciosa.

La levantó del sofá cogiéndola en brazos, y la llevó hasta su cama, donde la dejó caer.

—Más le vale, señor Águilas.

—Señorita Cerezo, soy todo un profesional, no cuestione mis métodos y hágame caso en todo lo que le diga.

—Sí, jefe.

Águilas se la quedó mirando fijamente y Noelia vio de nuevo en ellos esa profundidad inverosímil y fascinante que tanto la desconcertaba.

—Tus ojos son diferentes —dijo.

—Tú puedes Ver —musitó el hombre.

Noelia recordó las palabras de Aldrik, muy parecidas, y una incipiente inquietud se abatió sobre ella.

—¿Qué quieres decir?

—Pronto te lo explicaré. Pero ni tú, ni yo, somos vulgares.

—Juan, necesito sab...

—Shhh.

La besó con ternura para acallar unas preguntas que eran difíciles de contestar.

—¿De verdad me quieres?

El hombre sintió su anhelo.

—Me estoy enamorando de ti. Creo que en unos cinco segundos ya lo estaré del todo.

—¿Ya lo estás? —preguntó pasado ese tiempo con una tierna sonrisa en los labios.

—Claro.

—Y yo de ti —confesó, y le acarició la mejilla rasurada, con cuidado.

Juan la abrazó con intensidad, contra él. Así, teniéndola tan cerca, sentía que poseía la fuerza

necesaria para hacer frente a todo lo que tenían por delante.

CAPÍTULO XVIII

Águilas se despertó con el primer rayo de sol que se coló por la ventana. Noelia estaba su lado, plácidamente dormida. Estuvo observándola largo rato y después, desnudo, se dirigió al baño. Sin embargo, al abrir la puerta sintió que una fuerza repentina tiraba de su conciencia y supo que no estaba ni dormido ni despierto, sino que acababa de ser arrastrado a La Brecha.

Leiden se materializó frente a él; enhiesto, amenazante, con las líneas de su rostro tensas por la furia.

—Barlo —la voz de Leiden fluctuó, su tono era inclemente—. ¿De veras has creído que podrías engañarme? ¿Escaparte con ella?

El hombre no dijo nada. Miró a su alrededor y advirtió que las paredes y los muebles oscilaban, que sus contornos se diluían, aunque Leiden mantenía su aspecto normal. Se examinó las manos, horrorizándose ante su forma. El espejo del lavabo le devolvió la deformada imagen de su verdadero ser y sintió nauseas; era peor de lo que recordaba.

—Este eres tú, Barlo, viejo amigo.

—Basta... —jadeó, mareado.

—¿Y si al despertar ella viera lo que tiene al lado?

—No puede pasar, la magia me protege...

—La magia que te protege la creé yo —replicó contundente.

—¡Aquí soy humano! —insistió.

—Sí, ocupas un cuerpo humano de alguien que dejó el cascaron desde bien pequeño. Es tan fácil como matar a ese cuerpo para que salgas. ¿Quieres que mate a Juan Águilas y solo quede Barlo? —Leiden caminó en círculos a su alrededor, lentamente, cercándole para que no tuviera salida—. ¡¡Haz lo que te he ordenado!! —bramó colérico.

—Me equivoqué con ella, no es tan fácil de doblegar.

—No me hagas reír, estúpido. No es más que una humana vulgar.

—¡No es vulgar!

—Ah, pobre Barlo, te has enamorado. Quién te ha visto y quién te ve. Resultas francamente patético.

Leiden se sacó de la túnica un pomo aparentemente anodino y liso, aunque antiguo, que dejó sobre la ondulante repisa del lavamanos.

—Esto lleva directamente al Consejo. A las tres de la tarde en punto en este mundo, quiero que abras la puerta y hagas que ella quiera entrar. Háblale de Henson, de su asquerosa película, de lo fascinante que es Laberintia. ¡Convéncela! ¡Me da igual cómo! Pero lo harás tú para que sepa —se acercó a Águilas hasta que sus rostros casi se tocaron— que la has traicionado.

—Y si no lo hago, ¡qué! —se sublevó, furioso.

—Mato a Juan Águilas y lanzo a Barlo a las Tierras Sin Nombre, para que su especie se extinga por completo. Los carroñeros le arrancarán la carne mientras aún esté con vida.

Barlo tembló de puro dolor y miedo. Aunque podía soportar todo aquello sí...

—Y ella te olvidará, como si nunca hubieses existido. Le borraré todo recuerdo de Juan Águilas.

Aquello fue mucho más certero que todas las promesas de dolor y muerte.

Leiden se separó de él y empezó a diluirse, mezclándose su figura con las formas del baño.

—¡Lo prefiero antes que...!

—¿Y sabes cómo le borraré todo recuerdo de ti? —la voz ya sonaba lejana y Barlo luchaba para permanecer en La Brecha—. Simplemente Noelia Cerezo estará muerta.

—¡Quieres sacrificarla igual! —bramó.

—Yo puedo salvarle la vida si haces lo que te ordeno. Si no lo haces, morirá. Te lo juro.

Juan se despertó de pronto. Estaba de pie en el baño, cubierto de un sudor helado. Miró rápidamente sus manos y eran humanas, se tocó la cara y sus rasgos también lo eran. Sobre el mármol estaba el pomo que Leiden había dejado allí. Lo rozó con los dedos. Su aspecto era corriente, como el de un objeto cualquiera que pudiera encontrarse en un mercadillo de antigüedades. Lo guardó en uno de los cajones del lavabo, con cuidado.

Miró la hora: las diez y media de la mañana. El vuelo salía a las tres en punto de la tarde, por eso Leiden le había especificado claramente cuándo debía obligarla a entrar en Laberintia, para reafirmar su poder sobre él.

Había sido un auténtico iluso al creer que podía burlar al Señor de las Arenas. Su oferta de salvar a Noelia podía ser mentira o verdad, podía estar solo burlándose de él o no, pero daba igual. Si existía una mínima posibilidad de salvarla, tendría que ceder a los deseos de ese psicópata. No le importaba que dejara de amarlo, que le odiase por ello, con tal de mantenerla con vida.

—Juan... —Noelia apareció en la puerta del baño con la sábana alrededor del cuerpo—. Tengo hambre, pero no tienes nada de comer en el frigorífico. ¿No te da vergüenza?

El hombre la miró, con el corazón en un puño.

—¿Te encuentras bien? Estás pálido.

La joven se adelantó hasta él para tocarle la cara. El contacto estremeció a Águilas.

—Estoy bien, pero necesito una ducha —se esforzó en reponerse para que ella no sospechara nada.

—Yo también —dejó caer las sábanas al suelo.

—Pero no me toquetees por lo menos hasta que llegemos a Nueva York, pervertida.

—Está bien, me contendré.

Lo arrastró hacia la amplia ducha de hidromasaje, entre risas. El agua caliente cayó casi de inmediato sobre ellos. Águilas la estrechó contra él y permitió que unas pocas lágrimas se fundieran con el agua.

—¿Juan? ¿Estás llorando?

—No te preocupes, lloro porque soy feliz —mintió.

—Dios, ¿qué he hecho yo para tener tanta suerte?

Lo besó mientras el agua caía y se deslizaba por sus cuerpos unidos.

Águilas y Noelia fueron a desayunar a una cafetería cercana, dirigiéndose después a la clínica para despedirse de Amalia. Esta parecía de mejor humor y, cuando llegaron, estaba viendo un programa de chismorreos en la enorme televisión.

—Cariño, ¿ya te vas al aeropuerto?

—Todavía no, mamá.

—Buenos días —saludó Águilas—. ¿La han tratado bien?

—Muy bien, gracias —tuvo que admitir.

—Os dejo solas.

No quería ver cómo Noelia se despedía de su madre, probablemente por última vez. Sintió que la impotencia le invadía y que nada podía hacer más que seguir las órdenes de Leiden, así que

se apresuró a salir de la estancia.

—¿Y bien? —preguntó Amalia a su hija.

—¿Y bien qué?

—¿Estáis juntos entonces?

—Sí, mamá, lo estamos. Lo que no entiendo es por qué le tienes tanta tirria.

—No sé, me da la sensación de que esconde algo. ¿No estará casado?

—¡Te aseguro que no!

—Pues entonces no sé qué es, pero no me da ninguna confianza —concluyó.

Noelia bufó con exasperación.

—Bueno, no quiero que nos peleemos. ¿Vale, mamá?

—Está bien, cariño.

—Te llamaré todos los días que me sea posible. Ten en cuenta la diferencia horaria —dijo mientras se inclinaba sobre su madre y la besaba en la mejilla.

—Por favor, cariño, ten cuidado.

—No te preocupes, Juan estará conmigo en todo momento.

Se despidieron al fin y Amalia se quedó sola en la habitación, con la tele encendida y mirando hacia la puerta. No sabía si era su instinto maternal, pero una angustia extraña la invadió, como si no fuera a ver a su hija nunca más.

—Ten cuidado... con él...

Noelia no supo cómo, ni cuándo se había dormido. Solo que estaba sentada en el sofá del apartamento de Águilas. Tenía su bolso a un costado y lo cogió para ver la hora en el móvil. Al principio, mientras se frotaba un ojo con aturdimiento, no atinó a poner bien la clave de seguridad.

«Pero ¿qué me pasa?»

Por fin accedió a la pantalla de inicio y, al ver la hora, pegó un salto.

—¡Juan! ¡El avión, lo vamos a perder! —exclamó sobresaltada.

—Lo sé, Noelia.

Se giró para verlo. Estaba apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una actitud sombría. El corazón se le puso a cien por hora. Algo no iba bien. Intentó recordar qué había sucedido, cuándo llegaron al apartamento, en qué instante se quedó dormida en el sofá de cuero. Fue imposible, su memoria solo llegaba hasta el momento en el que se subió al coche y Águilas le ofreció beber de una botella de agua. Luego nada.

—¿Y por qué estamos todavía aquí? ¿Se ha retrasado o cancelado el vuelo?

—Nunca ha existido el proyecto de Henson. No íbamos a viajar realmente. Ni siquiera el contrato es real —Águilas fue sincero, aunque por dentro se estuviera rompiendo.

—No me hace nada de gracia esta broma. ¡Es de muy mal gusto!

—No estoy bromeando en absoluto.

Le sobrevino una angustia repentina y creyó que iba a vomitar. El Juan que hablaba era el Águilas que conoció; serio, circunspecto, desapacible, aunque en su voz había una crueldad que le era desconocida.

—Mira, Juan, ahora mismo pareces un puto psicópata y me estás alterando. —Se levantó del sofá—. ¿Te parece normal hacerle esto a tu novia?

—No somos pareja —declaró tajante mientras se acercaba a ella con algo en la mano.

—Creía que...

—Creías muchas cosas, ninguna era real.

Águilas le enseñó un pomo viejo, para más desconcierto de Noelia, a la que le temblaban tanto las piernas que tuvo que sentarse de nuevo. Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Que ni te quiero, ni vamos a viajar, ni...

—¿Qué? —Se sentía tan confusa que le costaba entender lo que pretendía decirle.

Águilas ni siquiera la miraba ya, porque si veía llorar así a la mujer que amaba, no iba a poder seguir adelante con su plan. Noelia tenía que traspasar la frontera de Laberintia por sí sola, nada ni nadie podía obligarla, debía hacerlo por propia voluntad como dictaba la ley o simplemente no podría acceder al otro lado. Pero la conocía lo suficientemente bien como para saber que después de su confesión y de su cruel actitud, nada de lo que dijese la iba a convencer, y con eso contaba.

Noelia lloró desconsoladamente, entre la perplejidad, el desamor y el miedo. Vio extrañada como el hombre presionaba el pomo contra una pared lisa y unas líneas brillantes comenzaban a formar la silueta de una puerta enorme. Se quedó con la boca abierta, sin poder articular palabra. Águilas se apartó para dejar que la magia hiciera su trabajo, mirando de reojo la cara de estupefacción de la joven. Finalmente se materializó una puerta de madera oscura con un arco superior, y tachonada con clavos de bronce. Noelia se acurrucó en el sofá rodeándose las piernas con los brazos, sin poder dejar de mirarla.

—Esta puerta lleva a Laberintia. Tú la conoces como El Laberinto. —Noelia no dijo nada, así que siguió con la explicación—. El Laberinto existe, sí. La mayoría de los seres humanos de este mundo no tienen ya la capacidad de Ver, pero tú sí la posees, y eso te permite entrar en Laberintia.

«¿Ver?», pensó Noelia, cada vez más asustada.

—Mi trabajo consistía en encontrar una persona que Viera. Contestaste a un anuncio creado especialmente para que respondieran a él personas que pudieran Ver. La mayoría de los candidatos que se presentaron eran simples humanos con cierta intuición, unos pocos con alguna reminiscencia de esa capacidad ya perdida. Tú fuiste la única capaz de Creer para Ver. Pero me lo pusiste difícil. Tenía que asegurarme de que no me fallaras, así que me aproveché de tus sentimientos por mí —decir aquello le quemó el alma.

—Hijo de puta —atinó a decir ella—. ¡Puto pirado! ¿Cómo coño has hecho lo de la puerta?

Miró a su alrededor con angustia, buscando alguna especie de proyector que hubiera emulado la aparición de la puerta, sin éxito. Agarró el bolso y buscó su móvil con la intención de llamar a la policía, pero el hombre fue rápido y la asió por la muñeca. Noelia lo miró realmente aterrada, pensando que la iba a matar.

—No voy a hacerte nada, no te preocupes —Volvió la cabeza hacia la puerta; ya era la hora de abrirla—. No te muevas —le ordenó tajante, mirándola con dureza.

La joven vio de nuevo en sus ojos esa profundidad irreal que tanto la desconcertaba. Pensó en Aldrik, en la mujer de la tienda, en el hombre del hospital, en las luces de la bola, y de nuevo en esos ojos no humanos tras las gafas. Todo empezó a encajar en su cabeza.

Águilas asió el pomo, que le ardía en la mano a pesar de estar frío, y abrió el portal entre ambos universos. Noelia se dio cuenta entonces de que la puerta era real, de que Veía, de que estaba pasando de verdad. Acurrucada en el sofá, abrazada al bolso y con el móvil en la temblorosa mano, contempló la escena que se le presentaba.

Una estancia monumental se extendía más allá de la puerta. Enormes pilares sujetaban un techo raso decorado con una sucesión de mosaicos que parecía imposible que hubieran sido creados por manos humanas y que el paso del tiempo había maltratado. Dispersos sitiales ocupaban el centro formando un círculo. El parqué del piso de Juan se fundía con el suelo del otro lado, un material marmóreo, deslucido, y ambos parecían igual de reales.

Poco a poco fueron apareciendo personajes, hombres y mujeres vestidos con largas túnicas

adornadas con preciosos brocados. Reconoció entre ellos al hombre del hospital, que la miraba desde la distancia, como con resentimiento.

—¡Ese! —gritó Noelia, señalándolo—. ¡A ese lo conozco!

En ese instante, el grupo se abrió para cederle el paso a Leiden, que caminó hasta posicionarse delante de la puerta.

—S-Salvatierra —atinó a decir ella, estupefacta.

—Noelia, querida. Es un placer volver a verte. Todos tenían muchas ganas de conocer a la humana que puede Ver.

Los demás inclinaron sus cabezas en un saludo, más por compromiso que por educación.

—¡Juan! ¿Qué coño es esto?

—Laberintia, ya te lo he dicho. El Consejo Inmemorial de Laberintia.

—Exactamente.

Leiden sonrió de oreja a oreja. Le divertía ver a Noelia en aquella situación. Los humanos eran tan estúpidos. Incluso ella, que podía Ver, seguramente pensaba que estaba soñando.

—Me has drogado, ¿verdad? —exclamó dirigiéndose a Juan—. ¡Y a mi madre también la drogaste! ¿Qué le pusiste al agua?

—Una humana lista, eh, ¿Águilas?

Este se mantuvo en silencio, mirando fijamente a la nada.

—¡Yo me largo! —gritó Noelia.

Con el bolso bajo el brazo y el móvil en la mano, se precipitó hacia la puerta como un rayo, pero se la encontró cerrada por dentro. Corrió por la casa hasta la cocina, y tras guardarse el móvil en el bolsillo del pantalón vaquero, cogió el cuchillo más grande que encontró. Poco a poco, caminando con mucho cuidado, se acercó a Águilas.

—¡Dejadme salir, hijos de puta!

—Tienes que entrar en Laberintia.

—¡No pienso entrar en ese puto sitio! —bramó empuñando el cuchillo hacia la puerta.

—Barlo, te dije que la convencieras —le reprochó Leiden con evidente disgusto.

—Lo he intentado, pero no he podido.

—¿De qué coño habláis?

—Tienes que entrar por tu propia voluntad, nadie te puede obligar —le explicó Águilas.

—¡¡No pienso entrar ahí, putos pirados!!

—Barlo, haz que...

Este movió los hombros en señal de impotencia.

—Muy bien. Así lo habéis querido ambos —dijo Leiden con una sonrisa ladina mientras entraba al apartamento a través de la puerta.

Noelia reuló, cuchillo en mano.

—¡Ni te me acerques!

—Tengo a tu madre —Leiden soltó la noticia con los labios estirados en una macabra sonrisa.

Noelia enmudeció, palideciendo mortalmente. Águilas abrió mucho los ojos; no contaba con algo así, pero viniendo de ese monstruo todo era posible.

—Ayer deseaste que los Goblins se la llevaran, ¿no es así?

—¡No existen!

—Ya lo creo que existen. Lo dijiste alto y claro: “Ojalá vinieran los Goblins y se te llevaran.”

—Solo es la frase de un libro... —titubeó, aturdida—. Un libro...

—Lo deseaste de verdad, Noelia. ¿O acaso lo niegas? —No pudo, porque era cierto—. Ajá, lo deseaste. Así que tu madre está en Laberintia.

—¡Devuélvemela! —exigió levantando la improvisada arma, pero sin acercarse a Leiden.

—Si la quieres recuperar, entra... —Señaló el portal con la palma abierta hacia arriba.

—Noelia, seguramente es mentira —se apresuró a decir Águilas, en un intento de evitar lo inevitable.

Leiden le ignoró.

—¡¡Cállate, cabrón mentiroso!! —gritó Noelia dirigiendo el cuchillo hacia él—. Ni te atrevas a hablarme nunca más en tu puta vida.

—Entra, Noelia, y recupera a tu madre... —la voz de Leiden era cautivadora en aquellos instantes.

Noelia los miró a ambos, desesperada. Sin perderlos de vista, se puso el bolso en bandolera y cogió el móvil. Con temblorosos dedos pulsó los números del teléfono de Amalia.

«El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura».

La angustia de Noelia se hizo patente. La joven sabía que aquello no significaba nada, que el móvil podía estar sin batería y su madre tranquilamente dormida en la cama de la clínica privada. Pero ¿podía arriesgarse? ¿Podía simplemente decidir que aquel loco mentía e ignorar la posibilidad de que su madre hubiera sido secuestrada?

Colgó el móvil y volvió a ponerlo en el bolsillo del pantalón. Agarró el cuchillo con ambas manos y comenzó a caminar hacia la puerta.

Águilas sintió el impulso de detenerla, se movió hacia ella, pero Leiden lo agarró del cuello, lanzándolo contra el suelo. El golpe sonó seco y el hombre quedó inmóvil.

—¡Juan! —gritó Noelia.

—¿Aún te preocupas por él?

—¡Cabrón!

Corrió hasta su cuerpo inerte, comprobando si aún respiraba. Por suerte solo estaba inconsciente por el golpe en la cabeza. El Señor de las Arenas entró de nuevo en su mundo, con tranquilidad. Asió el pomo interior de la puerta y comenzó a cerrar esta.

—¡No! —chilló Noelia, desesperada.

—Ahora o nunca, querida niña. El traidor o tu madre. ¿Con cuál te quedas?

La joven miró a Águilas, con lágrimas en los ojos. Se sentía destrozada por el engaño, pero aún le amaba, y también le odiaba por haberle hecho creer que su amor era real cuando solo se trataba de una gran farsa.

Se levantó y caminó hacia la puerta entreabierta. Miró a Águilas por última vez, sollozando, y traspasó voluntariamente el portal. La puerta se cerró tras ella y empezó a desvanecerse hasta que el pomo cayó al suelo, inservible, rodando hacia el cuerpo laxo de Juan Águilas.

Aldrik, apostado en la calle del piso de Águilas desde la noche anterior, notó una vibración en el aire, una especie de zumbido sordo que le era muy familiar, y la piel de todo su cuerpo se le erizó. Cerca, muy cerca, acababa de abrirse un portal a su mundo; notaba como tiraba de él, de su alma, y la añoranza que le acometió le tomó por sorpresa.

Sus ojos recorrieron la fachada del inmueble que tenía ante sí hasta detenerse en un ventanal en concreto.

«Ahí», pensó.

Noelia y el tipo extraño también estaban tras aquel ventanal; aunque no era capaz de imaginar qué estaba pasando exactamente. Se olvidó por un momento de ellos dos. La presencia de su mundo era intensa, vivida, y despertaba en él un deseo de retorno casi imposible de resistir. Pero el regreso no era posible, aún no, y esa certeza en ese preciso instante le hizo demasiado daño. Sintió envidia de quien iba a retornar a Laberintia, si es que la puerta se había abierto por ese

motivo, y de repente se acordó de Noelia. ¿Sería posible? ¿Una humana adulta en Laberintia? Niños humanos cuando los Goblins los acogían —y de eso hacía ya mucho tiempo—, sí. Humanos adultos, no, que él supiera. Fuera lo que fuese lo que estaba sucediendo allí arriba, no podía tratarse de algo así.

Lo decidió; no iba a seguir esperando a que la casualidad o la suerte resolviera su problema.

Cruzó la calle esquivando coches y se dirigió veloz hacia al portal del inmueble esquivando viandantes. Antes de llegar, una afilada punzada le atravesó el pecho.

Toc, toc.

El latido se le clavó en el corazón igual que un estilete. Se le doblaron las piernas y cayó de rodillas; tuvo que apoyar las manos en el suelo para no darse de bruces. El dolor era cortante y ardiente y le dejó sin respiración. Sus ojos se nublaron.

La Cámara de la Palabra se reveló ante él como un espejismo. Distinguió una puerta abierta y ante esta a Noelia con el rostro transfigurado por el miedo.

—Ella lo tiene.... —musitó.

La vio entrar en la Cámara y cómo la puerta se cerraba tras sus pasos, y sintió que el terrible dolor de su pecho se alejaba hasta desaparecer. Con dificultad volvió a respirar. Echó la cabeza hacia atrás y contempló el luminoso cielo con una sonrisa enajenada.

—Y ahora está en Laberintia.

Está asombrada al verme. No se esperaba que yo fuese así, aunque me he engalanado para la ocasión. Estamos en la colina del enorme jardín de su casa. Hace viento, se acerca una tormenta.

—¿Quién eres?

—¿No lo sabes?

—¿Eres el Rey de Laberintia?

Me pregunta, aunque en el fondo sabe que lo soy.

—Jareth.

Le digo mi nombre.

—He venido a salvarte, Sarah.

—¿A salvarme de qué?

—De tus ataduras.

—A-antes no hablaba en serio.

—Ya está hecho. Es lo que has deseado y yo estoy aquí para cumplir esos deseos.

Me mira con terror. Eso no me gusta, pero al principio es necesario que me tema.

—Tengo un regalo para ti.

Sus ojos brillan al ver la reluciente bola de cristal que materializo en mi mano, y que muevo con soltura. Aunque intenta cogerla no se lo permito.

—No sé si te lo mereces, esto no es un regalo para una muchacha cualquiera.

—No lo quiero entonces. Ni que me salves de nada.

Es altiva, no va a dejarse engatusar con tanta facilidad. Eso me gusta, me supone un divertido reto, aunque me muero de ganas de abrazarla ya contra mí y confesarle lo que me hace sentir.

—¿Me desafías, Sarah?

—Te he dicho que antes no hablaba en serio.

—Tienes trece horas para cruzar el Laberinto que lleva hasta mi Castillo.

—¿Qué?

No sale de su asombro.

—Lo que has oído. Trece horas.

—No pienso ir.

—Entonces todo seguirá como lo he dejado.

La amenazo, por mucho que me duela. Tiene que entrar en Laberintia por propia voluntad.

—¿O es que no te atreves a cruzar el Laberinto tú sola?

Me mira con sus ojos oscuros, hay fiereza en ellos. Echa un vistazo tras de mí, al fondo se ve la silueta del castillo. Ahora mismo he hecho que ambos mundos se conecten temporalmente.

—¡Es muy fácil cruzarlo!

Afirma convencida, aunque no sabe lo que dice.

—Trece horas, Sarah. Allí te espero.

Me convierto en Strigidae ante su asombro y desaparezco, pero sigo vigilándola. Baja por la colina en dirección al Laberinto, y veo cómo cruza la línea que separa nuestros mundos.

Sarah, empieza el juego.

Otros títulos originales de Laura Barcali:

Despiértame cuando llegue septiembre

Cómo has cambiado mi mundo

Ángeles y Vampiros

Amor Desesperado

Susurro de besos

La Flor del Mal

No te escondas

Confesiones

Razas

Otros títulos de Nut:

Balada de amor para un soldado

En busca de la Bella durmiente

De amor y otros pecados

Juegos de seducción

Océanos de sangre

Juegos de amor

No olvides puntuar esta historia en Amazon y dejar tus impresiones. ¡Gracias!

[1] Hay un amor tan triste profundamente en tus ojos. Una especie de pálida joya abierto y cerrado dentro de tus ojos. Colocaré el cielo entro de tus ojos.

[2] Hay un corazón tan engañado latiendo tan rápidamente en busca de nuevos sueños. Un amor que ha de durar dentro de tu corazón. Colocaré la luna dentro de tu corazón.

[3] *Como has alterado mi mundo, mi preciosidad.*